



**DESTACAMENTO
MILICIANO
JOSE BORDAZ**

Guillermo Rodríguez Morales

Ediciones Caballo de Mar
Centro de Estudios Sociales
"Dagoberto Pérez Vargas"

GUILLERMO RODRIGUEZ MORALES

..el 5 de Diciembre de 1975 murió José Bordaz Paz, ingeniero civil, dirigente del MIR, quien luego de haber salvado con vida del operativo que termino en la muerte de Miguel Enríquez, falleció en un enfrentamiento con agentes del SIFA, en el sector alto de Santiago, luego de una persecución en automóvil. La Comisión considera que José Bordaz cayó como consecuencias de la violencia política...”

(Informe Comisión Rettig)

¿Puede contar cómo fue ese operativo?

“Le di un punto para encontrarnos. Alonso de Córdoba y Vitacura. Iban varios vehículos al operativo y yo dirigía los movimientos por un radio. El apareció por otro lado y le dio un topón a una camioneta. Yo estaba en un auto con Wally y un suboficial que era el chofer, esperando. Entonces el suboficial se bajó y le disparó. El Wally hizo lo mismo y las balas atravesaron su asiento. Desde donde estaba vi cuando lo sacaron muy malherido del auto y se lo llevaron al hospital de la FACH rápidamente.”

(Memoriaviva.cl, Entrevista a Leonardo Schneider, el “Barba”)

“Sabemos que en esta lucha se nos puede ir la vida, pero la continuaremos hasta la victoria final...”

(MIGUEL ENRIQUEZ)

*EN HOMENAJE A ARCADIA FLORES PEREZ
“OLGA”, “VICTORIA”, CAIDA EN LA LUCHA
CONTRA LA DICTADURA MILITAR CHILENA EL
16 DE AGOSTO DE 1981.*

*A QUIENES SIGUEN LUCHANDO Y
CONSTRUYEN HOY LA UTOPIA*

1. CARCEL Y EXILIO

Si me remonto a Junio de 1975, podría decir que no pensé ese mediodía en la Penitenciaría de Santiago, cuando estaba preparando la mesa de la "carreta veintiuno" para nuestro almuerzo, que minutos después, la vida me depararía tantos cambios: que recuperaría mi libertad después de dos años de "prisionero de guerra" como nos calificaban, que saldría al exilio rumbo a Canadá pero que recorrería varios países antes de regresar, tres años más tarde clandestinamente, a luchar contra la dictadura militar asumiendo la dirección de las Milicias de la Resistencia Popular. No podía imaginar siquiera que sería nuevamente apresado, sometido a un segundo Consejo de Guerra, luego envenenado en prisión quedando con serios problemas respiratorios para siempre, mi voz enronquecida y débil, y que pasaría once largos años encarcelado. Ese día sólo ponía la mesa para los compañeros que conformábamos la carreta y no podía siquiera imaginarme ese futuro que me esperaba.

Alguien mencionó que llegaba un nuevo uniformado a la galería. No era raro. Una decena de miembros de la FACH, algunos carabineros y uno que otro marino eran enviados a nuestra galería, acusados de traición a la patria, abandono de deberes por haber colaborado con el Gobierno de la Unidad Popular, o simplemente por no compartir los métodos y acciones de sus mandos. Pensé que se trataba de uno de ellos.

Era un carabinero. Vistiendo un uniforme sucio, arrugado y sin botones, el nuevo preso avanzó titubeado, sorteando las mesas de las diferentes carretas en que nos agrupábamos los presos. Probablemente no sabía que estaba en una galería de presos políticos. Un par de ex carabineros, prisioneros de guerra como nosotros salieron a recibirlo y lo llevaron a la mesa contigua. Era un hombre de alrededor de treinta y cinco, quizás un sargento. Hablaba fuerte y todos escuchábamos su vozarrón mientras almorzábamos.

- ¿Y por qué lo detuvieron amigo? - preguntó uno de los que lo acogían.

- ¡Puras huevadas colega, yo creo que hago unos días y salgo luego!- contesto con mucha seguridad.

- ¿No me diga? -insistió el que acogía al nuevo.

Alzando la voz aún más para que todos escucháramos, dijo: - Lo que pasó es que estábamos allanando una población y teníamos a todos los viejos manos arriba cuando llegó un lote de viejas huevonas a gritarnos y a joder la pita. Las metimos ahí mismo a la fila y una de ellas trató de arrancar y en eso se me salió un tiro y la vieja paró las chalas.

No se como salté por sobre la mesa y mis compañeros, para caerle al descarado. Atinó solo a cubrirse con las manos y caímos. Me levanté y comencé a golpearlo, mientras mis compañeros y otros presos trataban de controlarme. El rufián ni siquiera entendía lo que ocurría y cuando entraron los gendarmes gritó desahogado que yo lo había intentado matar. Me fui castigado sin apelación alguna.

Dos años en prisión como "prisionero de guerra" habían transcurrido desde que el Coronel Parodi de

la FACH me había encontrado en la misma Penitenciaría como "detenido por toque de queda" y me había incorporado al proceso FACH 04-73 que culminó en un Consejo de Guerra que condenó a militantes del MIR y a trabajadores de FENSA, PERLACK y a pobladores por las acciones de resistencia realizadas entre el once y catorce de septiembre de 1973. Dos años en que la dictadura derrumbó todo el mundo construido hasta ese entonces, arrasando con todo intento de reconstruir organizaciones políticas, sindicales, sociales, iniciando la reestructuración del aparato productivo que nos instalaría finalmente la economía más dócil del continente a los designios del capital internacional, y despojando a los trabajadores de todas sus conquistas, instalando por la fuerza de las armas un nuevo Chile. A la Penitenciaría llegaban los primeros ecos de la huelga de hambre de compañeros presos en el campo de concentración de Ritoque, que denunciaban ante el mundo la existencia de presos que después de estar detenidos, eran asesinados y de quienes hacían desaparecer toda evidencia de su detención e incluso sus cuerpos.

Dos años conociendo el terror de la DINA directamente por los labios de compañeros que llegaban trasladados al penal o que iban de paso, o que simplemente eran secuestrados desde el mismísimo penal como lo ocurrido con David Silverman.

Pero la destinación a celda solitaria que me imponían en ese momento, no era mi primer castigo ni incomunicación. Lo enfrenté tranquilo y como otras veces llenando de dibujos las paredes de la celda, realizando caminatas de horas en la inmensidad de los tres metros cuadrados del calabozo, haciendo gimnasia, cantando a todo pulmón marchas, boleros y rancheras que los presos castigados como yo, festejaban llenando el pasillo de la galería con aullidos y gritos, sobretodo cuando a todo lo que daban cantaba una canción española y adaptada a las circunstancias:

Dime donde vas morena / dime donde vas al alba

Dime donde vas morena y a las tres de la mañana

Voy a la "Peni e'Santiago"/a ver a los compañeros

Que los tiene prisioneros esa canalla fascista...

Pero el premio mayor, el escándalo que hacía ingresar a la Guardia Internas para controlarnos con sus apaleos, era una canción anónima, surgida en el festival de la canción organizado por los presos políticos de la Calle Diez:

Señores con su licencia venimos a presentar

a esta junta de asesinos que nos quieren gobernar:

Demos paso al presidente de esta junta de chacales

Demos paso a don Augusto que no quiere ya esperar

Tiene blanco los bigotes muy pegados al hocico

Pero le escasea el seso para ponerse a pensar

En los pobres de esta tierra que no puede torturar

Rema, rema en alta mar, el almirante Merino

*Que más facha de almirante tiene facha de asesino Que va
matando a la tropa que se pone junto al pueblo Pero le
escasea el seso para ponerse a pensar Que por un marino
muerto los obreros se alzarán.*

*Ya vine volando raudo los aviones del Gustavo Que
según dice el Mercurio es el hombre indicado Para
llevar adelante esta masacre horrorosa Pero la que lo
parió de los sesos se olvidó*

*Y los comandos obreros con los sesos si nacieron Ya
quedó bien presentada esta junta de gorilas Que
encarcela y asesina la ternura de los pueblos*

*Y frente a tal humillación se levanta organizado El
ejército del pueblo que no es ejército errado Que
camina hacia el poder....Proletarios ¡A vencer!*

Había transcurrido sólo una semana de mi castigo, cuando inesperadamente el mismísimo Alcalde, el colorado Manzana, me informó en la ronda diaria que suspendía mi castigo y que debía ir a mi galería a prepararme porque me trasladarían a Capuchinos, el recinto VIP de Gendarmería. Y en seguida sus palabras me dejaron helado: ".en un par de días usted estará fuera del país"

Regresé a la galería entre asombrado y eufórico. Estaba condenado a 23 años de presidio dictaminado por el Consejo de Guerra y era absolutamente sorprendente que la Dictadura, en plena faena de represión masiva, dejara salir a un grupo de presos políticos cambiando sus sentencias de prisión por extrañamiento. Como se dice ahora, no la podía creer.

No hubo mucho tiempo para analizar la situación. Alcance a informar la noticia a mi jefe político Javier "Chino" Bertín que a la sazón estaba en otra galería, asearme y quitarme el olor de castigado. Luego me condujeron a la sala de abogados. Verónica Reyna, abogada de FASIC, junto con otras personas me esperaban para notificarme que el gobierno había decretado mi salida del país, aplicando el Decreto 504 que cambiaba mi condena de presidio por exilio. Mi destino era Canadá. Sorprendido, nervioso, incrédulo, no procesaba bien lo que estaba pasando. Volví a mi celda y a los pocos minutos apareció el Coño Villabela, miembro de la Dirección Nacional del MIR. Mientras reunía

mis pocas pertenencias, juntaba algunas fotos, dibujos y escritos hechos en prisión, el Coño me hablaban de la necesidad de que me incorporara a la lucha en el exilio, entregándome contactos y recados que yo a duras penas copiaba en un papel de mantequilla para poder sacarlo sorteando los controles que vendrían. Alguien llegó a la celda con un tubo de pasta abierto en su parte posterior y finalmente todos los contactos y recados convertidos en una bolita forrada en plástico, fueron a descansar entre la pasta dentífrica y sellados por el compañero, mientras los recados de ultimo momento se sucedían. Todo era vértigo: fui a despedirme del "Guajiro" Victor Romeo de la Fuente, del viejo Salas dirigente comunista de la industria MADECO, compañero de carreta y de tantos que me despedían, alegres unos, tristes otros porque ellos se quedaban, la imagen del chico Marquez con su ojo nublado se quedaría en mi retina, como la ultima imagen de la galería numero diez de la Penitenciaría.

No habían pasado ni cuatro horas y ya estaba listo para ser trasladado. Mi familia recibía fuera del penal, las peticiones que le enviaba a través de los mocitos, recogiendo las necesidades surgidas del viaje: una maleta, una chaqueta, ropa de lana para enfrentar el frío de Canadá. ¡Que sabía yo de Canadá! Solo que había policía montada y que los esclavos negros de Norteamérica, en el siglo pasado, trataban de llegar a ese lugar donde había libertad. ¡Pero que importaba, si estaba logrando la libertad! Atrás quedaban dos años de presidio, los castigos, el tejido en mimbre que había escogido para subsistir, el repujado en cobre que me había permitido generar mis primeros ingresos, atrás quedaba el Consejo de Guerra, los apaleos de los gendarmes "moscas azules" en los allanamientos sorpresivos al penal, más atrás aún, los dolorosos días del Estadio Nacional, los interrogatorios de la FACH, los intentos de resistencia al Golpe Militar, el Cordón Cerrillos. En la mochila de mis recuerdos, sin yo saberlo aún, se instalaron, como faros, como ojos escrutadores, los rostros de nuestros compañeros caídos: Santos Romeo dirigente de Perlack, el Chico Tito y el chico Lucho de la José María Caro y nuestro querido Martín Elgueta, el "Guatón Renato" que más que jefe, había sido un amigo, un hermano mayor, y a veces hasta un confidente.

Sería bueno agregar tus años...

Casi al atardecer fui trasladado a Capuchinos. Se me asignó una pieza por una noche, confirmándose el hecho de que tenía que salir fuera del país al día siguiente. Las visitas se sucedían una tras otra: los abogados, gente de la embajada de Canadá, mi madre y hermanos, mi pareja, la Vinka, de la Población La Victoria, quien llorosa se resignaba a verme partir con la promesa de que luego viajaría ella.

Al atardecer, cuando ya oscurecía, dos gendarmes fueron a buscarme. Vamos a Gabinete por tu pasaporte me dijeron y ante mi asombro salí sin esposas, caminando por las calles del centro de Santiago rumbo al edificio central de Investigaciones como un trío cualquiera de caminantes. No lo podía creer. Al día siguiente, la mañana se fue volando. Que llega la maleta, que llega el pasaporte, que desfilan los familiares despidiéndose, que la abogada viene por las últimas firmas, que el salvoconducto. Luego, la salida definitiva, el ritual ridículo del gendarme llamado al "llave de primera puerta" y éste interrogándome: -Dime tu nombre completo, dime tu cédula de identidad, dime por qué causas estas condenados. Esfuerzo final para recuperar la anhelada libertad.

El vehículo que nos transporta nos deja en la puerta del viejo aeropuerto de Los Cerrillos. Me llevan a un rincón aislado, incomunicado. Luego de un largo rato los custodios se ablandan y permiten que los familiares presentes se despidan. Mi abuela Teresa, a quien nunca volví a ver con vida, me entrega un amuleto y me abraza con cariño. Es la allendista de toda la vida, la porteña de los cerros Chorrillos y Miraflores que se despide pidiéndome que nunca olvide el sacrificio

de Allende en La Moneda. Y mi madre, sonriendo nerviosa, atenta a lo que sucede alrededor, sospechando de que todo es una farsa y que me regresaran a prisión en cualquier momento. En medio de la despedida, logro divisar a dos mujeres rodeadas de gendarmes y familiares, en similar rito de despedida y un poco más lejos a otro grupo, en el que destaca el rostro lleno de temor de un joven alto, acompañado por una mujer y un niño.

Ahora estamos en el avión y en vuelo. Atrás queda la dictadura, atrás los campos de concentración, atrás el miedo y la desconfianza. Espontáneamente, apenas las señales del avión lo permiten salimos de nuestros asientos a encontrarnos, a conocernos. Soy Nancy Monsalve, estaba presa en Temuco dice la más joven. Soy Sara Rodríguez, ex presa política de Temuco - dice la de más edad, la misma que en el aeropuerto trataba de caminar con dos maletas, decenas de tuestos de greda y de mimbre, con una trutruca y un kultrun.

Nosotros somos de Concepción, dice Natacha, sosteniendo a un niño pequeño y presentando a su compañero, Jaime Villaseñor y agrega: - nos costó salir, estábamos asilados. Me presento y en un raptó de audacia, por pura intuición, pregunto: Ustedes son del MIR, ¿No es cierto? Natacha ilumina el avión con una ancha sonrisa y mueve afirmativamente su cabeza. Nancy y Sara confirman también la sospecha y nos estrechamos todos en un largo abrazo.

Emocionante! Nunca había leído un relato de los Decreto 504. el Flaco van Yurick me relató, pero en joda todo, hasta la tortura y la muerte del Edwin.

El encuentro y reconocimiento entre miristas en el avión encierra un mundo complejo de relaciones que se mantiene aunque el MIR no exista.

Al salir del territorio nacional, un pasajero hace llegar una botella de champagne. Brindamos y como hemos estado años sin beber alcohol, a los pocos minutos estamos bostezando. Regresando a nuestros asientos para dormir. El avión hace escala en Perú, luego en México y luego de muchas horas, llegamos a Calgary, ciudad de la provincia de Alberta, al centro de Canadá. No sabemos que ocurrirá, quien nos recibirá, pero ¡Que importa! Hemos logrado salir de las garras de la dictadura y volvemos a ser libres.

No tenía idea que iba a suceder en los meses y años siguientes. Estaba convencido que me iba a dedicar a estudiar el idioma y a trabajar para lograr construir un hogar con Vinka, mi compañera, estaba convencido de que algo podríamos hacer apoyando desde el exilio la lucha en el país. Era mi convicción y estaba decidido a ello.

Al bajar de la escalinata del avión se acercaron dos personas de edad a recibirnos. Se presentan como Mister Frizen y Misis Mayland. Ella parece una replica de las clásicas abuelas de las historietas y comics norteamericanos. Nos explica, en ingles que Sara traduce para el resto, que son de Manpower, una oficina federal que nos ayudará en los meses siguientes. Nos llevan a un hotel y el lujo me deslumbra comparándolo con la celda en que había vivido los últimos años. Me siento incomodo de ser atendido por mucamas, servido por garzones y hasta por el administrador que no escatima esfuerzos para brindarnos una buena atención.

En los siguientes días, Sara será nuestra tabla de salvación. Se desenvuelve con facilidad en la ciudad. Conoce la cultura anglo americana y las formas correctas de relacionarse. Para nosotros todo es nuevo y cada cosa constituye una aventura: desde pedir comida en el restaurante del hotel hasta caminar por las calles y centros comerciales de Calgary sorprendiéndonos de todo. Sara habla ingles gracias a un viaje previo de intercambio estudiantil a tierras norteamericanas. Durante los días siguientes ella liderará al grupo tomando contacto con la prensa, con las asociaciones cristianas, con

curas de diversas iglesias. El resto del grupo en tanto, tratamos de contactarnos con el MIR, que sabemos funciona en la provincia de habla francesa del Québec. Pero los números telefónicos que llevamos no sirven y quedamos a la deriva, preguntándonos como haremos para lograr la conexión y vínculo con la lucha de resistencia en Chile.

Comenzamos a explorar la ciudad y a encontrarnos con otros chilenos exiliados. Todo es un ritual que comienza con el contarnos las experiencias sufridas. Todos arrastrando secuelas de los días de prisión, de los campos de concentración, de los meses encerrados en embajadas para eludir la garra represiva, todos relatando los caminos recorridos de país en país, de oficina en oficina. Los nombres se repiten: Vicaría de la Solidaridad, FASIC, Verónica Reyna, Comisión Chilena de Derechos Humanos, Helmut Frenz, embajadas, cartas de refugiado, ACNUR, comisionados de derechos humanos, agentes de inmigración, y los horrores, a veces ciertos o exagerados de torturas, detenciones, violaciones, nombres de lugares de detención. Recién nosotros mismos como ex prisioneros comenzamos a dimensionar la tragedia que sacude al país. Y por primera vez vemos fotos, diapositivas de la Moneda en llamas y escuchamos las palabras de Allende en su despedida.

Doble impacto de exiliados y de poder mirar las dimensiones de lo sacudido a Chile y que solo conocíamos por lo ocurrido en nuestro barrio, en nuestra población. Se produce la enorme necesidad de hablar, de narrar lo que pasó en el Estadio Nacional, en el Estadio Chile, en Isla Tejas en Valdivia, en Temuco, en Concepción. Es necesario hablar, contarnos, escuchar. Y faltan bocas que digan, faltan muchas bocas que cuenten. Y no hay suficientes oídos escuchando. La mezcla de gozar de libertad y de tomar conciencia real de lo que sucede en el país es muy fuerte. Desestabiliza emocionalmente al límite de las lágrimas. Quizás por estar cada uno resistiendo, sobreviviendo, no habíamos logrado tener la panorámica global. Y es brutal, dolorosa, terrible.

Nunca tan bien descrito el inicio del exilio. Similar en los países occidentales. Los seres humanos son los mismos. Las sociedades de acogida variaron.

Marta una profesora socialista exiliada nos visita y nos cuenta de la existencia de la Asociación de Chilenos. Más tarde llega un exiliado comunista que dirige la Asociación y nos informa de los beneficios y restricciones de los exiliados. Con Marta nos entendemos mejor y a través de ella, a los pocos días, consigo un departamento pequeño que inicialmente pagará Mainpower. Es una "bachelor suite" un departamento de una sola pieza, amplió, con sofá- cama, cocina, baño, todo en pequeñas dimensiones. Sara se traslada, días después, al mismo barrio a una vieja casona, seguida por Nancy que consigue otro departamento y queda ubicada entre ambos. Durante el día asistimos al ABC, colegio de idiomas para emigrantes y en las tardes recorremos el nuevo mundo que estamos, que nos acoge.

Y hacemos lo que nuestra experiencia nos indica: formamos nuestra base del MIR dándonos tareas para los cinco integrantes. Jaime Villaseñor que es más intelectual y teórico queda como jefe, las mujeres son concretas, prácticas y asumen la agitación y propaganda, yo me quedé en temas relativos a funcionamiento y organización del grupo. A poco andar ya estamos en lo nuestro: las entrevistas en los periódicos y radios se suceden. Sara es indudablemente un motor que empuja y se desenvuelve muy bien. Pronto llega una entrevista en la televisión local. Vamos con Sara y damos nuestro testimonio. El programa es tomado luego por los noticieros a escala nacional, lo que se traduce en decenas de llamadas de saludos, bienvenidas y contactos con grupos de chilenos de ciudades y poblados próximos. El entusiasmo cunde en nuestra base. La recepción por parte de la comunidad es impresionante: donde vamos conocen la tragedia chilena, el Golpe de Estado y las atrocidades de la Dictadura Militar. Recién comenzamos nosotros mismos a conocer fotos,

grabaciones, testimonios que nos indignan. El grupo se junta a discutir los pasos a seguir y nos informamos sintonizando Radio Moscú y Radio Habana.

Nuestro estado de ánimo es variable. Caemos en estados depresivos y de euforia con facilidad. Escuchar las noticias y las muertes, detenciones y denuncias nos afecta a todos por igual. Lejos, sintonizando radios onda corta, nos vamos enterando como continúan los asesinatos, las desapariciones, los golpes represivos. Caras, rostros, historias comunes se nos representan de inmediato junto a las noticias y la angustia de no poder hacer muchos desde el exilio.

No es fácil el comienzo de la nueva vida que me había prometido. No hay como dejar el pasado atrás. Melancólico, en las noches toco guitarra y "saco" la canción Palabras para Julia de José Agustín Goytisolo, que un par de veces había escuchado a las presas políticas, y que se instala entre las canciones que toco como síntesis de días brumosos en que la nieve y el frío, cubren las calles y nuestra existencia.

*"Tu ya no puedes volver atrás porque la vida ya te empuja
como un aullido interminable interminable.*

*Te sentirás acorralada /te sentirás perdida o sola tal
vez querrás no haber nacido no haber nacido*

*Entonces siempre acuérdate de lo que un día yo escribí
pensando en ti, pensando en ti como ahora pienso.*

*La vida es bella, ya verás como a pesar de los pesares
tendrás amigos, tendrás amor tendrás amigo.*

*Un hombre solo, una mujer así tomados, de uno en uno son
como polvo, no son nada no son nada.*

*Otros esperan que resistas que les ayude tu alegría tu
canción entre sus canciones sus canciones.*

*Nunca te entregues ni te apartes junto al camino, nunca digas no
puedo más y aquí me quedo aquí me quedo.*

*Perdóname no sé decirte nada más pero tú comprende que
yo aún estoy en el camino en el camino
Y siempre, siempre acuérdate de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.*

Es el tiempo en que termina el sueño que había construido en la etapa final de mi estadía en prisión y en las primeras semanas de mi arribo a Canadá. Me doy cuenta que no aceptaré un futuro lejos de mi país, mis compañeros, mi clase. Que a pesar de que estudie, que logré trabajar, que me junte con Vinka, no habrá paz para mi si no estoy en donde debo estar: en Chile y corriendo la suerte de todos aquellos que están sometidos por la dictadura.

Pero lejos de que se resuelva esa enorme presión emocional, mi carácter y genio se transforma: con la sensibilidad a flor de piel, al borde del llanto frente a las imágenes y recuerdos, irascible. Mis compañeros y compañeras pasan por las mismas y las disputas y reyertas entre nosotros son breves,

intensas y de corta duración. No es fácil contener tanta emoción ni es fácil adaptarnos a un mundo de relaciones frías e impersonales que predominan en la cultura anglo canadiense.

Pero la vida continua y comenzamos a ser llamados desde diversas organizaciones sociales a entregar nuestros testimonios: mujeres feministas, grupos trotskistas, iglesia anglicana, centros de alumnos de universidades y colegios, sindicatos, grupos cristianos.

Repentinamente, respondiendo a un contacto de Sara, nos visita un cura quebecoise que nos trae materiales del MIR, cartas, información y discos del grupo Karaxu con canciones a la Resistencia. Por fin podemos saber algo del MIR en el exterior. Nos da una cuenta política, nos informa que existe una zonal del MIR en México y que dependeremos de ellos a través de otro compañero que tiene la representación del MIR pero que no es militante. Nos informa que en el exilio no existe militancia y solo funcionan los GAM (grupos de Apoyo al MIR).

Nos parece bien la situación como algo transitorio. Establecemos vías de comunicación y se va, dejándonos con carta abierta para hacer todo tipo de actividades solidarias pero con la prohibición de asumarnos como militantes del MIR.

Días después llegan a vernos dos exiliados que viven en un pueblo cercano, Edmonton. Uno es hermano de Milton Lee, el "Huaso Lee" de la Brigada Secundaria, acompañado de Julio Ravest, un muchacho despierto, inquieto, muy activo. La visita nos deja profundamente conmovidos: la visión que entrega Lee es desoladora: de una profunda derrota política y militar del MIR y de la izquierda, de la existencia de una crisis política y orgánica interna difícil de remontar. Cuenta acerca de los problemas políticos existentes en los niveles de dirección: de que quedan pocos cuadros en Chile y que Hernán Aguiló está conduciendo al MIR luego del descabezamiento de la organización. Que Aguiló impulsa una posición militarista, sin trabajo de masas ni retaguardia social y realiza campañas de sabotajes. Es una advertencia respecto a lo que pasa en la organización que me niego a aceptar, todo lo contrario, una frase de él me hiere profundamente: "¿Qué hacen las putas compadre cuando está mala la pega? ¡Toman solcito, tejen, se van para la casa! No te dai' cuenta que las putas viejas se preparan, se pintan, y salen en la noche a hacer su negocio...". Me duele, tiene una forma frontal de decir las cosas. Puede que tenga razón, pero hago caso omiso a su advertencia y siento simpatía por el jefe que aún a pesar de todo intenta resistir en Chile.

A pesar del impacto negativo que nos deja la visita nuestra mística y esfuerzos no decaen. Comenzamos a recibir llamados desde otras ciudades para conectar otros grupos como el nuestro. Así es como comienzo a viajar a las ciudades cercanas articulando esfuerzos y sentando las bases de una futura organización del MIR en el oeste de Canadá.

Excelente y nunca tratado como experiencia directa este aspecto organizacional del Partido. En cada país era distinto, dependió de las personas, de iniciativas y contactos personales. germen de los problemas venideros?

La afluencia de exiliados latinoamericanos a Calgary es permanente: escapando de las dictaduras que se instalaban en toda Latinoamérica llegan argentinos, brasileños, guatemaltecos, nicaragüenses, uruguayos, colombianos y panameños. Sin siquiera buscarlo, nos vamos juntando en las escuelas de idioma o en los pasillos del Manpower. La provincia de Alberta es una de las más poderosas de Canadá; es un centro financiero, petrolero y productor de granos, por lo que su población tiene un alto nivel de vida y un riguroso sistema de preparación de mano de obra para el ingreso al mercado de una fuerza laboral capacitada de acuerdo a las necesidades de las industrias: el precio de ello es que los subsidios de cesantía se entregan sólo a quienes probadamente buscan trabajo o se capacitan.

En ese contexto, los exiliados recibíamos un fuerte apoyo para instalarnos (recursos iniciales para arrendar, alhajar las viviendas, estudio de idiomas o de una carrera técnica) y después de unos seis meses de apoyo permanente el Estado se desentendía quedando obligados a trabajar para subsistir. En el grupo de exiliados que llegaban en ese entonces, todavía no se producía la descomposición que más tarde conoceríamos de exiliados que comenzaron a vivir de la indigencia o de los subsidios de cesantía, convirtiéndose en marginales en el país que los acogía.

Pero en Calgary seguían llegando chilenos exiliados que llegaban a trabajar duro para ellos y en pro de la solidaridad con la lucha que se daba en el "frente" como decíamos todos. Guillermo Belmar, el Crespo, venía saliendo de la prisión de Concepción y con contactos con otros ex presos que habían sido enviados a Saskatoon, en la provincia de Saskatchewan - Marcelo Soler Vicent y un conocido: Víctor Maturana de Temuco con quien había compartido celda en la Penitenciaría de Santiago. Ex Oficial de Carabineros, se había resistido a sumarse a la represión y al golpe militar pagándolo muy caro: no solamente había sido expulsado de su institución, sino que había sido salvajemente torturado con graves secuelas que se traducían en jaquecas que lo desmoronaban durante días.

El grupo en Calgary también crecía: Félix Mora del PS y su compañera llegaban, al igual que Jorge Correa y su pareja, ambos con trayectoria en el FTR, frente de masas del MIR. Luego se suman Marcelo Güerino y su compañera Patricia. Trabajábamos algunas acciones a través de la Chilean Calgary Association, aun cuando nuestra acción se veía limitada por la fuerte discusión que se instaló desde nuestra llegada con los compañeros comunistas que acusaban y responsabilizaban al MIR y al PS del Golpe Militar. Decidimos mantenernos en la Asociación y en paralelo desarrollar junto a los compañeros del PS nuestra labor de difusión de la Resistencia en Chile.

Con Sara nos trasladarnos a diferentes ciudades para entrevistas y contactos con grupos locales del New Democratic Party, de diferentes iglesias y del grupo trotskista "En Lucha". Solían recibirnos y apoyar las actividades también los diversos grupos de latinoamericanos exiliados. Bailes y comidas típicas, artesanía, fotos, carteles de detenidos desaparecidos de diferentes países, daban inicio a los actos en Edmonton, Vancouver, Victoria, Regina, Jasper, Saskatoon, Banf, Winnipeg. Junto a Sara las "hacíamos todas" como se dice hoy en día: recibíamos a la gente, cantábamos y animábamos, tocábamos guitarras e instrumentos mapuches que Sara había llevado, discursábamos, dábamos los testimonios como ex presos políticos y pasábamos el sombrero para recaudar fondos. En cada lugar que llegábamos, encontrábamos compañeros que nos recibían ansiosos de noticias, de generar vínculos, compañeros que estaban ligados y en contacto con grupos locales como el grupo de Vancouver José y María conectados con el American Indian Council, a la lucha de los Pies Negros por defender sus reservas frente a la instalación de oleoductos, o el de Edmonton, funcionando con una estructura cultural de primer nivel que incluía un ballet folclórico de primera línea.

El tiempo vuela, solo han pasado algunos meses y al llegar el año nuevo, tenemos estructurado una red con compañeros del MIR y de los GAM de todo el oeste canadiense, con un trabajo de solidaridad importante. El grupo se consolida a pesar de algunas tensiones internas generadas más por mi propia inmadurez y mis rasgos verticalistas que por problemas objetivos y reales. En la vida cotidiana es poco el espacio para disfrutar o divertirse: alguna escapada a Primo's Bar, a alguna Taberna, un paseo para conocer la majestuosidad de Banff y las reservaciones indígenas en donde somos muy bien recibido.

De manera curiosa otros personajes aparecen en el exilio: un día, al ir de compras al supermercado

de la esquina, el dependiente, un chino muy atento responde a mi saludo con un claro "good morning concha de tu madre". Sorprendido de mi reacción, el chino me reitera el saludo y me pregunta en inglés si concha de tu madre quiere decir amigo mío. Me río a mandíbula batiente y luego le explico que es un garabato. Entonces me cuenta que el autor de la broma es latino que ha comprado en su local y que ha dejado su dirección. Vive cerca y parto a visitarlo. A una cuadra del domicilio escucho a Lucho Barrios cantar desde un equipo de sonido con todos los decibeles posibles inundando el barrio. Así me encuentro con Juan Murillo, un choro porteño que tiene un circuito de trabajo como "liviano". Se mueve desde el norte de Estados Unidos y por el sur de Canadá trabajando en los aeropuertos y aglomeraciones como carterista. El vive al día. Cada vez que llega a un pueblo y roba, guarda dinero para pagar su fianza si es detenido y el resto lo envía a sus parientes. No habla inglés, pero se las arregla para sobrevivir sin problemas. Se parece a Miguel, otro personaje del exilio de Calgary, muchacho de una población santiaguina que ha aprovechado el exilio para salir de la población y que ya ha recorrido Italia y Canadá viviendo al día, en una jarana permanente que comienza al mediodía en cualquier taberna. Son esos personajes los que terminan por colmar la paciencia de funcionarios gubernamentales y empleadores, llevando la fama de chilenos frescos y sinvergüenzas también a esas latitudes. Con todo, como exiliados, estamos llegando al final de la fase en que el gobierno canadiense nos presta apoyo y comienza la etapa en donde debemos trabajar para sobrevivir. Así, de súbito, entramos a una faceta diferente de nuestra estadía en el exilio: la discriminación en el trabajo y la sobreexplotación.

"Aplicar" sería la palabra de moda en esos días. La "aplicación" es una castellanización del acto de llenar una solicitud de trabajo (Application Form) y nos dedicamos a aplicar en fábricas, oficinas y distintos lugares de trabajo. Una y otra vez éramos rechazados: solo la limpieza era el campo destinado para nosotros. Así, haciendo de tripas corazón, comencé a trabajar en turnos de noche haciendo aseo primero en la biblioteca de la Universidad de Calgary, para luego pasar a un hotel y finalmente en un edificio sede de empresas petroleras. Los ingresos daban solo para alimentarse y pagar arriendo con pocas posibilidades de proyectarse más allá.

Preocupante, porque la solicitud de inmigración para que Vinka ingrese a Canadá ha sido aceptada, el pasaje está comprado y pronto llegará. ¿Cómo sostener una familia dignamente? Hasta ese entonces había sido, desde el año 69 un militante dedicado totalmente a la actividad política, sin haber terminado mis estudios, sin experiencia laboral sólida y suficiente, y ya había tenido problemas con algunos supervisores y jefes en los lugares de trabajo que, aprovechándose de la condición de refugiado político, nos trataban a garabato limpio y nos denigraban: "comunistas de mierda que vienen a robar puestos de trabajo", "Pinochet debió matarlos a todos ustedes" "Váyanse de nuestro país, ustedes son todos drogadictos y ladrones". De una parte había un mundo de canadienses cultos y de clase media que nos recibían y comprendían nuestra situación y otro mundo, precisamente en sectores de trabajadores, que odiaban a los emigrantes porque ocupaban puestos de trabajo por bajos salarios constituyéndonos en parte del ejercito de reserva de mano de obra que por sólo existir, bajaba los salarios.

Un golpe de suerte hace llegar la calma: Jaime Villaseñor, el Coto, me pasa el dato de que necesitan operarios en una fábrica de camas. Se trata de la fabrica Simmonds, en las afueras de Calgary. Después de llenar los formularios de solicitud, en la entrevista el jefe de sección me señala que no importa que no tenga experiencia previa, que necesita una persona que aprenda un trabajo duro, difícil, pero bien pagado y por tanto exige que mínimo me comprometa a trabajar seis meses. Acepto el trato e ingreso de inmediato a trabajar. El ambiente entre los trabajadores es muy grato y como algunos saben lo del Golpe Militar en Chile, pronto me bautizan "Allende" y recibo apoyo de todos.

Trabajo en pareja con un muchacho armando colchones. Nos toca retirar el esqueleto metálico o caja de resortes y tenemos que cubrirla con las diversas capas de materiales, para luego cerrarlos. Es un trabajo en donde además de maña se necesita mucha fuerza en las manos. El primer día, vergonzosamente no supero los cinco colchones con enorme disgusto de mi partner que trabaja a trato igual que yo. Esos días fueron un continuo tormento para mis manos. Cada día llegaba a mi departamento a meterme en la tina de baño y a remojar manos hinchadas y que dolían en cada centímetro de superficie. Poco a poco comencé a entender el arte de manejar mis dedos y la muñeca girando para imprimir presión y fuerza a mis movimientos, hasta logra finalmente dominar el trabajo y alcanzar la treintena de colchones logrando superar en dos la entrega regular que hacía mi compañero, que ahora si esta feliz, coloquial y sobretodo compartiendo secretos del oficio. Mis escuálidos ingresos se elevaron considerablemente y ahorro pensando en la llegada de Vinka.

En ese periodo, de trabajo intenso, de largas caminatas por calles y avenidas nevadas para llegar a la fábrica, de escucha cotidiana de las noticias sobre la represión en Chile, es que algo profundo cambió en mi manera de sentir y pensar. Con un trabajo estable, con buena proyección, comencé a sentir que no quería estar ahí, que no aceptaba el exilio y sobretodo que quería volver a Chile a sufrir la suerte que estaban corriendo mis compañeros. Sabía que la represión se hacía cada vez más dura, pero había algo profundamente arraigado de lo que no podía desprenderme. Durante algunos días salí con Miguel y varios latinos tratando de disfrutar el Chenook, un veranito en medio del invierno provocado por las corrientes calidas del Cañón del Colorado que se desplazaban hasta Calgary, recorrí algunos bares y tabernas, visité la Calgary Tower, el famoso rodeo o Stampeder, visité salas de bailes con compañeras de la fabrica pero nada lograba aplacar mi tristeza, la pena y una rabia sorda y gigante que ya no se expresaban en mis típicos estallidos sino que se traducían en la certeza de que no había nada que me impidiera regresar a luchar en Chile.

A inicios del año 1976 más de treinta ex militantes del MIR en Canadá nos convocamos para realizar una Conferencia. Los de Calgary organizamos el evento y se puso en discusión propuestas de la gente de Vancouver, de Edmonton, y principalmente la propuesta de Saskatoon, que presentada por Moncho, proponía una caracterización del país y una línea de trabajo político de más largo aliento. Los de Vancouver aportaban la experiencia del trabajo solidario, los de Winnipeg aportaban la experiencia de un trabajo amplio entre los chilenos que era similar a la experiencia de los de Edmonton.

A esta Conferencia se incorporan al segundo día, un representante oficial del MIR en Canadá (Ernesto) y un representante del MIR que venía desde México (Lucas). El ingreso de ellos a la Conferencia fue un balde de agua fría: no se podía construir MIR en el exilio, todos los militantes estábamos con nuestra militancia suspendida y debíamos responder un informe tipo, mandarlo a México, de allí lo mandaban al MIR que funcionaba en Cuba y solo ellos estaban en capacidad de validar o no las militancias. Sólo dos compañeros en todo Canadá eran militantes reconocidos, ambos de la ciudad de Montreal, en el otro extremo del país.

La noticia estalló como bomba en medio de la reunión. Aún así, porfiadamente decidimos organizamos sin tener derechos como militantes: nos constituimos como coordinación nacional de grupos de apoyo al MIR y generamos una dirección transitoria para resolver los temas de legalidad partidaria, investigaciones sumarias y propuestas respecto a militancias. En esta Dirección se nombró a Moncho, al Crespo y a Diego, quienes junto a Ernesto y el cura de Montreal serian los responsables del trabajo político en general.

Así, una Conferencia convocada para conocer las experiencias de trabajo solidario y resolver línea de trabajo, terminó por convertirse en una reunión de construcción orgánica donde los primeros casos de

cuestionamiento a la militancia por comportamiento bajo la represión comenzaron a surgir. Había que trabajar para trasladarse a Montreal y Ernesto se fue con la misión de preparar las condiciones para funcionamiento de una dirección.

Después de la Conferencia, dejé la fábrica de colchones y junto a Guillermo Belmar logramos colocarnos como operarios en una fábrica que nos pagaría mucho más aunque trabajaríamos sin contrato, al negro como le llaman al trabajo ilegal del emigrante. Se trataba de una buena oportunidad de negocio para un fabricante de aparatos agroindustriales que tenía que entregar centenares de piezas en un plazo determinado. De ese modo, en Spyerco Factory conocimos otro estilo de trato. El dueño encabezaba las jornadas de sol a sol, soldando piezas, raspando, pintando como un operario más. El hombre no tenía problemas si sus operarios fumaban, cantaban o escuchaban música, sólo le interesaba un alto nivel de producción, eficiencia y rapidez, quitando todo aquello que en el proceso productivo estuviese demás, pagando a trato, por pieza terminada. Evidentemente el grupo producía a todo dar. No eran cotidianos estos trabajos, y esta experiencia nos permitió conocer una relación de trabajo basada en los resultados y la productividad y en un tipo de relación laboral flexible que años después comenzaría a ser propuesta como modelo de acumulación intensivo de capital.

Por esos días llegó Vinka a Canadá y no bien aterrizaba, ya estábamos haciendo las maletas para trasladarnos a Montreal. Fue un encuentro raro: la última vez que nos habíamos visto en libertad fue la noche del 12 de Septiembre del 73 y recién después de dos años nos volvíamos a juntar.

Comenzamos a ponernos al día en todo lo que no habíamos podido conversar durante los años de prisión. Así supe que había sido detenida por orden del Coronel Paradi y que los Carabineros de la Población Dávila no solo la habían golpeado, había sido violada, perdiendo el hijo que esperábamos, y sometida a numerosos interrogatorios y humillaciones. Estaba sin embargo, entera, firme, orgullosa del comportamiento de numerosos compañeros de la José María Caro, de La Victoria y del sector Caro Ochagavía que habían seguido luchando. Tito y Lucho, desaparecidos eran su recuerdo permanente, junto a Mariana y el profesor. La vida nos daba una ventana de tranquilidad por esos días y fuimos juntos al Calgary Stampeder, a un gigantesco parque de diversiones y hasta a un casino nos asomamos sorprendiéndonos de todo lo que veíamos. Finalmente dejamos el departamento de la Calle Quinta en el sureste y por unos días deambulamos entre la casa de Marcelo Güerino y la del Coto Villaseñor, hasta que finalmente salimos rumbo al Canadá francés, en donde suponíamos, sería más fácil conectarse con las estructuras regulares del MIR y por lo menos yo creía, regresar a combatir.

2. EN MONTREAL

Otro mundo. Lo supimos apenas llegamos. Vinka no dejaba de asombrarse de lo distinto del Canadá anglófono y el Québec. Nos esperaba "Ernesto" y el flaco Lucho, militantes de máxima entrega y a todo dar. Nos quedamos unos días en casa de Lucho y su pareja, Teresa, pobladora de la Caro, nos recibió entre montones de chiquillos de ella y de otros militantes que cuidaba. Quizás en el Canadá inglés nos habíamos adaptado al estilo de vida anglo, de mucho individualismo, de vivir cada uno en sus departamentos, respetando horarios, tiempos de las otras personas. De un vistazo nos dábamos cuenta que regresábamos al estilo de vida más latino, más de comunidad, con puertas abiertas en las casas para que cualquiera llegara en el momento que lo deseara, de vivir más en comunidad, compartiendo comidas, entretenimientos, tareas.

En Montreal había un gran número de militantes y simpatizantes funcionando, compartiendo muchos aspectos de la vida cotidiana. Claramente la influencia de dos curas chilenos y tres curas quebecois se dejan notar. Era una gran familia militando y apoyándose en lo cotidiano, con un fuerte apoyo de militantes quebecois que agrupados en el Chili América Latine y encabezados por Suzanne Chartrand solidarizaban con las luchas de los pueblos latinoamericanos. El trabajo no era menor: se había establecido una oficina pública, el Bureau de Prisoner Politiques, con atención diaria, edición de un boletín y un fuerte trabajo con sindicatos de los grandes: la Central Nacional Sindical, a lo que se sumaban las relaciones políticas con organizaciones de emigrantes como los vietnamitas, uruguayos, argentinos, griegos, iraníes, en fin, todo tipo de exiliados del mundo entero parecían darse cita en la capital de la provincia del Québec.

Andrés, el único militante reconocido como tal en ese entonces por el Comité Exterior del MIR, era una persona flexible, acogedora, tranquila y metódica en el trabajo. Andrés contaba con el apoyo de María Eugenia y tenía además de los curas obreros a Ernesto y a Lucho como brazos ejecutivos, ambos capaces de resolver cualquier problema. Cuando arribamos a Montreal ya lo tenía todo previsto. No solo entregándonos rápidamente un departamento en un barrio obrero en territorio de exiliados griegos, sino que además tenía conversaciones avanzadas con la responsable de emigración para que nos dieran cursos de idiomas y nos asistieran económicamente durante algunos meses, mientras nos instalábamos.

Parecía que estábamos en cualquier casa del barrio Avenida Matta, de no ser por las típicas escalas externas de las construcciones francesas y de la ausencia de duchas en los baños. El departamento era viejo, piso de madera y paredes altas, lleno de cucarachas, absolutamente

distinto a lo moderno que teníamos en Calgary. Pero todos vivían en igual condición. Pronto comenzamos a visitar a los otros militantes y comprendimos que la sobrevivencia no sería nada de fácil. Amanda di Negri, Manuel Fierro, Juana Pacheco, el Tuto y otros ex presos políticos como Mario Zumelzu y el Pocho vivían en iguales condiciones, algunos sin trabajo, recibiendo asistencia social y otros empleados en puestos de trabajo de bajas remuneraciones. Pero de ninguna manera, pensaba, eso sería un impedimento para articular una Dirección Nacional y coordinar el trabajo de los miristas exiliados en Canadá.

No cuando Andrés tenía ya conformada toda una red con la gente de Ottawa, donde destacaba Lilita Mason, con Toronto, donde otro grupo de mirista que incluía a Marcelo Puente - autor de una conocida canción a Miguel Enríquez- y un profesor de artes, se había organizado cubriendo ciudades como Kitchener y London hasta donde la diáspora del exilio había lanzado a algunos compañeros.

Tiempo de aprender el idioma, de leer un cerro de informaciones que Andrés acumulaba sobre Chile, desde análisis políticos, reportes de detenciones, informes desde las diversas ciudades donde existía trabajo de solidaridad, informes del trabajo de Europa, del Chile Comité de Italia, de México, de Estados Unidos -particularmente California- donde se estaban produciendo materiales audiovisuales, películas, cortometrajes.

Tiempo además de consolidar la relación con Vinka, con la que me casé en ceremonia religiosa especial con Manuel Fierro tocando la Internacional en el órgano de la iglesia y un cura obrero, militante del MIR, centrando el sermón en el compromiso con el Cristo viviente, el pueblo en resistencia en Chile. La luna de miel no existió, no había tiempo porque la vida militante se acelera, dejando tiempo sólo para breves escapadas a un recital donde por primera vez escuchamos a cantautores que no conocíamos como Mercedes Soza, o Eliana de Colombia, a los actos de solidaridad con la lucha de los PRT-ERP argentinos, Tupamaros, paseos a algún parque o reserva forestal, siempre con gusto a poco y con sentimientos de remordimiento pensando en los militantes de Chile bajo la represión.

“Tranquilo”, miembro en ese entonces, del Comité Central del MIR, llegó en gira para entregarnos de primera fuente, la discusión que atravesaba al MIR en el exterior. Nos entrega un balance de la política de Resistencia en el interior, de su política de alianzas en el exterior y las necesidades de construir una retaguardia social y política para la lucha en Chile. Nos plantea la necesidad de reconstruir el MIR en cada lugar para que sea columna vertebral de la retaguardia a levantar y precisa las necesidades y tareas que desde el Comité Exterior nos asignan, fundamentalmente alianzas sociales y políticas y consecución de recursos financieros. Entonces nosotros informamos de la discusión sostenida en el oeste y de la propuesta de armar una dirección nacional. La comparte y la avala, sobre la base de acelerar los procesos de evaluación de cada compañero y ajuste de cuenta con cada uno, respecto a su salida del Chile y su comportamiento en manos de la represión. Al despedirse Tranquilo, sabemos que tenemos una ardua tarea. En la Dirección que estamos formando, a la espera de Moncho y Belmar, asumo la tarea de Organización apoyado por Ernesto y uno de los curas obreros y comenzamos a viajar a las ciudades donde existían miristas para realizar la evaluación y ajustes respecto a las militancias.

Dura e ingrata tarea. Contábamos con informes tipos que cada compañera y compañero habían entregado, respondiendo un cuestionario básico. Viajamos al oeste y desde Vancouver regresamos pasando por cada ciudad. Se realizaba un ampliado con todos los ex miembros de la organización, se entregaba la información política y los análisis escuchados a Tranquilo, para luego pasar a entrevistas individuales o grupales para decidir en primera instancia sobre la militancia de cada compañero. Las sorpresas en cada ciudad terminaban en crisis. Más de alguno terminó por

reconocer que había salido del país sin permiso de la organización o que no había protegido lo suficiente la información o los recursos materiales que tenía a su cargo, al momento de caer en manos de la represión. No se trataba de blanco o negro, de si habló bajo tortura o no habló. Ya la discusión en el seno del MIR, después de un par de años de represión, había establecido criterios flexibles para aplicar partiendo de la base del reconocimiento de los hechos, de la protección de la información, medios materiales y la vida de otros compañeros en caso de caer en manos de la represión. Todos manejaban las técnicas que aplicaba la DINA y no se podía exigir un silencio absoluto, sino que un comportamiento digno y evidencias de protección de información y recursos.

Al regresar a Montreal luego de semanas de estar fuera, ya teníamos una organización de carácter nacional, y la estructura básica de militantes, aspirantes, simpatizantes, - todos estos grados condicionales a su ratificación por el Comité Exterior- y miembros de GAM. Por esos días Moncho y Belmar llegaron a Montreal y comenzó a funcionar a pleno la Dirección que nos habíamos dado, ratificada por un nuevo Encuentro Nacional que esta vez sancionó estructura orgánica, política de relaciones y línea de construcción de la retaguardia y generó una nueva Dirección Nacional con Moncho, El Crespo Belmar, Pocho y yo, todos trasladados desde el oeste canadiense.

La estadía en el barrio de los griegos duro poco. Dos meses después de nuestra llegada, dejamos la casa y nos trasladamos al barrio de Mont Royal, un "cartier" o barrio pobre típicamente quebecoise con pequeñas industrias que permitían asegurar posibilidades de trabajo a sus habitantes. Quedamos de vecinos de Amanda de Negrí, luego de Víctor Maturana que se traslado también desde Saskatoon y viviendo enfrente de Magi, hija comunista de un connotado dirigente de la democracia cristiana, quien había preferido el exilio que vivir bajo la dictadura, casa a la cual se sumó Rebeca y el Tuto un militante joven que había sufrido graves torturas en Tres Álamos, por ser, además de mirista, sobrino del Comandante del lugar. Era necesario vivir cerca unos de otros, sobretodo porque Víctor y Tuto hacían crisis en sus respectivas enfermedades de manera permanente. Nuestro departamento era pequeño: un amplio cuarto donde ubicamos el living y nuestra cama, una cocina y un pequeño comedor, y una pieza que nunca pudimos ocupar porque sus paredes no lograban aislarnos de las bajas temperaturas externas. Prácticamente solo el llegar la primavera y el verano podíamos ocupar esa pieza y el patio en el que se acumulaba al menos un metro de nieve.

Vinka tenía ya un embarazo de algunos meses cuando terminamos el curso de francés y se nos acabó, una vez más, el apoyo financiero y los ahorros de Calgary para sobrevivir. Comencé a trabajar como operario en una fabrica de bicicletas, integrándome sin mayores problemas a la línea de producción en base a la experiencia que había logrado en Simmonds Factory. Similar a mi experiencia anterior en cuanto a relacionarme con el Sindicato y mis compañeros quebecoise, lo distinto fue trabajar en cadena de producción, con tiempos de producción calculados al segundo y sin minuto posible a perder. La cadena de producción estaba articulada en secciones, y en cada sección un trabajador volante acudía a reemplazar a aquellos que debían ir al baño, o que por cualquier razón no se presentaban a trabajar. La disciplina era férrea. Se marcaba la tarjeta y un minuto después, exactamente a las ocho de la mañana comenzaba a correr la correa transportadora dejando la bicicleta por veinte segundos frente al puesto de cada trabajador, tiempo en el que debíamos realizar nuestro trabajo. No había posibilidad de equivocarse, retrasarse o no hacer el trabajo. Simplemente el trabajador que venía en la siguiente parada de la línea de producción si veía algún problema, dejaba pasar también la bicicleta, quedando en evidencia al llegar al punto final de la cadena, quien había fallado. Lo peor, se descontaba todo el trabajo no realizado al que había fallado. ¡Eso era real explotación, aprovechamiento al máximo de la fuerza de trabajo y productividad!

Durante la gira por el oeste canadiense, quizás por primera vez en mi vida, tuve acceso a bibliotecas y librerías con toda la producción de escritos marxistas. Había logrado constituir una biblioteca básica con libros de Marx, Engels, Lenin, Mao, Fidel, Che, Deutcher, Giap, Lunacharsky, Rosa Luxemburgo, encontrando algunos textos de poca circulación como Actas Bolcheviques, la Insurrección Armada, y algunas discusiones sobre la crisis global mundial que ya comenzaba a sonar: el agotamiento de los modelos económicos del campo capitalista y la crisis con la caída de la productividad que se constataba en el campo socialista. De otra parte, y en torno a la política de relaciones, nos enfrentábamos a muchas situaciones nuevas, de las cuales no teníamos información previa ni definiciones, pero que nos veíamos obligados a asumir en la práctica, como las relaciones con diversas tendencias de los sandinistas, los grupos griegos, los grupos kurdos, en fin. De una u otra manera los problemas más globales de la crisis del bloque soviético respecto a lo económico, a sus problemas de democracia interna y a las crisis que lo sacudían, obligaban a pensar y reflexionar. Pero esas preocupaciones no eran exclusivas, de alguna manera comenzaban a presionar por todos lados a la militancia casi en la misma intensidad que discutir la política que se estaba implementando en Chile y la construcción orgánica que se desarrollaba en el exterior.

La nueva dirección nacional de la que formaba parte comenzó a funcionar en lo burocrático y administrativo sin mayores problemas. Todo el mundo pagaba un porcentaje de sus ingresos como cotización, se realizaban peñas, muestras de cortometrajes y un sinfín de actividades para juntar recursos y al poco tiempo hacíamos entrega al Comité Exterior de recursos significativos. La estructura para esos fines se había consolidado. Pero las grietas asomaban por otros lados. En el seno de la propia dirección comencé a discrepar de mis compañeros de manera permanente. De mi parte había mucho subjetivismo porque no me quedaba claro que todos estuviéramos en la misma voluntad de apoyar la lucha de resistencia que el MIR estaba desarrollando en Chile y percibía que había una postura más bien crítica a la táctica que se desarrollaba y a la evaluación del desempeño. La verdad es que no tenía muchas herramientas para traducir esta visión subjetiva que traducía en una síntesis injusta y pragmática: mientras mi interés es regresar cuanto antes a Chile, veía una práctica en ellos que tendía a estabilizar su permanencia en el exilio. Mirando hoy en perspectiva este naciente conflicto, creo que predominaba en mi el subjetivismo y el convencimiento que mis compañeros no querían regresar a Chile y por tanto desconfiaba enormemente de sus acciones. No obstante, el funcionamiento de la Dirección conducida por Moncho, me permitió acceder a un nivel de discusión y estudio que no conocía: el estudio sistemático, en profundidad de los textos del marxismo clásico. Cuando aprendí a fichar los libros, a estudiarlos, a realizar síntesis de presentaciones de algunos capítulos, de discutir afirmación tras afirmación, me di cuenta que la forma en que había leído anteriormente los textos, era muy básica. Al inicio del proceso de discusión Moncho me había regalado un texto poco conocido de Lenin, en verdad unos cuadernillos preparatorios del texto "El Estado y la revolución". En ese cuadernillo Lenin divide la página en tres columnas: en una columna sintetiza párrafos de algún texto de autor que se refiere al tema que está estudiando. En la segunda columna reseña lo que otros autores señalan respecto al tema o idea, y en la tercera columna él desarrolla sus críticas y sus propias ideas. Decidido a reforzar mi formación me lancé a leer y estudiar a Mao, Trotsky, Engels, Recabarren, Mariategui, descubriendo dos falencias que arrastro hasta el día de hoy: una base débil respecto a la economía y la filosofía. Tratando de aprovechar al máximo el tiempo del que disponía, en general estaba tranquilo y con un norte muy claro. Sabía que tarde o temprano regresaría a Chile y trataba de gozar de los momentos que la vida nos ofrecía con Vinka, en la certeza que ese tiempo sería quizás el único que tendríamos por los riesgos de perder la vida al retornar al país.

El paso por Canadá de otro miembro del Comité Central, "Raquel" agudizó aún más el naciente conflicto, principalmente por el develamiento de una discusión más abierta que se está generando en

otras zonas y regiones que cuestionan el que hacer del Comité Exterior, lo que se realiza en Chile y la táctica de lucha de Resistencia que se está impulsando. La convocatoria a una reunión en México por parte del Comité Exterior me permitirá conocer otras aristas del conflicto que cruza al MIR y que años después, en su desarrollo terminará en su fragmentación. Moncho, nuestro Jefe Político no puede asistir a dicha reunión y a pesar de que Vinka está con fecha próxima de parto, decido ir, asumiendo la representación del MIR de Canadá, dejando de paso el puesto de trabajo en la fábrica.

Un día después del nacimiento de Manuel Sebastián, el 4 de abril de 1977, viajé a México a la reunión zonal de los miristas donde se comienza a trabajar en profundidad la política de retorno al frente de lucha.

Mas allá de los inconvenientes de llegar a un país donde todo se mueve por la coima o mordida, recepción que partió desde el mismo aeropuerto, el viaje me permitió tomar contacto con Nelson Gutiérrez y parte del Comité Central y algunos compañeros ligados al trabajo técnico militar en el exterior. En la reunión que dura varios días, se hace un balance de las luchas en Latinoamérica y por primera vez tomo conocimiento de la ofensiva que se preparan en Nicaragua y del surgimiento de Sendero Luminoso en Perú. En cuanto a Chile, la decisión es clara: impulsar el retorno a Chile para salir del acoso represivo y aportar a una fase de resistencia armada activa. Para mi está claro y es suficiente la voluntad expresada. Vuelvo a Canadá dispuesto a preparar mi retorno a Chile y no preocuparme tanto de la discusión que atraviesa a la dirección local.

Las semanas corren raudas. Consigo otro trabajo haciendo aseo en una compañía y decido permanecer el máximo de tiempo posible con Vinka y nuestro hijo. Bajo las revoluciones en la discusión interna y las relaciones mejoran mucho. Una ofensiva de propaganda lanzada desde Suecia por Nelson Gutiérrez planteando el tema del retorno y difundida a través del Correo de la Resistencia permite, desde mi cargo de Organización llevar la discusión a todos los militantes y recibir adhesiones inmediatas como la de Víctor Maturana que también se enfoca hacia el retorno de manera inmediata. Desde una base de Montreal surge discrepancia respecto a la política que se está impulsando y de alguna manera estas discrepancias llegan a mi pareja y nuestra relación comienza a deteriorarse por la convicción que Vinka se forma de que no quiero asumir la responsabilidad respecto a la familia y el hogar y que soy un aventurero que solo quiere regresar a Chile a morir. Luego de conversar muchas veces el tema y frente a la alternativa ofrecida por el MIR de llevar a la pareja y a los hijos a Cuba para que vivan allá y que estén de alguna manera apoyados, Vinka escoge regresar a Chile antes de mi salida de Canadá. Comenzamos a trabajar en esa dirección acumulando algunos recursos para materializar su regreso a Chile, de manera legal.

La vida política del MIR Canadá se intensifica. Nuevos actores aparecen. Desde Toronto un compañero despunta para asumir grados de dirección. Se materializa un nuevo evento de carácter nacional en donde participo de manera contenida. Estoy dedicado por completo a generar recursos para sostener mi retorno, conseguir un modulo o equipaje mínimo de viaje que permita hacer coherente la fachada de turista que viaja por placer. Comienzo a trabajar donde sea para generar mayores recursos. Me voy por una semana al lago San Lucas a picar hielo, luego entro a trabajar en una fábrica de abrigo de pieles asumiendo largas jornadas a trato.

El recuerdo de los días siguientes es brumoso. No recuerdo exactamente el regreso de Vinka a Chile junto a Manuel Sebastián. Solo sé que quedo en una casa que solo ocupo para dormir. Me junto con Víctor Maturana: tenemos la misma ruta y fecha para partir a Cuba, pasando por Jamaica.

Los últimos días los dedico a despedirme de gente que se que guardará las reservas del caso y que a mi juicio, por los riesgos de la lucha en Chile, es posible que no vea más.

El último día de mi estadía en Montreal coincide con una especie de peña organizada por el GAM de Montreal. El ambiente es relajado, se bebe y se canta junto a un grupo de latinoamericanos, Begoña, una española exiliada me invita a tocar la guitarra. Solo algunos de los presentes perciben el volcán de sentimientos que me acompañan. Canto recordando canciones de la Resistencia Española, cuecas choras aprendida en los días de cárcel, canciones contra la dictadura que se han perdido en el tiempo. Sólo Diego Altamirano y su hermano Mario me despiden con un abrazo cerrado. Al día siguiente, junto a Víctor partimos rumbo a Jamaica, país en el que suponemos estaremos un par de días, antes de entrar a Cuba. En mi billetera, entre fotos obtenidas de cualquier lugar para respaldar la fachada de turistas, van la de Martín Elgueta, mi antiguo Jefe de la Brigada Secundaria y el GPM 4, detenido desaparecido a la fecha, la de Vinka y mi hijo Manuel. Han pasado casi tres años de mi salida de la cárcel y de mi vida en un Canadá que nunca llegue a conocer a fondo y que siempre fue solo una estación de tránsito para regresar. En el aeropuerto, bromeando con Víctor, entono el viejo tango de Carlos Gardel...

*“ Yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos /van marcando mi retorno.
Son las mismas que alumbraron /con sus pálidos reflejos /hondas horas de dolor.
Y aunque no quise el regreso, siempre se vuelve al primer amor.
La vieja calle, donde me cobijo, /tuya es su vida, /tuyo es su querer.
Bajo el burlón mirar de las estrellas/ que con indiferencia hoy me ven volver.
Volver con la frente marchita las nieves del tiempo platearon mi sien.
Sentir /que es un soplo la vida que veinte años no es nada que febril la mirada
errante en las sombras /te busca y te nombra.
Vivir con el alma aferrada a un dulce recuerdo que lloro otra vez.*

3. EN PUNTO CERO

Llegamos a Kingston en un tranquilo viaje que incluyó la pasada por la Bahía de Montego. Luego de pasar por policía internacional fuimos retenidos por la policía local quienes viendo nuestro pasaporte con la famosa letra L instalada por la Dictadura para marcar y controlar nuestros desplazamientos, se preocuparon un poco. No mucho finalmente, porque después de mostrar los dólares que llevábamos para consumir como turistas, nos dejaron ingresar sin mayores problemas. Buscamos un alojamiento alejado del centro, modesto, para ir racionando nuestros recursos. No sabíamos cuanto tiempo estaríamos allí, y a pesar de que sabíamos que había un Gobierno progresista, cualquier cosa podía ocurrir.

La pensión escogida estaba cerca de la Embajada de Cuba, donde suponíamos, recibiríamos instrucciones de cómo seguir. Teníamos un teléfono y un nombre que era nuestro contacto para continuar viaje. Viajar con Víctor, "el Capullo", como le decían las mujeres en Montreal, era más que grato para mí.

Nos habíamos conocido en prisión. Una noche del año 1974 llegó a mi celda, enfermo y con mucho dolor. Venía trasladado desde Concepción y nos contó su historia: Había sido Teniente de Carabineros en Temuco con una clara posición política a favor de las luchas populares y en defensa del Gobierno Constitucional. Detenido y bárbaramente torturado, había quedado con lesiones neurológicas que desataban cada cierto tiempo jaquecas que simplemente lo tumbaban. Respetuoso, tranquilo, siempre atento con los compañeros y galante con las mujeres, se refería a sí mismo como "este capullito" lo que le valió el sobrenombre que le seguía. Pero era un duro. Un convencido de la necesidad de luchar y de la necesidad de apoyar con todo a la resistencia popular. Hombre de pocas palabras, de férreo convencimiento, intolerante con quienes no asumían en todas sus dimensiones la construcción de un militante ejemplar como trabajador, padre, estudiante, con su pareja, en decir en

lo integral, desconfiando de los que con verso o cuestionamiento relativizan los principios, lo éticos y la moral.

En un par de días recorrimos el "centro" de Kingston, unas diez manzanas en ese entonces, plagadas de lujosos hoteles y variedad de oferta para los turistas, rodeado de poblaciones y caseríos pobres e inhabitables. Nunca en Chile habíamos visto esos niveles de pobreza. En más de una ocasión nos internamos por barrios de negros semidesnudos, flacos y famélicos que nos seguían en silencio esperando que lanzáramos unas monedas o les diéramos algo de comer.

Llamamos al teléfono del contacto y grande fue nuestra sorpresa: no existía tal número. Sin apurarnos y entendiendo que podría existir un error, fuimos a la Embajada de Cuba con extremas precauciones. No pasamos de la puerta. Simplemente por un citófono hablamos con alguien y este se limitó a señalar que nadie de ese nombre trabajaba en la embajada, así que no nos podía ayudar.

Acordamos esperar dos días y realizar un nuevo intento, con resultado igual que el anterior. Pero aún estábamos en los plazos, teníamos algún dinero y comenzamos simplemente a esperar matando en día en la piscina de la pensión y recorriendo algunos lugares para efectivamente dar la impresión de que éramos turistas. Veinte días después, estábamos en el mismo punto y desesperados. Teníamos el dinero que por instrucciones previas requeríamos para, una vez terminada la instrucción en Cuba, iniciar el retorno real a Chile. Teníamos algunos elementos como maquinas fotográficas, grabadores, videos, ropa de calidad y otras prendas de vestir que podíamos eventualmente vender. Habíamos logrado conocer a uno o dos jamaquinos que nos podían ayudar, y por último teníamos el valor del pasaje de retorno a Canadá por cualquiera eventualidad.

Decidimos llamar a Canadá y conectarnos con Ernesto, quien nos merecía mayor capacidad de resolución en ese momento. Nos atendió Mitchu, su pareja quebecoise y nos citamos para una nueva llamada, la que finalmente empezó a destrabar nuestra incomoda posición.

Horas después, tras consultas de Ernesto a compañeros en México, de éstos a compañeros en Cuba, nos entregaron un nuevo nombre con quien vincularnos en la Embajada de Cuba. Por cuarta vez, fuimos a conversar con el citófono y esta vez si, nos citaron para dos días después.

Aquellos dos días parecían interminables. Yo jugaba una y otra vez solitarios con una baraja española, mientras Víctor se reía de mi manera de aplacar los nervios. Conversamos de lo divino y humano, sobretodo de las perspectivas del retorno y de caer nuevamente detenidos ingresando a Chile o una vez en el interior. Víctor asumía todo desdramatizando, quitándole la carga subjetiva y reduciendo el tema al deber de estar donde se necesita.

La mañana del día de nuestra cita en la Embajada, apostamos a que nos va a ir bien y vendemos aquellos aparatos de lujo que portamos en nuestro equipaje, retirando así mismo el valor de nuestro pasaje de retorno a Canadá. A nadie parece extrañarle. Parece que es lo habitual entre turistas que se quedan sin dinero y tienen que hacer un o mil malabares. Finalmente llegamos a la Embajada y no nos reciben allí. El contacto ha dejado un recado que el citófono vomita queriendo deshacerse pronto de nosotros. Vamos a un lugar cercano y finalmente nos reunimos con el contacto. Es un hombre blanco, más de cuarenta años quizás. Nos saludamos y de entrada lanza una andanada de críticas contra quienes desde algún lugar del Ministerio del Interior han organizado la Operación. Se refiere al DOE, el Departamento de Operaciones Especiales y lo compara con las FAR donde estos problemas no se presentan. Luego sin más nos dice que salimos al anochecer, que tenemos que ir a sacarnos una foto pasaporte y nos extiende los nombres que deben ser usados. Nos cita para una hora después y salimos en busca de las famosas maquinas fotográficas automáticas que habíamos visto

en un hotel. Una hora después nos juntamos, el tipo firma el mismo los pasaportes, los timbra y nos entrega nuestra nueva identidad. Somos ahora trabajadores cubanos de regreso al país.

El viaje es corto y sin problemas. Nadie pregunta nada. Arribamos al anochecer al aeropuerto donde viejos y queridos amigos nos están esperando. Son el Quila, antiguo miembro de las fuerzas centrales del MIR y Martín, conocido desde la brigada secundaria, que nos reciben. Por fin respiramos tranquilos. Ahora si que es verdad.

Nos trasladan a una casa de la Habana cerca de Artemisa. Hay una decena de compañeras y compañeros ya ocupándola y las presentaciones se suceden. Nadie sabe cuanto tiempo estaremos ahí. Conociendo el estilo compartimentado de trabajo de los cubanos, esto para mi no es novedad.

Los grupos se forman de manera espontánea, los que vienen de Europa, los de América Latina, los que vienen del interior. Conozco a la mayoría de los que conforman el equipo que nos está recibiendo, gente con experiencia en lo técnico-militar, lo que me da un plus que mis otros compañeros no tienen, además del hecho de haber estado ya en trance similar en 1972. Llegan más compañeros y ya pasamos los veinte en el lugar. Inesperadamente llega un bus y somos sacados del lugar. Nadie pregunta nada, la disciplina es férrea. El viaje de algunas horas nos traslada a Pinar del Río. Saco mis cuentas políticas sabiendo que es el lugar donde se entrena a los grupos destinados a las guerrillas rurales y pienso en las posibilidades de fuerzas guerrilleras rurales en Chile y las veo lejanas, sobretudo con la experiencia de Panguipulli en los días del golpe. En fin, me digo que no abriré mi boca sino hasta estar en Chile y discutir directamente el que hacer sobre la base de un conocimiento directo de la situación.

Llegamos al Campamento. Ritual conocido: recepción por parte de los oficiales de las FAR o el DOE, lectura de la cartilla de comportamiento y reglamentos, entrega de uniforme y equipo material, traslado a los dormitorios donde se entrega ropa de cama, mosquiteros y útiles de aseo. Al atardecer ya estamos listos, la gente estrenando sus uniformes de instrucción, conversando de manera relajada.

Inesperadamente un oficial de tropas especiales ingresa al recinto en un jeep y llama a Diego Ramírez o al Alma Negra a viva voz. Me sorprende y me acerco al Oficial con el corazón latiendo a mil.

- ¿Tu eres el Diego, ese que le dicen Alma Negra?

Respondo con la cabeza afirmativamente, sorprendido, mientras algunos compañeros, entre ellos Víctor se acercan también.

- Chico, parece que hay problemas contigo...sales de inmediato de la Escuela - me informa al tiempo que dos soldados descienden del jeep para reforzar la orden.

Estoy sorprendido, sin atinar a nada, confuso. Víctor trata de interceder pidiendo una explicación, pero el oficial reitera: - ¡Que te montes chico, sales de la escuela de inmediato!

- Pero denme tiempo a buscar mis cosas, mi maleta..

- No te preocupes chico, vaya coño, monta de una vez..

Subí al jeep desolado. Me sacaban sin más ni más de la escuela. Sin saberlo, quien tomaba esta

decisión, salvaba mi vida de cara a los resultados que años después conoceríamos del intento de instalar bases guerrilleras en Neltume y Nahuelbuta.

Salimos del campamento y de regreso a La Habana en silencio. Mi angustia crecía a cada momento porque los cubanos sólo obedecían órdenes y no tenían o no querían entregar ninguna explicación. Llegamos al barrio El Vedado, a una casa desconocida para mí. El Quila es quien me recibe y me informa que se había equivocado al mandarme a la Escuela Rural, que debía ingresar a otra, a una escuela especial para miembros del Comité Central y para compañeros de dirección intermedia. No sabía si alegrarme por la noticia o indignarme por la forma en que el oficial me había sacado de la escuela, que daba pábulo a cualquier interpretación. Fiel a su hábito, Quila rompió a reír, por lo que yo le contaba: simplemente el oficial había cumplido la orden de sacarme de la escuela y no le preocupaba dar explicaciones: en la formación militar de cualquier ejército del mundo, las ordenes se cumplen sin dar ni pedir explicaciones.

Ya en la casa fui presentado a los que estaban allí: El Viejo, a quien ya conocía desde la época de prisión en la Penitenciaría de Santiago, el Caballo, proveniente del exilio en Centroamérica, Rubén un fortachón proveniente del exilio europeo, la Chica, única mujer del grupo, el Flaco que venía del Comité Local Habana, y los restantes miembros del Comité Central: Pecho de Buque un ex marino, Juan Olivares un dirigente sindical, Yamil proveniente del Norte Chico, y Melinka, el famoso Víctor Toro quien asumiría la jefatura de la escuela.

Durante los días siguientes fui conociendo el proyecto: se trataba de una escuela para nivel de dirección media político-militar, vale decir, tendríamos un entrenamiento en mando y dirección militar por parte de los cubanos, pero un fuerte trabajo de formación política y de generación de propuestas políticas con vistas a constituir equipos para incorporarse a nivel de dirección en Santiago y ciudades importantes de Chile, en la concepción de células madres. La Escuela serviría para ir constituyendo esos equipos con un miembro de comité central y uno o dos ayudantes.

Antes de ingresar al campamento, comenzaron a evidenciarse problemas políticos entre quienes estábamos ahí. De una parte existían claras diferencias políticas entre Melinka postulando la necesidad una política de alianzas más amplia y Yamil que centraba su postura en el impulso de la lucha armada como centro, estando entre ambos las posiciones intermedias de Juan Olivares más cercanos a Melinka, y el Pecho de Buque tratando de establecer consensos. Nosotros, los militantes, en general expectantes, aun cuando Rubén, el europeo, a poco andar comenzó a mostrar algunas diferencias, proyectando una imagen de mucha desconfianza con el proceso general de retorno a Chile y en particular sobre la conducción general del MIR.

En lo personal, hice yunta con el Caballo y Pecho de Buque, buenas migas con la Chica y el Flaco, siendo más distante la relación con el resto y decididamente conflictiva con Rubén y Yamil aún cuando éstas eran más en el plano de las relaciones personales que en el plano político.

Finalmente ingresamos a la escuela bajo un régimen de trabajo duro y agotador. Grupo reducido trabajando todo el día, tarde o temprano significaba tensiones. Melinka abrió un espacio de diálogo distinto que permitió conocernos más: se trató de un cuéntame tu vida, espacio en que por turno, cada miembro de la escuela contaba su vida, su experiencia militante, sus preocupaciones, en sesiones continuadas bajo preguntas y comentarios del resto. Fue una grata experiencia que nos permitió conocernos más y aprender de la experiencia de los otros.

Con los anfitriones todo marchaba bien, salvo algunas asperezas: nos fue requisada la literatura maoísta y trotskista que llevábamos, y ni siquiera la explicación de que eran textos

de estudios colectivos permitió recuperarlos, igualmente surgieron diferencias cuando se enteraron que la Chica no tenía problema en compartir baño y duchas con los hombres, dado que era el único baño existente, lo que significó un berrinche de madre del oficial a cargo, cuyo pudor y machismo era exacerbado. Mas adelante tendríamos nuevos problemas más en el ámbito político que nos mostrarían rasgos estalinistas y sectarios que no conocíamos en la relación con algunos oficiales de las FAR.

La escuela se desarrollaba sin problemas. Rápidamente se evidenció un grupo al quienes les iba bien en las materias (Chica, Flaco, Rubén y yo), un grupo intermedio (El Viejo, Yamil, el Caballo), y un grupo que tenía dificultades para el aprendizaje, justamente los miembros del Comité Central (Víctor Toro, Juan Olivares, Pecho de Buque) a quienes las matemáticas, física y en general los déficit educativos, les pasaban la cuenta. Distinta era la situación en las prácticas, donde en general estábamos parejos.

En medio de la escuela, que terminaba la fase de aula y trabajo con diferentes técnicas militares, el grupo del Comité Central salió a una reunión de dicha instancia: el famoso Pleno del Comité Central del año 1977.

Al término del Pleno y al regreso de los miembros del Comité Central a la Escuela, la crisis estalló.

Sin poder acceder a una información política formal de lo que había ocurrido en el pleno, por las conversaciones de pasillos nos vamos enterando de que se había constituido una tendencia de compañeros que no estaba de acuerdo con el Plan del Retorno en cuanto que privilegiaba la apertura de lucha armada rural guerrillera y lucha armada urbana, mientras otros, como Melinka que privilegiaba el desarrollo de la lucha en el plano político, de masas y de alianzas con sectores burgueses antidictatoriales. Esto repercutió fuertemente en la escuela. A partir de ese momento, todas las clases teóricas respecto a ciencia militar, conducción y estrategia, se tiñen de las diferencias coyunturales impidiendo el desarrollo normal de los cursos.

A ello se suma un incidente en el que me veo envuelto: cierto día, luego de la instrucción y estando todos en momento de relajación, algunos compañeros comenzaron a lanzarse cuescos de alguna fruta. Todo estaba en el plano de la broma, hasta que inesperadamente le cae un cuesco a Rubén, quien se enoja y va derecho a enfrentarme. Era la segunda parte de una discusión anterior, en la cual Rubén había expresado que no volvería a Chile, frente a lo cual ácidamente yo había comentado que me parecía un derroche inútil el que estuviera en la escuela cuando el costo de la instrucción lo pagaba el pueblo cubano y no precisamente para que fueran a pasear a Cuba o a acumular instrucción que no usaría. De alguna manera Rubén pensaba que su estatura y fortaleza me intimidarían - o al menos así lo pensé - por lo que finalmente nos trenzamos a golpes donde fui más rápido y contundente. Había roto el código explícito respecto a la disciplina golpeando a Rubén. La sanción colectiva, que asumí sin chistar fue que me quitaran mi militancia y mis derechos por un tiempo, siendo asignado en castigo, a servir de secretario personal a Melinka, quien estaba escribiendo un documento para fijar su posición.

El término de la fase de instrucción regular y comienzo de la fase de instrucción sobre técnicas de lucha en guerra irregular permitió un respiro en las tensiones. Dejamos el Campamento y nos trasladamos a una casa en las afueras de La Habana donde comenzamos a trabajar técnicas de golpes de mano, emboscadas, asaltos a cuarteles, acciones diversas, asumiendo que vivíamos teóricamente en Chile, por tanto poniendo en práctica medidas de seguridad, haciendo trabajo de chequeo y contra chequeo, de inteligencia porque efectivamente una unidad del DOE nos buscaba y en la última fase de ese periodo de instrucción asaltarían nuestra vivienda por lo que tendríamos que aplicar técnicas de ruptura de cerco, romper hacia el monte, evadir los cercos, los perros, aprender a construir tatúes o escondrijos en la tierra, aplicar las técnicas de desplazamiento y ataque nocturno, en fin, aplicar todos los conocimientos que en teoría había

adquirido respecto a evaluar situaciones, planificar, tomar decisiones, ordenar y ejecutar de acuerdo a lo planificado.

Terminada esta fase de instrucción, y antes de regresar a la casa de vivienda en la Habana para iniciar los trabajos internos que como miristas asumiríamos en función de preparar nuestro regreso a Chile, fuimos invitados a conmemorar un aniversario del MIR por un grupo de oficiales de las FAR. Nos reunimos con ellos y ante nuestra sorpresa un general inesperadamente comienza a atacar la política del MIR durante la Unidad Popular y a criticar nuestros rasgos trotskistas, responsabilizándonos del Golpe Militar. La situación era difícil para el grupo, principalmente porque al ingresar a escuela nosotros debíamos asumir que estábamos en régimen militar y por tanto las jerarquías y grados superiores. Era impensado responder contradiciendo al general. Personalmente sentía mucho respeto por la revolución cubana, por su historia, por el internacionalismo y apoyo a las luchas de otros pueblos muchas veces demostrado. Melinka señaló que no era bueno responder, que debíamos quedarnos callado, lo que me enfureció aún más. Finalmente nos fuimos callados, ofendidos y sin siquiera haber podido responder al general.

Regresamos a nuestra casa en la Habana y la crisis interna del grupo volvió a estallar. Nos tocaba repasar el tema de ciencia militar, estudiando a Clausewitz y todo lo concerniente a la guerra, para poder terminar con una propuesta de línea a ser desarrollada por cada uno de los miembros de la escuela. No podíamos avanzar. Cada sesión de trabajo era abrir una y otra vez el debate y las diferencias.

Paralelo a ello, tenía un doble trabajo, porque había escogido el campo de mi investigación y propuesta el rol de las milicias populares en las muchas experiencias revolucionarias, pero al mismo tiempo debía trabajar diariamente con Melinka en el documento que él estaba preparando.

El ritmo de trabajo como grupo comenzó a declinar y a ser heterogéneo, lo que nos dejaba tiempo además, de salir por las noches por La Habana y encontrarnos con compañeros de otras escuelas, enterándonos que también en aquellas habían surgido conflictos, divisiones y problemas.

Me dedique a trabajar duro en mi tema. Prácticamente durante tres o cuatro semanas viví en la Biblioteca recopilando antecedentes de diversas experiencias respecto a las milicias: desde la mexicana hasta la vietnamita, pasando por las entrevistas a nicaragüenses que estaban iniciando los levantamientos insurreccionales particularmente en Estelí.

Con Melinka no nos entendíamos en lo político. A pesar de que pasaba gran parte del día transcribiendo lo que me dictaba, ordenando ideas y corrigiendo lo que redactaba, en esencia no compartía la propuesta que él estaba levantando. Con toda sinceridad y honestidad me señalaba que no confiaba en Pascal Allende ni en parte de la Comisión Política a quienes suponía un nivel de aventurerismo, audacia y ultra izquierdismo provenientes de su origen pequeño burgués y de la necesidad de reivindicarse y alcanzar una estatura digna de Miguel Enríquez. Lo que más molestaba a Melinka era el doble estándar de dirigentes que habían señalado que el MIR no se asilaba y que habían cuestionado y sancionado a muchos compañeros que acosados por la represión habían salido del país, norma que no se había aplicado a Andrés Pascal Allende ni a Gutiérrez luego de la salida de ambos del país.

La situación de trabajo conjunto no daba para más. Le señalé que no quería trabajar más como su ayudante y secretario, y que junto a otros compañeros no miembros del Comité Central, íbamos a solicitar, que por el bien del grupo y de la escuela, dejara la jefatura de ésta. Entonces me señaló que el no regresaría a Chile y que lamentaba que yo estuviera empeñado en regresar a morir.

No hubo recriminaciones en esta separación. Muy claro Melinka fijaba su posición y yo la mía, respetando ambos los caminos que en el futuro asumiríamos.

Dos días después, con la presencia del Coño Villabela, el mismo que me había despedido en la Penitenciaría, se realizó una reunión de Escuela donde solicitamos la salida de Melinka de la Jefatura. Tomó la palabra y explicó su posición, señalando sus discrepancias y diferencias políticas, aceptando salir de la jefatura y de la escuela. Fue una separación dolorosa, porque había mucho cariño, reconocimiento a su trayectoria y respeto político. Pero para quienes estábamos decididos a volver, era un paso necesario para retomar nuestra preparación y actividades en un clima de unidad de acción.

En los días siguientes avanzamos en los temas colectivos y en el trabajo personal aceleradamente. Yamil trabajaba una propuesta que llamaba "Grupos Tácticos de Combate" y que nos generó diferencias, discusiones y altercados. La propuesta de Yamil era que, asumiendo que había mucho acoso represivo en el interior, se debía estructurar grupos tácticos de combate que, obedeciendo a un mando en el exterior, ingresaran al país sin tomar contacto con el Interior, realizaran acciones y se replegaran al exterior. Desde mi perspectiva eso era prácticamente quebrar la unidad mando y de acción en el interior y hacer recaer en el exterior la toma de decisiones trascendentales.

Pero mi trabajo de investigación y mi propia experiencia, también me estaba haciendo entrar en contradicciones con la propuesta de instalar guerrillas rurales en Chile. Desde mi perspectiva, la forma natural de lucha en Chile se daría mediante luchas masivas que partirían de huelgas, de levantamientos de masas territoriales, con mucha presencia de lucha callejera y de barricadas, tomas de poblaciones y resistencia en los cordones periféricos de las grandes ciudades, por lo que era determinante tener una política de masas armada como piso para sostener una fuerza irregular en las ciudades y de manera posterior, de acuerdo al desarrollo de la confrontación, instalación de fuerzas de carácter rural, en una fase de construcción de ejército irregular cuando ya el proceso de lucha hubiese arribado a una etapa prerrevolucionaria o revolucionaria.

El planteo que yo estaba sosteniendo me ponía en una posición equidistante de los grupos en pugna en el Comité Central, porque no me casaba completamente la visión de la urgencia de instalar fuerza guerrillera rural, pero tampoco me casaba con la línea de privilegiar el trabajo de alianzas políticas, excluyendo el accionar armado.

No alcancé a terminar mi trabajo. Fui citado a una reunión con el Quila y el Coño Villabela, resultado de lo cual, cambiaría una vez más mi futuro inmediato, alejándome del retorno a Chile.

4. EL DESTACAMENTO MIGUEL ENRIQUEZ

Fui al departamento del Coño Villabela en La Habana. El Quila preparó café y un par de tragos y comenzamos a conversar. No estaba de acuerdo con lo que yo sostenía en mi trabajo sobre las milicias. Pero ese no era el motivo de la reunión.

Se trata de Nicaragua - me dijo con cara de preocupación. Y continuó: - Nosotros tenemos muy buena relación con el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Hay compañeros que han estado luchando integrados al Frente desde la primera ofensiva de Estelí. Tenemos mayor acercamiento con la tendencia GPP, pero buenas relaciones en general con la tendencia insurreccional y con los terceristas que hoy están a la cabeza de las acciones. Lo que ocurre - explicó desplegando un mapa - que la guerra está a punto de entrar a una fase de equilibrio estratégico y quizás de estancamiento. Fuerzas Revolucionarias han entrado por el sur y están combatiendo contra el General Bravo y lo mejor de las tropas de Somoza. Por el Norte y Centro están insurreccionadas las masas en las

ciudades principales resistiendo el acoso de las fuerzas de la Guardia Nacional, pero tarde o temprano deben salir de las ciudades o generarse una fuerza que rompa el equilibrio. Hay compañeros chilenos socialistas y comunistas, oficiales que están entrando. Pero se nos ha solicitado preparar de manera urgente a un Destacamento que apoye a las Fuerzas Regulares que vienen combatiendo desde el sur, pero debe ser artillería. Cañones, Morteros son los que se necesitan hoy para batir a las fuerzas vivas del enemigo. ¿Estas dispuesto a dejar pendiente tu ingreso a Chile y sumarte a los compañeros que deben partir a más tardar en una semana a Nicaragua?

Pensé un rato mientras el Coño caminaba como león enjaulado y el Quila echaba la talla. En verdad se venía haciendo muy fuerte en mí, mirando la situación chilena y de cara a la discusión que en el MIR se daba, que debía prepararme y fortalecerme en todo lo que dijera relación con lo miliciano, masa armada, formas de lucha irregular de las masas y no precisamente artillería y guerra regular.

Anímicamente me venía preparando más para la clandestinidad, para el golpe de mano, para la acción urbana que para la lucha en el campo, menos aun para la lucha de fuerzas regulares que se rigen por principios diferentes. Pero se necesitaban fuerzas urgentemente en Nicaragua. Respondí afirmativamente al Coño, pensando en mensaje del Ché a la Tricontinental, que habla de que cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen.

Y regresé a Pinar del Río encontrándome con muchos compañeros y compañeras de la escuela de guerrillas rural en un nuevo campamento, que desde el inicio supimos que iba a ser durísimo. El grupo, bautizado Destacamento Miguel Enríquez, lo componíamos una treintena de compañeros y compañeras proveniente de distintas escuelas, generándose reencuentros de militantes que no nos veíamos desde hacía años. En medio de tanto abrazo, contarse historias, enterarse de lo que pasaba en las otras escuelas de instrucción, conocimos a nuestros nuevos instructores, las materias y las condiciones en que pasaríamos la instrucción. Estaba claro para todos que teníamos muy poco tiempo para prepararnos, estaba claro que teníamos que partir de cero, olvidando todo lo que nos habían enseñado respecto a la guerra irregular: se trataba de formarnos para un escenario de guerra regular, en las condiciones más semejantes posibles a lo que viviríamos en poco tiempo.

No bien alcanzamos a instalarnos en literas, vestir unos mamelucos especiales, cuando ya estábamos formados, recibiendo armamento y munición de verdad, y partiendo a marcha forzada trasladando morteros, cañones sin retroceso y sus respectivas municiones. Partimos alegres, conversadores, animosos. Tres horas después las sonrisas desaparecieron de los rostros: llagas en los pies producto de botas nuevas, sudados completamente al punto que resbalaban las manos al empujar las cureñas de los cañones, caminando por potreros y lodazales, sin comprender muy bien el porqué de esta primera caminata infame. Era solo el inicio.

Llegamos a una explanada y después de diez minutos de descanso, comenzamos a realizar maniobras como escuadras de infantería. Los instructores del DOE conformaron tres escuadras, definieron un jefe de ellas sin consultar con nosotros, nos dieron una corta explicación del funcionamiento de una escuadra de infantería y comenzaron los desplazamientos, incluyendo fuego con munición de guerra, tanto para los que portábamos fusiles, ametralladora y granadas.

- ¡Escuadra! ¡A veinte metros, a la carrera y despliegue en combate ¡- surgía la orden y salíamos corriendo para tendernos al llegar al punto señalado y esperar la orden siguiente, que nos indicaría quienes abrirían fuego, sobre que sector de los cien metros que teníamos por delante como campo de fuego y en que cadencia o cantidad.

Al atardecer terminamos los ejercicios y pensábamos que retornaríamos al campamento base. No fue así. Los oficiales a cargo nos reunieron y nos señalaron que se esperaba para el amanecer un ataque aéreo que incluiría armas químicas. Estábamos obligados a fortificarnos en el lugar y a aprender a combatir con máscara antigases y conocer algunas técnicas para protegernos del uso de napalm.

Comenzamos por desplegar la escuadra en línea, luego cada combatiente formó un pequeño parapeto de tierra para poder disparar desde posición tendido, luego excavar con la pala individual de nuestro equipo en el mismo lugar donde estábamos tendidos un foso como para disparar desde posición de rodilla, para finalmente profundizar la excavación y convertirla en un foso para tirador de pie.

No era fácil. Se trataba de una tierra gredosa, espesa, difícil de manejar. Una vez más, al terminar pensábamos que nos iríamos a descansar. Craso error. Los fosos debían unirse unos con otro, con lo que se formaban trincheras, luego construimos una trinchera fortificada con techo hacia la retaguardia, dos fosos más, apartes y protegidos para municiones, y un espacio más amplio y protegido donde se instalaría la plana mayor del Destacamento.

Terminamos al mediodía siguiente y simplemente nos tiramos a dormir donde fuera, sin pensar siquiera en comer.

Escuadra en la defensa, escuadra en el ataque, defensa contra ataque aéreo, defensa contra ataque con armas químicas, defensa contra ataque de artillería, defensa contra ataque de tanques e infantería motorizada, fueron las siguientes clases que surgían después de las caminatas donde seguíamos arrastrando morteros y cañones sin siquiera conocerlos o usarlos aun. Al quinto día comenzamos recién a entrarle a los morteros y cañones. Se constituyeron las baterías, o grupos que trabajarían con cada pieza. Comenzamos con conocer el funcionamiento de ellas, el rol de cada persona del equipo, el orden de combate, el uso táctico de cada una de ellas, el uso en la defensa y en el ataque, el emplazamiento. Al atardecer comenzamos a probar en cada pieza quien podía cumplir mejor el rol de jefe - para establecer con claridad los objetivos, ordenar en secuencia pre-establecida: el tipo de objetivo a batir, el tipo de munición a usar, la carga propulsora a usar en los morteros, la distancia, y la cantidad de disparos a realizar-, el rol del veedor o apuntador, que con prismáticos debía observar donde caían los disparos en relación al objetivo gritando los metros en cuanto a la dirección o a la deriva que tenían los impactos, de manera que el jefe de pieza ordenara la corrección, el rol del apuntador que manejaba los instrumentos de alza, deriva y disparo de cada pieza, el rol de los cargadores que corrían a buscar el tipo de munición y el tipo de carga que se requería en cada andanada de disparos.

Al final de dos días de estar probando puestos, funciones, armando y desarmando las piezas bajo la exigente mirada de los instructores, pasamos a conformar los equipos definitivos. Me tocó ser parte de una pieza de mortero 81 mm, como apuntador y responsable en las marchas de trasladar los órganos de puntería y la placa base, que se constituía en caso de ataque en una excelente protección personal.

Terminada esa fase, recién pudimos regresar al campamento de base y descubrir que seguiríamos bajo un régimen estricto: teníamos poca agua para beber, mínima comida, continuamos con clases teóricas y prácticas para conocer el desplazamiento en campos minados, el paso a través de alambradas de diverso tipo, marcha bajo fuego enemigo, el desembarco en helicópteros, en fin, diversas materias que nos situaban en el escenario de guerra real.

Al anochecer éramos informados de la situación en el frente de combate nicaragüense al que nos

incorporaríamos a corto plazo, llenando los mapas con que contábamos con pinchos de color. Así, seguíamos los pasos del repliegue masivo que realizaban desde ciudades insurreccionadas las fuerzas sandinistas, que se trasladaban a otros lugares para fortalecerse y constituirse en fuerzas regulares con el objetivo de ser concentradas, fortalecidas y lanzadas en contra ataque para quebrar el equilibrio de fuerzas alcanzado.

Masaya, Diriamba, Estelí, Monimbo, el General Bravo, el rol de los oficiales chilenos en la lucha, los distintos tipos de fuerzas sandinistas que combatían, nos eran ya familiar, así como los relatos sobre la topografía y el terreno en que se luchaba, relevante para las funciones que deberíamos ir a cumplir. Justamente a causa de esto último, se planificó una marcha forzada bajo lluvia y sorteando montes y bosques, una de las ultimas actividades antes de marchar al frente real.

Fue simplemente espantoso. Salimos al amanecer y ya al medio día no éramos capaces de dar un paso más. Las ruedas de los cañones sin retroceso se atoraban en el fango y no podíamos moverlos, y cuando lo lográbamos, lo resbaladizo y la pendiente del terreno nos dificultaba conducirlos de manera que, pasábamos en el suelo, empapados, succionados por el fango y moviéndonos con una lentitud inaceptable. Finalmente llegamos al anochecer a la ladera de un cerro boscoso y se dio orden de acampar y dormir, ¡Como hacerlo bajo lluvia y en pendiente, manteniendo las mínimas medidas de seguridad! Logramos establecer en un claro una carpa para la Plana Mayor, cubrir las piezas, establecer una guardia rotativa y el resto nos fuimos a dormir amarrado a los árboles y cubierto con el preciado nylon, tesoro incalculable en aquella situación.

Terminamos de ese modo la instrucción y bajamos al campamento a la espera de partir al frente de batalla.

A esas alturas ya nos conocíamos bien: el esforzado, el sacador de vuelta, el ágil, el sistemático, el que reclamaba por todo, el chistoso, el que cantaba, el teatrero, el panfletero, el sobrado, el humilde, el gritón, el callado, el que sufría penas de amor, el conquistador,

Tres grandes grupos se fueron constituyendo de manera espontánea y transversal a las escuadras: los ayatholas o fundamentalistas, aperrados como se dice hoy día que se embarcaban con toda el alma en cada ejercicio y actividad; en el otro extremo los liberales que rezongaban, criticaban, objetaban en cuanto podían; y al medio el grupo que intentaba contener a ambos extremos y que era el más numeroso.

Dos o tres días estuvimos sin gran actividad en el campamento. Horas de fogata y guitarreo, de ácidas discusiones sobre la situación interna del MIR y de evaluación de la lucha en Nicaragua: había quienes señalaban que no pasaría de ser una salida burguesa a la crisis nacional por el peso de los elementos de la burguesía en el frente nacional que se había constituido, en tanto que otros señalaban el carácter interrumpido de una revolución que debía terminar necesariamente en la construcción del socialismo. Como dice la canción de Carlos Puelblas, estábamos en eso, cuando se acabó la diversión, llegó el Comandante y mandó a parar.

Era de noche y hacía un calor de los infiernos, cuando llegaron en jeep y camiones algunos oficiales. Nos requerían con suma urgencia para asumir una tarea impostergable. Partimos de inmediato y después de algunos minutos llegamos a una explanada. Decenas de camiones en un sector y cerca de ellos, un avión pequeño y varios helicópteros.

Pensábamos que partíamos de inmediato. Error. Se trataba de cargar los vehículos aéreos, tarea aparentemente fácil. Equivocación que nos costaría lágrimas: se trataba de sacos de cemento tibios que comenzamos a cargar sin mayor problema pero que una hora después nos quemaba nuestros hombros y luego nos tenían exhausto y con manos, brazos y hombros llenos de llagas.

Después de terminar la carga, cuando aún no amanecía, con un mal humor traducido en diversos conatos de peleas internas, regresamos a nuestro campamento para encontrarnos con la orden de salir de inmediato con nuestras piezas de artillería a diversos puntos que nos fueron entregados en sobres y que hacían referencia a coordenadas y puntos geográficos. Cada grupo y pieza salió en cuanto pudo, cargando municiones y tratando de orientarse con brújulas sin apoyo de ningún instructor.

Aún no amanecía cuando logramos arribar a nuestra posición: una loma entre muchas otras. Un oficial con un radio nos esperaba y en cuanto llegamos emplazamos la pieza en el lugar. Algunos minutos después en las lomas cercanas comenzaron a aparecer luces de fogatas y por radio se nos ordenó batir dichos blancos en menos de tres minutos. Realizamos los disparos y no le dimos a ningún blanco. Tampoco los compañeros de las lomas cercanas, de quienes sólo podíamos escuchar los estampidos de sus cañones. Regresamos al campamento desolados.

Cuando llegamos, el campamento estaba copado por las fuerzas especiales de las FAR y el propio Comandante Fidel Castro nos pasó revista. Ordenó romper filas y nos invitó a que nos agrupáramos a su alrededor. Con claridad explicó que nosotros teníamos la voluntad y que sabía de nuestro empeño, pero que la instrucción no había sido la que él esperaba. Frente a nosotros solicitó la presencia del responsable del DOE de nuestra instrucción y junto con agradecerle su trabajo, lo relegó del mando, poniendo en la dirección del campamento a un Coronel de las FAR, del arma de artillería.

Otra mano, otra forma de ver la guerra y la instrucción. Se terminó el estar en condiciones extremas y el sobre esfuerzo: según el Coronel, la misión era aprender a ser buenos artilleros y él cumpliría la misión.

Comenzamos otra vez de cero. Arme y desarme de cada pieza, normas para cargar y descargar, tipos de municiones y cargas auxiliares, mucho trabajo en seco de cálculos de distancia, trabajo con distintas miras y órganos de puntería. Clases de aula y clases prácticas diferenciadas, horas de descanso y de convivencia. Llegó el agua y la alimentación.

Cinco días después, llagó también la noticia de la caída de Somoza y la entrada victoriosa del Frente Sandinista en Managua.

Ninguno de nosotros había puesto un pie en tierra nicaragüense y más de alguno lamentaba el no haber estado ahí. Frustrados pero contentos por el triunfo revolucionario, regresamos a La Habana para retomar nuestro rumbo original.

Mi escuela ya no funcionaba. Se habían marchado Melinka, El Viejo, Juan Olivares y Rubén. En la casa seguía Yamil, la Chica, Pecho de Buque y el Caballo, en tanto que el Flaco entraba y salía porque vivía en La Habana.

Me concentré en terminar mi trabajo de investigación que finalmente estregué a la dirección. Los últimos capítulos del trabajo de investigación sobre el rol de las milicias en una estrategia de guerra irregular, recogían la experiencia sistematizada de más de diez cassette grabados por Joaquín Cuadra describiendo el papel de dichas fuerzas en la insurrección de Managua y Estela, y como estas fuerzas habían sido fundamentales no solo para sostener la insurrección sino para convertirse después en columnas guerrilleras que habían protegido la marcha de las fuerzas sociales que tuvieron que dejar las ciudades acosadas, para finalmente ser pilares sobre los cuales se construyeron las fuerzas regulares que desestabilizaron el escenario de guerra y posibilitaron el triunfo final.

Sólo restaba esperar la hora y el día en que comenzaría mi retorno a Chile. Me enfoqué a preparar la

ruta de regreso, a trabajar fachada, manto, contactos, a resolver problemas médicos y dentales, ahora todo con más calma y con tiempo para el relax, para visitar amigos y la ciudad.

Caballo era mi yunta fija en las salidas y el bar de los guapos de Quinta Avenida frente a Conny Island nuestra parada en cada salida. Por un peso se podía beber toda la cerveza que uno quisiera, en tanto uno se mantuviera en pie. Cerveza expendida en un cucurucho de papel encebado, medio litro o más. El Coppelía seguía siendo el mismo que año atrás conociera. Lleno de gente, al lado de la Rampa, lugar de encuentro de homosexuales y muchos turistas. Otras paradas me mostraba el Caballo, que con su locuacidad no demoraba mucho en hacerse de amistades: el Bar Nacional y la barra para los turistas, el avioncito donde se disfrutaban los mismos helados que en el Coppelía pero sin tanta muchedumbre, las pizzerías, el Cine Yara y las escapadas a Marianao y sus casi desiertas y calidas playas. Tiempo de hacer amistad con cubanos, con gente común de sindicatos, de Alamar, de Artemisa, de la Habana Vieja, de asistir a fiestas locales, de sufrir la espera interminables de las guaguas, de caminar y caminar.

Un nuevo incidente en la casa vivienda: Yamil denuncia que le han revisado su documentación de retorno y sospecha de mí. Discutimos y terminamos en casa del Coño Vilabella y él mediando entre los dos. La tensión del retorno inminente es el causante porque al regresar, Caballo explica que por accidente, él que compartía pieza con Yamil había tomado sin querer su maletín. Nos reímos, tomamos Ron y cantamos celebrando la amistad.

Sin saber como, ya estoy viajando en el jeep rumbo al avión que me llevará a Praga. Miro las filas de palmeras del camino, los grandes letreros desde donde nos mira Fidel, y me despido de los mosquitos, del calor asfixiante, mentalmente de cada compañero e instructor que he conocido. ¿Qué será de Vinka y Manuel mi hijo? ¿Estarán bien en Chile? ¿Qué será de Víctor? ¿Estará entrando a Chile o todavía estará en la escuela guerrillera?

Praga es de corta estadía. Como otros que retornan clandestinamente, busco a mi contacto sin salir del área internacional, al famoso "Chico del Puro", del cual se tejerán, en el futuro, miles de fábulas, dándolo como el agente de la CIA que entregaba información sobre quienes retornaban a Chile y por fusilado por la revolución. Pero el Chico del Puro, en ese entonces, está donde debía estar. Recoge mi maleta, de escuálido equipaje porque la que traía de Canadá terminó convertida en decenas de regalos para los amigos y amigas cubanas, recoge mi pasaporte cubano y camina delante de mí, llevándome a través de un laberinto de puertas, dejándome frente a un mesón de una línea aérea, rumbo a Austria, sin más ni más.

Todo bien, todo acorde a lo que había planificado con supervisión de los cubanos. Llego a Austria y tampoco salgo del terreno internacional. Deambulo por la zona ganando tiempo. Voy de café en café, de baño en baño, de sala de espera en sala de espera. En un baño destruyo el pasaporte cubano entregado por "el Chico del Puro" con el cual llegué. Hoja por hoja, pedacito por pedacito van siendo tragados por el sifón, destruyendo evidencia de mi paso por la isla. Reaparece mi pasaporte chileno, que solo tiene timbre de Canadá y Jamaica, real el timbre de entrada, falsificado el de salida con fecha reciente. Casi un día, escondido entre la muchedumbre, he pasado en territorio internacional cuando me decido a dar el siguiente paso. Elijo una línea cualquiera que vaya a París y me presento al mesón. Pongo el pasaporte, dinero y digo "Paris". Me hablan preguntando cosas pero yo no escucho, no entiendo ni quiero entender. Insisto una y diez con la única palabra: Paris. La persona del mesón trata de comunicarse en inglés primero y luego en francés pero la ignoro. Plantado en el mesón, imagino que para ella soy un caso. Es una mujer que mira una y otra vez la pantalla y que pregunta de qué vuelo provengo. Yo insisto en no entender nada. Me indica el tablero luminoso

pretendiendo que le diga en que línea viajaba y como es que aparecí en territorio internacional. Me pide el pasaje del avión en que venía y yo insisto en no entender nada y que quiero ir a Paris. Calculadamente muestro mis tarjetas de seguro social canadiense, la chequera y algunos centenares de dólares asomándose. Finalmente la mujer llama a un hombre, quizás su supervisor y éste trata de comunicarse en italiano conmigo. Sonrió, le agradezco en español, abro una vez más mi cartera de viaje y le muestro fotos de un niño dándole a entender que voy a visitarlo. Finalmente el hombre se aburre y haciendo un gesto con la mano, ordena a la mujer que me venda el pasaje, que el problema lo voy a tener en Paris porque no llevo visa. Un nuevo paso he dado. El supervisor se equivoca: un ciudadano canadiense, aun cuando sea emigrante, no requería visa en ese tiempo para entrar a Francia.

Montó en el avión y el viaje es la nada misma. Un par de horas y ya estoy saliendo del aeropuerto Charles de Gaulle, sin que nadie me pregunte nada. Llevo la dirección de un hotel no muy caro en el centro de Paris, en el barrio Saint Michel. Mi pobre frances-quebecoise es suficiente para darme a entender. Hasta el momento la operación de retorno en mi caso está con cero faltas y viento en popa. Llamó al teléfono que tengo de contacto y una voz de hombre me responde. Me cita a la Place des Invalid para un par de días más.

¡Alors enfant de la patrie....le jour del retorno est arrive!

5. REINGRESO CLANDESTINO AL PAIS.

Los dos días en el hotel fueron eternos. Mirando desde afuera la situación, era de esperar que todo funcionara como en las películas y las novelas: mucho recurso económico, personas acostumbradas a viajar por el mundo entero y sabiendo desenvolverse en diferentes medios, contactos expeditos y todo muy bien articulado como un reloj. Pero la verdad es que en lo concreto las cosas no eran así. Jamaica había sido un suplicio, en eterno esperar, los días transcurridos en las escuelas de instrucción en Cuba habían terminado por poner una enorme duda en mi convicción de regresar a Chile ¿Tan mal estaba la situación en el interior? ¿Realmente valía la pena dejar todo para encontrarme finalmente con una organización, como lo planteaban algunos compañeros, suicidándose? Al menos debía constatar esa realidad personalmente fue mi determinación.

Salí para mi primer contacto en Place des Invalid. Fue de corta duración: un viejo militante de la época de la Brigada Secundaria me esperaba. Nos estrechamos en un abrazo y me citó para un par de horas más en un café. Ansioso, le pregunté si saldría pronto para Chile y la respuesta me dejó perplejo: "Almita Negra, viejo perro, las cosas no son como uno quisiera. es mejor que te prepares para un buen tiempo por aquí.pero en el café, el Gato te podrá explicar mejor."

Se fue dejándome muy preocupado. Al menos me recibiría el Gato, miembro de la Comisión Política, viejo conocido con el cual se podía conversar con toda franqueza. Y así fue. A la hora indicada entré al café encontrándome con el dirigente que leía tranquilamente un periódico. Tras los saludos de rigor, las preguntas por gente conocida, entró de lleno a definir mi situación: "Han existido problemas con algunos compañeros que ya han ingresado al país.

La represión sabe que hay reingreso de militantes y por otro lado estamos a la espera de que conecten a los últimos que mandamos para que nos envíen nuevos puntos.esto puede ser en un mes como alargarse.mientras tanto, te vas a ir a la casa de unos compañeros del partido. Es un grupo abierto, muy abierto, casi público. Aquí nadie te va a preguntar nada porque transitan muchos chilenos y latinos en general de toda Europa haciendo su trabajo de solidaridad. Tú puedes decir simplemente que vienes de Canadá a reunirse con el Comité Exterior por tareas de relaciones políticas, sin dar más informaciones. Puedes vincularte a toda la comunidad de chilenos y

franceses, como un exiliado más, porque nadie va a imaginar que vas camino a Chile, si tu no lo cuentas.”

Estaba claro, y de alguna manera era coherente. Entonces lancé la pregunta que tenía guardada muy en lo profundo: Gato, ¿Es posible que me construyan otro juego de pasaporte y carnét para ingresar a Chile?

Sin mostrar sorpresa alguna, desde sus ojos claros y felinos, intentó leer los motivos de mi petición. Fue directo:

- ¿Por qué?

- Hay mucha gente en el baile, compadre. Al menos cincuenta personas me vieron en Cuba, algunos regresan, otros no. Diez cubanos al menos conocen la ruta, identidad, fachada y manto. Prefiero trabajar una nueva ruta, manto y fachada y confié plenamente en los compadres del equipo de documentación que trabajan contigo.

- ¿Cuál equipo de documentación? - preguntó haciéndose el sorprendido.

- Donde está el filosofo que me conectó, está el mateo.los conozco desde la Brigada Secundaria..

- Ah.

- Ellos me pueden hacer uno o dos juegos de documentos.

- Uno

- .con timbres y todo, y yo los lleno.

- Me parece - dijo sonriendo y echando su cuerpo para atrás, balanceándose en la silla con una mano apoyada en la mesa, y continuó: mañana aquí mismo te va a pasar a buscar Laura, ella trabaja con el grupo Karaxu y tienen una casa grande donde viven y ensayan en las afueras de Paris.

No es Laura quien llegó a buscarme al día siguiente, es la Negra, pareja de Benjamín, vocalista y guitarra del grupo. Apurada, casi corriendo, me lleva hacia la estación del Metro tren y me embarca rumbo a Meudón Val Flory señalándome que allá me espera Rosalía la cantante del grupo. Luego comprendería que en el mundo de Karaxu, todo funciona contra reloj. Rosalía me ve bajar del tren, se presenta, me da la bienvenida, toma parte de mi equipaje y sale disparada hacia su hogar. Camino apresurado enterándome que tienen poco tiempo porque salen de gira, que me puedo quedar en la casa el tiempo que quiera, que

Laura está de acuerdo, que en la casa vive su abuela anciana y sus hijos Camilo y Onae a los que puedo echar un vistazo en su ausencia. Tres cuadras más adelante, al costado de un bosque, llegamos a una casona amplia donde parte del grupo está ensayando. Galo, un francés a cargo de los vientos y la percusión es el más atento y acogedor, la abuela Lily es un encanto: me llama a su lado, y arreglando los cobertores de la cama en la que está postrada, me dice que están todos un poquito locos pero que son felices y a continuación me invita a jugar naipes.

Cierto, parece locura. Nada se ajusta al rigor de la compartimentación, el secreto, la conspiración, pero justamente por ser todo tan abierto y espontáneo, la cobertura es perfecta. Me acomodo en una pieza y

simplemente disfruto del ensayo general de quienes salen en tropel a montar la "Micaela", que es como llaman a su camioneta que los llevará a Bélgica a su presentación. Al anochecer aparece Laura y el padre de los niños, Julio Laks, de quien conozco parte de su historia como músico y sobreviviente de Villa Grimaldi. Laura es callada, se nota que un enorme fuego y pasión por la militancia la dominan. Me da noticias de otros compañeros y me alerta sobre el hecho de que Juan Olivares que ha estado recientemente de paso en la misma casa. De madrugada, Julio toca el saxofón y cuenta detalles de Villa Grimaldi, emocionándonos hasta las lágrimas. Cuenta las últimas horas de agonía del Chico Pérez a quien le pasaron una camioneta sobre las piernas para que hablara, de la Lumi Videla, asesinada por estrangulamiento y su cuerpo arrojado a una embajada, recuerda a Gladis Díaz torturada en la torre, la falsa liberación de un grupo de compañeros en el parque O'higgins y posteriormente asesinados. Laura recuerda a su vez las torturas a que son sometidas algunas mujeres: violadas por perros estrenados que dirige una mujer paracaidista, comando. Seguimos escuchando música y bebiendo ron hasta la madrugada, durmiéndonos sobre los cojines de la sala de ensayo mientras la música del grupo Illapu nos acompañaba.

Los días transcurren rápidamente. Recorro algunos lugares acompañado por la pareja de Benjamín, Laura o la propia Rosalía, asombrado de poder estar ahí, donde la historia mundial se ha decidido: el Palacio de Versalles, La Bastilla, imaginándome las masas insurrectas asaltándola. Recorro algunos salones del Louvre comprendiendo que necesitaría meses en recorrerlo completo. Mi pasión por la pintura me arrastra al museo de los pintores impresionistas donde quedo embobado con Van Gogh. Son días de tranquilidad, de largas conversaciones con Rosalía quien me narra con detalles su paso por la tortura, la caída del grupo de ayudantía de la Comisión Política y el golpe represivo que condujo a la casa de Miguel Enríquez a las fuerzas represivas. Rosalía me muestra algunos temas que está componiendo: hablan del retorno, de la lucha de Resistencia. A veces está muy triste dado que por su casa están pasando algunos compañeros y sabe que más de alguno de ellos será detenido y posiblemente muerto. Le cuesta y le duele establecer lazos de afecto más profundos, sobretodo por la experiencia ya vivida en Villa Grimaldi. A veces en las noches, después de la recurrente sopa de verduras y la tabla de queso, nos quedamos largo rato conversando con Lilita, la abuela, sobre literatura y música. Ante mi gusto por algunas canciones folclóricas me muestra como la producción de música y arte en general también tienen óptica y sello de clases, la diferencia entre una cueca de salón, de patronos con la cueca porteña o chilota. Rosalía habla del trabajo de Margot Loyola pero sobre todo del trabajo de recopilación de Gabriela Pizarro, de quien señala como pareja de Héctor Pavez, formada por Víctor Jara y Rolando Alarcón y fundadora del grupo folclórico Millaray. Lilita habla de Neruda, del lenguaje poético que construye, de la diferencia de su lenguaje en diversas etapas de la vida. Es un lujo estar presente en esas conversaciones, tanto como ver a ilustres artistas chilenos como el grupo Illapu o el joven compositor Eduardo Peralta que pasan por la casa y en más de una ocasión, escuchar algunas improvisaciones y ensayos. Pero los viajeros, ignorando el hecho que un clandestino está escuchando, hablan de la resistencia cultural en Chile, de lo que viene surgiendo desde las agrupaciones estudiantiles, de los lugares donde se juntan en peñas o actos y que expresan de una u otra manera cierto estado de ánimo de las masas que comienzan a organizarse a partir de las bolsas de trabajo, de las agrupaciones de cesantes, al alero de la iglesia y sobretodo desde los espacios culturales. Es la primera vez que escucho hablar a chilenos que vienen directamente del país, sobre lo que está aconteciendo en la patria. Lo que relatan me dan nuevos bríos para lo mío, que es el retorno a Chile.

Gato me manda con Laura el pasaporte que terminaré de llenar y me avisa que pronto tendré fecha y contacto para que ingrese al país. Me doy a la tarea de completar el modulo de viaje y obtener mayores recursos financieros. Contacto a mis hermanos, en Panamá y Venezuela respectivamente y me hacen llegar sus aportes sin preguntar nada: nunca les había pedido dinero y suponen que por algo

importante o grave será. Me conecto de manera reservada con Ernesto de Canadá quien no falla y junto con su aporte monetario me informa que Vinka ha regresado a Canadá con nuestro hijo. La noticia me altera. ¿Qué pasó en Chile? ¿Por qué ha vuelto a salir? ¿Existirán problemas represivos directos con su familia? Converso el tema con Laura y ella me sugiere que explore la posibilidad de un viaje de Vinka a Francia para tener clara la información.

Días después llegó Vinka a Francia y dejó transitoriamente la casa del Karaxu para instalarme en un barrio de emigrantes árabes, en la periferia de la capital.

La experiencia de Vinka en Chile había sido desafortunada: familia enferma, crisis económica, los recursos se habían agotado en un dos por tres. No había trabajo posible y más que apoyo, se habían convertido ambos en bocas que mantener. No tenía sentido, para ella, quedarse en Chile en esas condiciones y salía nuevamente afuera por razones económicas, para sobrevivir. Hablamos de la lucha de resistencia, de los pocos compañeros que había visto, del miedo existente y la represión que se hacía cada vez más selectiva a partir de la extensión del soplónaje y una red masiva de control establecido en todos los sectores. Vinka me comunica su decisión final: se quedará en Canadá aprovechando su condición de refugiada, apoyando a su familia y manteniendo a nuestro hijo Manuel.

El encuentro es tenso, con llantos y recriminaciones: ella creé que estoy en Chile desde nuestra separación hace ya casi año y medio y que no he querido tomar contacto con ella en el interior. Es una situación difícil, no puedo entregarle información en donde he estado y peor aún cuando ella está saliendo del país y yo recién en plan de ingresar. Está claro también que no hay esperanza alguna en nuestra relación que está cuestionada ahora como nunca.

Los días restantes los dedicamos a visitar la Catedral de Notre Dame, la Torre Eiffel, el barrio latino, el modernismo Centro de Arte y Cultura Georges Pompidou con su extravagante arquitectura y el recién estrenado Euromarche con sus centenares de locales comerciales donde paseamos con Manuel. En mi fuero interior, estoy despidiéndome de ambos, en el convencimiento de que probablemente no nos veremos más. Después de algunos días, ella debe regresar. La despedida es tensa, dramática, de llanto sin contención.

Después de la partida de Vinka, regresé por unos días a casa del Karaxu para trabajar los últimos detalles de mi reingreso. Laura trajo cifrados los puntos de contactos en Chile, los días y las contraseñas a usar, organizando en paralelo una reunión con franceses que aportarían más recursos financieros y que querían conocerme antes de mi ingreso al país.

Sin saberlo, una vez más, dejaba lazos que en un futuro me ayudarían a sobrevivir. Años después, en medio de mi agonía en una sala de la Unidad de Tratamientos Intensivos del Hospital San Juan de Dios, el equipo médico que me atendía me informa que desde Francia han mandado un pulmón artificial y la medicina para neutralizar el veneno que me ataca.

Pero en ese entonces estaba "embalado" en mi retorno clandestino, y sólo tuve tiempo para reunirme por segunda y última vez con Gato en Francia, y darme el gusto de asistir a un concierto de mis anfitriones, el grupo Karaxu.

El reingreso clandestino funcionó a la perfección. Todos los nervios y preocupaciones fueron desapareciendo a medida que avanzaba en la ejecución de la ruta escogida y en el funcionamiento de la documentación y las fachadas fabricadas para cada lugar.

Salida de París sin problema, ingreso y salida a Venezuela impecable, ingreso y salida de Perú sin traba alguna. Después de tres días de viaje, llegué a Santiago, al aeropuerto de Pudahuel, en un espléndido día de sol, a inicios del mes de julio año 1979, sin ninguna dificultad ni en policía

internacional ni en la entrada al territorio nacional.

Me invadía una tranquilidad y un aplomo que no reconocía. Sin apuro me di algunas vueltas por el aeropuerto que no conocía, luego tomé un taxi y entré a Santiago, sin temor, más bien sorprendido de encontrar una ciudad gris y apagada, diferente a todas las ciudades alegres y coloridas que había recorrido en mi viaje de regreso. Sin darme cuenta ya estaba en Avenida Brasil con Alameda, dirección que di como referencia al conductor. En las cercanías encontré un hotel barato para instalarme transitoriamente mientras ubicaba mi primera casa de "pisadera", la casa de Julio, aquella que me permitiría sostenerme hasta establecer contacto con la resistencia que operaba en el país.

Al día siguiente cambie algunos dólares en el centro de Santiago, compre algo de ropa modesta del barrio Patronato y me interné por Avenida Independencia en busca de la pisadera.

A Julio y Marta su mujer los conocía prácticamente desde mi adolescencia. Trabajadores de la salud, ambos enfermeros, de izquierda, sin militancia, quitados de bulla, habían trabajado conmigo en el sector técnico-militar cuidando su clandestinidad aún en el periodo del 70 al 73 en que todo era público. A pesar de mi prisión y luego del exilio, habíamos logrado mantener una comunicación esporádica y constante, que al menos me daba la seguridad de que no eran conocidos por la represión.

Cuando llegué a su casa, casi se murieron de la impresión. Y de miedo. Fue una suerte encontrarlos solos, porque tenían dos hijos adolescentes cuyas existencia yo desconocía.

Fue una conversación franca, abierta. Les conté que había entrado clandestino al país y que necesitaba apoyo por al menos una semana para alojarme mientras conseguía tomar contacto con la organización. El estaba aterrado. Entre café y café me contó los intentos de conectarse que habían hecho los primeros años, de las constantes detenciones y desapariciones de compañeros, del soplónaje instalado en el barrio, en el trabajo, del temor de la población y de cómo ellos se habían ido desligando de todo. Ella estaba callada. Me daba la sensación de que no quería rebatir a su pareja. Conversamos dos o tres horas hasta que volvimos al punto de partida y no me quedó otra que preguntar directamente si podría quedarme en la casa o no. Ella fue la que respondió hablando casi por primera vez:

- Diego, tu serás delante de los niños Adolfo, un primo que viene desde Copiapó y que está haciéndose exámenes médicos, lo que te permitirá moverte con libertad durante una semana.. .pero va a ser una semana - dijo con ojos llenos de lagrimas y continuó: - Nos pillas de sorpresa, no estamos preparados para esto. Hace mucho tiempo que no militamos, no te imagina las cosas que hemos escuchado respecto al MIR: que está infiltrado, que después de la muerte de Miguel Enríquez lo dirige un sector militarista, que la represión lo tiene controlado y lo deja actuar para así justificar el estado de sitio y la represión, perdona, pero te podemos ayudar sólo durante una semana y debes saberlo ¡Estamos cagados de susto!

Se abrazaron ambos. Julio con la cabeza baja, sin mirarme acarició el pelo de su mujer una y otra vez. Me sentí ruin, molesto conmigo mismo. ¿Con que derecho estaba imponiéndoles, con mi visita, que asumieran algo de lo que no estaban convencidos?

No compañeros - les dije, - la resistencia no puede construirse forzando a nadie. De verdad que necesito ayuda, pero si ustedes no están convencidos, yo no me voy a quedar.

Me levanté de mi asiento y me uní al abrazo que se daban. Pero Julio me sorprendió:

- Diego. muchos compañeros pudieron habernos entregado, dime una cosa ¿Es cierto que recién vienes llegando y no tienes ni contacto ni casa de seguridad?

- Es cierto compadre - respondí.

- Mira, varios compañeros supieron de nosotros y nunca nos pasó nada. Yo creo que la mínima retribución a ellos, a ti, es ayudarte ahora. Lo que pides no es fácil, apareciste de la nada, hace mucho tiempo que no conversábamos de esto con Marta, nosotros nunca vamos a estar con la dictadura, pero tu sabes que siempre fuimos reservados, no hablamos con nadie, ni siquiera los hijos saben de que una vez militamos. quédate, quédate la semana que necesitas, quédate y ayúdanos a tener la confianza, la energía, el compromiso que una vez tuvimos.

Quedamos largo rato en silencio y luego comencé a contarles de la operación retorno, del proyecto de fortalecer a los grupos de resistencia que existían, de la proyección que teníamos de una crisis económica que golpearía al país generando las condiciones para que se rompiera la pasividad de las masas. Y mientras hablaba, la tensión se fue esfumando, los rostros fueron cambiando y terminamos riéndonos con anécdotas y chascarros de la vida del exilio.

Cuando llegó el hijo mayor, su rostro mostró señales de dudas que pronto desaparecieron al ver el clima familiar y de confianza en que nos hablábamos. Me despedí por esa noche para regresar al hotel a buscar mis escasas pertenencias. Al llegar al otro día y conocer al hijo menor, supe de inmediato que él sí sería un hueso duro de roer. Simplemente comentó:

- ¿Y como es que nunca supimos de este primo? ¡Para mí que ustedes están metidos en algo! - y continuo dirigiéndose a mí: - Total, todos ustedes son grande y saben en lo que están. Lo que es a mí, yo no he visto, no he escuchado, ni tengo idea de nada. Y siguió deambulando por la casa sin dar mayor importancia a la situación. Marta y Julio se rieron y por lo bajo me comentaron que sospechaban que él estaba vinculándose con algún grupo en el Liceo.

Finalmente me instalé en la casa pisadera y durante los dos siguientes días fui a reconocer los lugares en donde se iban a producir los puntos de contactos en que me retomaría la Dirección del Interior. Sin nerviosismo, sabiendo que tenía cuatro oportunidades asistí al primer punto que funcionó de manera impecable.

No conocía a Agustín, el compañero que me conectó en una calle del barrio Providencia. Hombre afable, sencillo, bueno para la talla, logramos entendernos y establecer confianza rápidamente, casi 8 años después de este encuentro, cuando regresó al país y fue detenido recién vine a conocer su nombre real: Demetrio Hernández. El "Rana", quien era parte de la Dirección de Fuerza Central en ese momento.

El me entregó las contraseñas y me sacó rápidamente de la zona llevándome de inmediato al barrio Yungay donde nos instalamos en un boliche a conversar. Le entregue los antecedentes de mi militancia, de mi preparación en el exterior y la situación que tenía en la casa pisadera. El me cuenta que están en medio de un golpe represivo, que hay algunos grupos operando y me da los primeros indicios de la situación real de la resistencia: muy pocos recursos económicos, escasos medios de combate, retroceso profundo del movimiento de masas, escaso apoyo en sectores sociales para las acciones que se desarrollan. Me informa que debemos vernos todos los días hasta que ellos logren una casa de vivienda más segura para mí. Al despedirnos, me pidió que en el próximo punto lleve todo el dinero que traía para mi sustento desde el exterior.

Regresé a la casa pisadera y no estaban ni Julio ni Marta. Desde una mesa, irónico, el joven

secundario me desconcertó de entrada: - Yo estoy militando y mis viejos no lo saben, así que el problema es que si usted está en lo mismo, vamos a tener que tomar alguna medida - dijo sin dar ningún rodeo. Sorprendido, me senté en la silla que me indicaba, encendí un cigarrillo y me enteré. El estaba enterado de la militancia anterior de sus padres, al igual que su hermano mayor, aunque este último no sabía que él ya había ingresado a una agrupación: era parte de un grupo de jóvenes que en el liceo hacían propagando antidictatorial. Le dije que solo estaría un par de días más, que no inquietará a sus padres y que mantuviéramos los hechos en reserva, que yo saldría al exterior y que efectivamente venía del norte chico, de Copiapó, evadiendo un golpe represivo. Se rió nuevamente. Luego, dijo que él había cumplido con informarme para que no existiera uno de los temidos "cruces" que en la clandestinidad se trataba de evitar y sin más, se despidió. No lo volví a ver en los siguientes días.

Al día siguiente nos encontramos con Agustín. Venía acompañado de una mujer de unos veinticinco años, de trato cortante, que me fue presentada como Victoria.

- Es un punto con jefatura que debe ser protegido - dijo, entregándome una especie de mochila corta y agregó: es una checa, cezeta, nueve milímetros, dos cargadores y una caja con veinte balas más y agregó: - Victoria hará el reconocimiento previo en el punto, dará la señal de ingreso y esperaremos a los compadres que de seguro vendrán en vehículo.

Funcionó sin problemas. Victoria exploró, dio la señal, ingresamos caminando lento a la calle del punto y un vehículo apareció solo un par de minutos después, nos hizo juego de luces y lo abordamos. Era un furgón cerrado en la parte posterior. La persona que manejaba dio rápidas instrucciones:

- Vamos a una casa de seguridad, traten de no verse desde el exterior, vamos a ingresar con el furgón.

Llegamos a una casa de un piso, amplia, con un galpón lateral usado para guardar el vehículo, con el que entramos tal como lo había indicado el conductor. Entramos por la puerta de la cocina a una casa en la que se notaba, vivía una familia, en ese momento ausente. El chofer, que resulto ser un hombre de movimientos nerviosos y rápidos, presto a la talla y las bromas livianas me fue presentado como Manuel, de quien sólo un par de meses después sabría que era uno de los ex marinos detenidos antes del golpe militar y que era el que "la llevaba", al decir de estos tiempos, el militante símbolo del arrojo, coraje y valentía de las Fuerzas Centrales, asesinado en 1982 en las calles de Pudahuel en una emboscada de la CNI.

Más apagado que Manuel, el "Viejo Félix" quien también estaba en la reunión, se me figuraba un duro de escasas palabras. Agustín se acomodó en un sillón, cerró los ojos y se relajó dando a entender que tendríamos que esperar. Manuel fue derecho al grano preguntándome si yo sabía manejar vehículos, que tipo de arma corta era la que más me acomodaba, cual era mi conocimiento de la ciudad, enterándome en esos momentos de una serie de modismos que usaban como "el viraje de laucha" que me dejó riendo por un largo rato, termino que usaban para referirse a rutas en la que en un corto espacio, cambiaban bruscamente de dirección en dos o tres oportunidades. Me imaginaba el programa de Tom y Jerry y el ratón practicando los virajes de laucha para eludir las garras del gato.

A diferencia de Manuel, Félix contó algunos chascarros de algunas operaciones, extrayendo algunas conclusiones que me iban mostrando las condiciones reales de lucha de los combatientes.

Súbitamente, el ambiente cambio. Un hombre vestido muy formalmente, como un funcionario de bancos de cualquier lugar del mundo, hizo su entrada al lugar y los gestos y actitudes de mis acompañantes, cambiaron al punto. Peinado hacia atrás, con lentes metálicos, con chaqueta y corbata común, el personaje se sentó a la mesa, luego de saludarme con un apretón de manos, saco un cuaderno y pregunto si José estaría en la reunión. Manuel informó que no, que llegaría más adelante.

Entonces, Hernán Aguiló, Jefe de la Dirección Interior del MIR, el personaje que había llegado, comenzó a interrogarme en forma sistemática, sin mostrar indicio alguno respecto a que nos conociamos desde antes del golpe de estado, o que al menos nos habíamos visto en más de alguna oportunidad. Quiso saber en que escuela estuve, quien me había seleccionado para ella, porque había salido de la escuela rural, cual había sido mi disputa con Víctor Toro, por qué habíamos peleado con Yamil, que relación o vínculos tenia con sectores partidarios del exterior o interior, que compañeros conocía yo que estuviesen militando, en fin, gran cantidad de preguntas, todas las cuales apuntaban a buscar algún flanco desde el punto de vista de la seguridad. Finalmente me consultó si había traído el dinero y cuanto era. Le di la cifra y puse el paquete de dólares sobre la mesa. Entonces preguntó cuanto dinero chileno tenía en mi poder. Le señalé una cifra y entonces el sacó algunos dólares del fajo y me los extendió. Quedé descolocado. Siempre había considerado que el dinero que yo traía serviría para montar mi propia fachada y mi sustento al menos por un tiempo. Hernán adivinó y antes que yo protestara o manifestara la inquietud habló, con un gesto típico, mirando por sobre los lentes, agachando un poco su rostro en una apasionada explicación:

- Diego, - dijo, por primera vez dando a entender que me conocía desde antes - las cosas no son como a veces se pintan en el exterior. Estamos pasando por un muy mal momento. Muchos compañeros no han tenido ni siquiera para comer en las últimas semanas. Este dinero servirá para preparar algunas acciones y sobretodo para pagar arriendos de casas y para que más de uno coma decentemente. Tu te estás incorporando y estarás en las mismas condiciones que todos nosotros, perdón, al menos por ahora tienes dinero para movilizarte, para comer y no necesitaras más porque Agustín y Victoria te llevarán a una casa vivienda mientras resolvemos más de fondo tu situación.

Un par de ideas asoman en mi mente mientras Hernán habla, al menos van derecho y al hueso sin anestesia alguna, y me parece correcto lo que plantea: tendré que vivir igual que todos, sin mayor privilegio. Pero no tengo tiempo en mayores divagaciones, puesto que me piden que aporte con el análisis político que desde afuera se está haciendo. Comienzo a exponer las ideas que escuché a "Tranquilo", a "Raquel", a Nelson Gutiérrez, y a los compañeros de la escuela de formación: hablo de la Trilateral Comisión, de la instalación de la discusión sobre viabilidad de las democracias y la apelación a construir un nuevo tipo de sociedad señaladas como "democracias viables", la crisis de productividad del campo capitalista y sus posibles salidas, el agotamiento de las experiencias del llamado campo socialista que según algunos críticos forma parte igualmente del sistema economía mundo como subimperialismo absorbiendo materias primas de las economías periféricas intercambiándolas por productos manufacturados, expongo la visión que se tiene de la apertura de un ciclo de alza de la lucha del movimiento popular en Centroamérica y las perspectivas en Nicaragua, Salvador, Guatemala, para arribar en el análisis de Chile y la creencia de que pronto el sistema económico entraría en una fase de crisis y agotamiento que posibilitaría el ascenso de las luchas sociales y políticas. Esto, resumido hoy en veinte líneas, me lleva a una par de horas de exposición en que el resto de compañeros toma nota atentamente.

Pero no hay discusión de lo que expongo. Félix interviene haciendo algunas preguntas, al igual que Agustín y luego Hernán agradece la exposición y me lleva directo al tema de mi incorporación al

trabajo concreto de la Resistencia, partiendo del hecho de que sabía de mi trabajo en La Habana de investigación respecto al tema miliciano. Sin mucho rodeo me informa que debo integrarme a un equipo de Fuerza Central en Santiago y que debo allí asumir tareas de formación técnica y militar de los compañeros.

Definitivamente no es lo que yo quiero y lo hago notar, aceptando el principio de que en una organización como la nuestra predomina el interés colectivo al interés personal, pero reitero la petición de que se examiné la posibilidad de trabajar en la línea militar de masas. Entonces Manuel toma la palabra y habla del desfase de los intereses de quienes estamos llegando desde el exterior y la realidad de las fuerzas y recursos existentes. Es un apasionado llamado al aterrizaje que me hace, explicando que la mayoría de los compañeros de Fuerza y de las estructuras clandestinas no tienen formación técnica, no tienen recursos financieros y materiales y que mucho de lo que se está levantando se hace a pura voluntad y determinación. Tras el ferviente alegato de Manuel, no hay más espacio para la discusión y asumo que mi futuro inmediato está en una unidad de Fuerza Central.

Terminada la reunión y una vez que sale del local nuestro jefe Hernán, comienza nuestra salida usando los mismos elementos de compartimentación que en el ingreso. Un par de horas después, me vuelvo a juntar con Victoria, esta vez desarmado dado que tuve que devolver el arma a Agustín quien riendo me señaló que en la unidad a la que me iba a incorporar me asignarían un arma definitiva.

Victoria, sin muchas palabras me lleva a una casa que llama "la casa de los tíos pobres". El vehículo que nos transporta nos deja cerca de la Plaza Nuñoa. Me pongo de acuerdo con Victoria: debo ir a buscar mis pertenencias y dejar la casa pisadera, ella me esperará cuatro horas después en el mismo lugar.

Cuando llego a la pisadera, solo está Julio. Le explico que ya me he conectado y que me voy de su casa. Lejos de sentirse alegre, se muestra triste y callado. Sin que me lo diga, lo siento frustrado y un poco avergonzado. Recojo mis escasas pertenencias y antes de irme definitivamente, dejo el espacio por si Julio quiere abrir algún tipo de relación de trabajo permanente. Pero no dice nada y nos despedimos sabiendo que ya no nos volveremos a ver más. Yo lo abrazo con cariño y le digo que la pisadera funcionó, que ha aportado para que una persona se incorpore a la lucha y que eso es un aporte concreto. No dice más.

Ahora camino a juntarme con Victoria no muy contento. Feliz por estar ya incorporándome a la resistencia pero no muy conforme con la designación ni conforme con el resultado de mi vinculación a Julio y Marta: si ellos, con un pasado de activos militantes no están anímicamente dispuestos a sumarse a la resistencia, entonces que se puede esperar de sectores sin experiencia anterior. ¿O es precisamente por el hecho de que estuvieron vinculados y palparon de cerca la derrota, que es difícil reincorporarlos? Luego caigo en otra reflexión que me da vueltas desde mi ingreso al país y es la contradicción brutal a que se ve sometida una organización clandestina: para subsistir y conseguir los objetivos que se propone, debe crecer, pero el crecer significa reclutar, incorporar más gente, abrirse de alguna manera y ello siempre significa problemas de seguridad, procesos de aprendizaje de los que se incorporan que necesariamente están constituidos por aciertos y errores, solo que en este caso los errores tienen para la organización consecuencias impredecibles.

Con estas preocupaciones me junto nuevamente con Victoria quien me lleva a la "casa de los tíos pobres" en una modesta población de la comuna de Nuñoa. Será una vivienda transitoria, segura, con algunas dificultades - me adelanta sin especificar - y me dejará ahí para pasarme a buscar al día siguiente porque tendremos un "punto". Pienso para mis adentro que significación le darán a un

"punto", que en mi conocimiento puede ser visual, de contacto, de emergencia, de reconexión, de control, en fin. No quiero aparecer pedante y guardo silencio hasta que llegamos a la casa, cuando ya se ha hecho de noche.

Nos recibe una mujer joven, alegre y muy comunicativa. Me presenta a sus hijos, adolescentes que, por su comportamiento deduzco están acostumbrados a que lleguen "tíos" y "tías" a su casa. No preguntan nada y mantienen sus rutinas sin interferir. Es la casa de una familia pobre, evidente por todos lados, pero es ella la que pone un calor especial de acogida y aceptación. Victoria me deja en la casa prometiendo regresar al día siguiente.

Cuando llega el marido, saluda con un gruñido y pasa directo a su pieza. Hay que ser ciego para no darse cuenta que a él le molesta mi presencia, pero hago de tripas corazón y trato de pasar lo más inadvertido posible. Salgo al patio trasero y allí me quedo largo tiempo hasta que llega a acompañarme la anfitriona por algunos minutos. Me dice que no me preocupe, que ella maneja la situación y que no habrá problemas. Me cuenta un poco su historia: para variar es funcionaria de un servicio público y ha visto directamente muchas injusticias y atropellos. Cuenta de que casi todos los profesionales de su servicio están contra la dictadura, que circula propaganda, que escuchan radio Cooperativa y Radio Chilena, que se vinculan con el trabajo que hacen las iglesias en las bolsas de trabajo, en los comités de derechos humanos. Ella se siente parte de la Resistencia y es de la opinión que nada se logra sin luchar. Le pregunto que piensa de la lucha armada y ella me cuenta que le da mucho miedo, pero que puede apoyar y apoya de muchas maneras sin ser ella combatiente. Curiosamente me cuenta que ella ha "tirado" las cartas y ve un futuro mejor sin dictadura. No podemos seguir conversando porque el marido la llama. Me acomodo en una cama improvisada que me ha armado con cojines en el living. No es mucho lo que duermo y muy temprano estoy levantado.

Me encuentro a boca de jarro con el marido y no hay excusas para no conversar. Es una persona muy introvertida, chofer de micro. Prepara café para ambos y se hilvana una conversación banal. Poco a poco me da a conocer sus temores. El está conciente de los asesinatos que ha cometido la represión y de allí su temor a involucrarse demasiado. Me cuenta que quiere ayudar, pero cada vez que lo hace, piensa en sus hijos y en la posibilidad de que su mujer sea detenida y torturada, que es lo que le pone más mal. "Yo no tengo problemas en hacer cualquier cosa, pero se que las consecuencias las pagaran ellos", me dice, sosteniendo mi mirada.

Poco después se marcha y comienza el trajín de la casa, hasta que llega Victoria, de quien unos meses después sabré que se llama Arcadia Flores Pérez, hermana de Julio, detenido desaparecido y prima del Negro Felipe antiguo miembro de Fuerza Central, y me dice que tenemos que salir. Me entrega un revolver 38 con pocos tiros y ante mi mirada de sorpresa señala que no hay más. Pregunto donde vamos y se ríe sin contestar. Recuerdo los comentarios favorables que Hernán hiciera del comportamiento de ella en algunas acciones armadas y no me la imagino en acción. Es decir, me la imagino organizando, estructurando, planificando, pero no la imagino combatiente.

Vamos ahora por pleno centro de Santiago y el gentío me pone nervioso. De repente creo ver a un antiguo carcelero y mi nerviosismo cunde. Dos cuadras más adelante, una pareja de carabineros comienza a caminar casi pegados a nosotros. Pienso que puede ser una ratonera y comienzo a mirar hacia los lados con mayor frecuencia. Arcadia se da cuenta que algo me pasa y tomándome de un brazo me arrastra hacia unas vidrieras sin decir nada. Nos quedamos mirando el entorno por el reflejo de los escaparates. Ella está tranquila, muy tranquila. La veo como disimuladamente palpa su arma y con la mirada me interroga. Con el codo percibo el arma que llevo en la cintura y le respondo con la mirada afirmativamente. Pasan los segundos, un minuto y no ocurre nada. Me abraza

volviendo su cara hacia la calle para observar el entorno y me dice bajito que no es nada, que es falsa alarma. Luego, muda de expresión, vuelve su cara relajada y me insta a caminar.

6. FUERZA CENTRAL

Me siento raro, extraño. Nada se parece a lo que imaginé antes de regresar clandestino al país. Tenso, nervioso, desconfiado, un poco desconcertado. Arcadia se da cuenta y tiende su mano para darme seguridad. Me aferro a ella como un naufrago al madero salvador: mi mano está rígida al tomar la suya suave y relajada. Con voz profunda dice que llegó el momento de conocer a los compañeros de la Unidad. Siento un cosquilleo en el estómago. Sigo caminando muy rígido, mis músculos duros. Parece que me estuviera observando a mi mismo por una cámara lenta. Extraña sensación que me tiene cortado en dos, en uno que camina nervioso y en otro que va un segundo atrás observado. Subimos a un microbús y en el trayecto ella habla de cosas banales, en un parloteo permanente. Me imagino que quiere parecer natural, pero sale sobreactuado y en vez de calmarme me angustio aún más. Ella, supongo, tiene la experiencia de años de clandestinidad pero no lo parece. O al menos yo considero que su actitud, llama la atención. O quizás es solo mi miedo. Sé que sé que ella, antes de pasar a la clandestinidad, fue dirigente de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y temo que alguien la reconozca. Pero ella se mueve a sus anchas, con soltura y muy confiada. Sería difícil para un extraño descubrir que la hermosa morena, jovial de no más de veinticinco años es una fogueada combatiente de las Fuerzas Centrales del MIR.

Bajamos del vehículo en calle Lourdes y caminamos hacia el poniente. No da indicios de hacia donde nos dirigimos y no quiero aparecer inoportuno preguntando y quebrando una regla de oro de la clandestinidad "no cuentes ni dejes que te cuenten".

"Vas a integrarte a una Unidad de Combate de la Fuerza Central que tiene historia", me comenta de manera súbita. Somos cuatro y ahora contigo completamos el equipo. Inesperada e irónicamente, habla sobre otros "egresados", como nos llaman a los que hemos retornado clandestinamente, y se ríe de la actitud arrogante que asumen algunos por sus conocimientos. ¡Pura teoría! comenta, caminando siempre con paso ligero.

Me sorprende que no pregunte sobre mi historia o de mi situación personal, en cambio está preocupada de informarme sobre la reorganización de la Fuerza Central, del cambio en la escala de mando, de la escasez de recursos financieros, de las reglas básicas en el funcionamiento clandestino.

¿Por qué nos arriesgamos caminando?, suelto de repente la pregunta. Me mira sonriendo quizás por primera vez desde que nos conocemos y hace un gesto indefinido con las manos tratando de infundir confianza. Porque nos hemos ido contra-chequeando todo el camino, responde y agrega con aire de superioridad: dos veces nos han controlado los compañeros y estamos bien.

Me imagino entonces, que los otros se han cruzado en nuestro camino, van por la acera de enfrente o quizás estaban en alguna esquina.

Llegamos a una pequeña plaza. Un hombre un poco gordo acompañado de una flaca que viste una ajustada minifalda y que lleva a un niño de la mano nos saludan afectuosamente simulando un encuentro casual y emotivo.

Watussi se llama el compañero, de unos veintitrés años o más. Es de rasgos mapuches y pinta de trabajador de la construcción. Suda copiosamente por el calor y se muestra tranquilo, acogedor, amable. Todo lo contrario a la Flaca, su pareja, que representa unos veintiocho años y es care' palo,

seca, cortante y no muy amable, más preocupada por su hijo que de recibirme.

Recién me entero que Watussi es el jefe del grupo. Informa que el chofer operativo está haciendo reconocimiento de terreno. Imagino que está explorando y construyendo la situación operativa para alguna acción de la que pronto seré informado.

Hablan entonces de futuras operaciones con nombres claves, mencionan puntos de contactos y casas de reunión con nombres que no manejo. Me distraigo al no entender lo que se está organizando. (¿Tendrán los compañeros una estadística sobre los puntos más vulnerables de un clandestino en desplazamiento? ¿Será el punto de contacto? ¿Será la forma de trasladarse, de hablar? Es raro, antes del golpe se reconocía rápidamente a un compañero por la vestimenta, por algo en particular, sobretodo por las caras tersas, los modales distintos, ahora estos parecen un chileno cualquiera.) Capturo pedazos de conversación. "... no vaya a pasar lo de "Tabaco" en la retirada.", "el egresado que fueron a buscar para la otra unidad no apareció a los puntos." (Tengo que volver a hablar con el Mando, no se por qué insisten en que trabaje en Fuerza si me dediqué meses a estudiar las experiencias milicianas). Arcadia carraspea dándose cuenta que estoy por las nubes.

Termina la reunión, nos despedimos y retomamos la caminata. Ella va callada ahora y me imagino que está molesta por mi escasa participación en la conversación. Repentinamente rompe el silencio y me informa que regresaremos a "la casa de los tíos pobres", que debo descansar porque en la noche iré de apoyo a una acción de recuperación de un vehículo. Pienso en el entrenamiento, en los morteros y cañones sin retrocesos, en las ametralladoras y lanza cohetes disparados y heme aquí, con un revolver viejo del 32, con tres miserables tiros, sin cédula de identidad, sin transporte ni vehículo, sin manto ni redes de apoyo y lo que es peor, sin casa de seguridad, alojando en el living del hogar de una ayudistas cuyo marido lo único que quiere es que salgamos luego y está muerto de susto.

La rutina se impone por algunos días. Sigo viviendo en la casa de los "tíos pobres" y Arcadia pasa a verme todos los días. Me anima a que salga a la calle, que explore Santiago, que me acostumbre a andar armado y solo por diferentes barrios. Finalmente comenzamos a realizar exploraciones en busca de lugares donde reducir taxistas, para usarlos en futuras acciones. Casi todos los días al volver a la casa de los tíos pobres, pasamos a comprar pan y algunos víveres.

Uno de esos días, la dueña de casa nos recibe más alegre que de costumbre y revolotea por la casa preparándonos de comer y conversando en voz alta con Arcadia. Se nota que entre ellas hay un fuerte vínculo, más allá de lo político. Tras la comida, Arcadia sale a un punto de contacto complicado, según comenta. Trato de dormir y no puedo. Estoy nervioso, no me siento cómodo en la casa y la seguridad es mínima. Arcadia regresa horas después. Viene eufórica, carga un maletín y apenas me ve, con ojos chispeantes dice: ¡Dimos un batatazo! Y comenta: ¡Los chiquillos de la milicia se mandaron la media acción: recuperaron la Bandera donde se juró la Independencia!

La miro sorprendido (No tenía idea de la existencia de una bandera donde se juró la Independencia y pensándolo bien, la acción es similar a la recuperación del sable de Bolívar, o algo parecido). Baila abrazada con la dueña de casa.

Los días y acciones se suceden. Un grupo asalta a un banco, otro día muere resistiendo en un control policial Ricardo Ruz miembro de la Dirección, luego el ajusticiamiento de Roger Vergara, Jefe de Inteligencia del Ejército. Siento que estoy en el borde, en la periferia, que no estoy incorporado realmente a la unidad de combate que en nada ha participado. Se lo hago ver a Arcadia y se ríe. Me informa que tenemos reunión del Grupo de Combate.

Otra vez caminando por el sector poniente de Santiago y en una plaza nos vemos con el resto del equipo. Mariano cuenta detalles de las operaciones realizadas y a las cuales a sido convocado como refuerzo. Se comenta que la represión a detenido a un ayudista de la Dirección y que una huella en un vehículo a delatado la presencia en Chile de Andrés Pascal Allende. Watussi explica que las acciones que como grupo hemos estado planificando se encuentran postergadas porque otro grupo actuará en los próximos días. Arcadia cuenta: "Estuve con el jefazo", y sin respirar siquiera agrega, "Me pasó plata para que arrendemos con el Diego".

Nos vamos a vivir juntos, reitera mirándome sin que sus ojos expresen emoción alguna. (¿Juntos? ¿Cómo pareja? ¿Para darnos una fachada o por necesidad de mantenerme bajo control?) Ella no se inmuta al decírmelo, como si fuera cosa normal y de todos los días irse a vivir con alguien que solo conoces superficialmente y que ni siquiera sabes su nombre real, de donde viene, que piensa, por qué está en el cuento, en fin. Pero ella ahora se muestra feliz porque me nota descolocado. Se ríe y su cara proyectando energía y vitalidad.

Regresamos a la casa de los tíos pobres, me deja cuidando a los niños de la casa y se encierra a conversar con la tía. Entretengo a los pequeños armando figuras de animales con plasticina mientras escucho Radio Cooperativa. Me siento inútil, dependiendo de Arcadia en todo sentido. Termina su conversación con la tía pobre y vuelve a donde estoy. Me informa que va a salir nuevamente, que tiene hablado unos arriendos y que va a concretar. Le pido acompañarla y se niega. Tú no debes conocer las piezas y casas que voy a ver porque si no nos sirven como casa de vivienda a nosotros, servirán de pisaderas o viviendas para otros y no puedo descompartimentar la información, explica. Regreso máximo a las diez de la noche, me advierte y termina diciendo: espérame a lo sumo dos horas si no llego, sal de aquí como sea, llévate el AKA que traje. ¡Con que eso era el maletín que había llevado semanas atrás y guardado en algún lugar de la pieza de la tía!

Me cuenta donde está y apenas sale, hablo con la tía y me voy directo al fusil. Saco el arma y siento que el alma me vuelve al cuerpo. Limpio el fusil con calma y mucho cuidado. Lo reviso hasta en los más mínimos detalles, limpio los tiros uno en uno. El tiempo vuela en ese quehacer y de repente me doy cuenta que es de noche y el dueño de casa está llegando con su microbús. Guardo el arma en el maletín y traslado todo al living. La dueña de casa sale a recibir al chofer y conversan afuera para que yo no escuche. Discuten. Finalmente el hombre entra, saluda fríamente y se encierra en su cuarto. La mujer no le da importancia al hecho y cuando regresa Arcadia, entran ambas a la pieza a calmarlo. Los chicos deambulan por la casa sin darse cuenta de la tensión del ambiente. Poco a poco se apacigua todo. Arcadia fuma con la dueña de casa y siguen conversando en voz baja cuando ya los niños se han ido a dormir.

Comienzo a preparar el lugar donde voy a dormir juntando cojines y recién caigo en cuenta que Arcadia dormirá también en la casa. Salgo al patio a fumar y pienso en lo loco y vertiginoso que han sido los últimos días en contraste con el tedio y los días de espera y tensión en Jamaica, Cuba, Checoslovaquia, Francia y Perú.

La conversación de las mujeres ha terminado y observo a Arcadia que con sábanas y frazadas en mano se desplaza para terminar de arreglar la cama que yo había armado.

Me acerco y casi sin hablar, me tiendo en la cama vestido, mientras ella apaga las luces y recorre las ventanas observando el exterior. No se si desvestirme y me complica la situación. Arcadia parece ser muy disciplinada, seria, quizás conservadora. Espero que ella de la pauta y me sorprendo al verla en la penumbra sacarse la blusa, el sostén, los pantalones, envolverse en la sabana, darme las buenas noches y hundir su cabeza en la almohada luego de decirme - si llegan los chanchos el AKA

es tuyo y las dos cortas son mías, salimos por el patio a la casa que colinda por el fondo y de ahí saltamos a la calle.

Tardé mucho en dormir. Me siento nervioso con ella a mi lado. Trato de entender su carácter y su modo un tanto hosco e irónico. La perspectiva de irnos a vivir juntos me atrae y me confunde al mismo tiempo por lo singular de la situación. ¿Y si no congeniábamos? ¿Tendrá pareja, marido, novio o algún enamorado por ahí? Luego me duermo.

Me desperté tarde. Sólo la tía está en casa. Arcadia ha salido a temprana hora, igual que el chofer y los niños a la escuela.

Salgo a comprar el diario y camino por la población en la que estamos. Mis ojos buscan rayados o algo que dé indicios de resistencia o consigna política de algún tipo. Nada.

Es algo que me tiene muy confundido: no encuentro evidencia o signo alguno de rechazo a la dictadura. No hay rayados, panfletos, ni una sola señal, ni siquiera en las micros. Ni cerca de las escuelas, liceos, universidades o fábricas.

Regreso a la casa, leo el periódico y cuando nos preparamos para almorzar, el ruido de un helicóptero pasando por el cielo santiaguino me alerta. Corro a la radio y sintonizo la Cooperativa. Con su especial llamado de flash noticioso, informa de enfrentamientos en pleno centro de Santiago, en el Cerro Santa Lucía, en la Llama de la Libertad. Lo claro es que hay carabineros heridos y muertos, persecuciones por las calles del centro y decenas de detenidos. Al poco rato llega Arcadia, ignorante de lo que está sucediendo. Le informo.

¡Quedó la cagá!- es su escueto comentario y comienza a morderse las uñas mientras busca en el dial una y otra vez las emisoras que están cubriendo los hechos.

No aguanta más y sale a telefonar. Al rato vuelve con información: "Son los compas de otro grupo de la estructura. Cayó un compañero y hay que rescatar una guagüita que tenía a cargo uno de ellos. Hay que ir a dejarla en manos de su mamá. voy saliendo desarmada y sin chapa. si no llego a las siete de la noche usted ya sabe compadre, raje a donde pueda, por último, en la emergencia, llegue a donde algún familiar.

Me quedo pegado a la radio. Ahora soy yo el que recorre frenético el dial y quien se muerde las uñas. Evalúo las posibilidades de casas de familiares a las cuales llegar y solo me queda regresar donde Julio y Marta.

La cosa se agrava: la dueña de casa me informa que una vecina intrusa le ha preguntado por mi y por Arcadia y que está esperando hablar con su marido porque quiere explicaciones. El chofer llega temprano y viene decidido a arrojarme de su hogar. Hablo con la tía y ella logra tranquilizarlo. Por un rato. Cae la noche y Arcadia llega preocupada. Están allanando la población vecina, informa. El chofer vuelve a la carga y la discusión entre marido y mujer sube de tono y una vez más la mujer gana la partida. Parece que ¿Cuánto vale el show?, el programa de moda, logra calmar la situación. Pero no. Las noticias de la medianoche terminan por reventar la situación. Las imágenes del carabinero muerto, los heridos, el retrato del resistente que ha sido detenido y que ha estado en la mismísima casa en que estamos, terminan por quebrar los nervios del chofer. Exige que abandonemos de inmediato la casa y amenaza con gritar y alertar al vecindario. Fríamente Victoria me consulta por primera vez:

- Podemos reducir al compadre, la compañera está de acuerdo. Esperamos a la mañana y nos vamos pero aquí va a quedar la cagada entre ellos y la casa se va a quemar. La otra es que nos vamos ahora, con los fierros sin barretín, con la represión desatada tendríamos que irnos al centro de Santiago y entrar a la pieza que arrendé hoy para nosotros. Puede ser. Hoy les dije que nos cambiaríamos pasado mañana, pero podemos llegar hoy y quedarnos ahí con las luces apagadas, esperando que pase éste momento. ¿Qué opina compadre?

Me escucho hablando. Me doy cuenta que estoy como desdoblado, que mi parte racional está como en off y que un otro yo habla por mí, un yo audaz, sin temor, sin miedo alguno y que quiere enfrentar los riesgos lo antes posible, curiosamente es el mismo del 73, el que salió la noche del golpe a resistirlo. Sin darme cuenta por primera vez le digo "Negra":

- Negra, esto no da más y tenemos que salir - digo tranquilamente.

Me mira y sonrío, afirmando la decisión con un gesto brusco de su mano empuñada. Nos despedimos de los tíos y los niños, reviso el arma corta, envuelvo el fusil en mantas como si fuera una guagua, preparado para disparar, tomo mis pertenencias y salimos a la calle.

Son cerca de las 11 de la noche y no se ve nadie. Caminamos por la población sin inconvenientes y llegamos a una Avenida. Con la mayor naturalidad tomamos un microbús rumbo al centro de Santiago, ocupando los últimos asientos. Pocos pasajeros, indiferentes. Llegamos a calle Brasil, nos bajamos y caminamos hasta calle Huérfanos, entrando a una especie de cité. Arcadia me conduce hasta una puerta y entramos silenciosamente a un par de pieza sin mueble alguno. Una de ellas no tiene ventanas por lo que nos tiramos al suelo a dormir tranquilamente. ¿Los nervios? Quizás dónde habían quedado.

Los días pasan rápido. Compramos cortinas, una cama de plaza y media, una cocina a gas pequeña, ollas y enceres de cocina, platos y cuchillería y comenzamos a construir nuestra fachada con los vecinos. Se supone que hemos llegado desde Rancagua, que somos profesores en busca de oportunidades, lo que nos permite salir a distintas horas sin llamar la atención. Me las doy de mueblista y compro madera en la barraca cercana para construir algunos muebles básicos con barretines para ocultar nuestra documentación. Al tercer día la Negra hace un hallazgo: una de las personas del cité es miembro de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. La conoce y nuestra seguridad está en riesgo. Decidimos hablar con ella. Sorpresa: ella se mueve mejor que nosotros. Nadie sabe en el barrio sobre su pertenencia a la Agrupación. Es callada, discreta y cuando hablamos muestra un odio feroz hacia quienes han hecho desaparecer a su único hijo. Nos ponemos de acuerdo, ella nos ayudará informándonos de todo movimiento extraño en el barrio pero no nos dirá nada de su actividad y nosotros tampoco. Sabe que somos de la Resistencia y confía ciegamente en Arcadia.

Ahora estoy más tranquilo y adaptado. Voy a una reunión a la casa "del 40". Son ayudistas de la Flaca. Otra vez una mujer con dos hijos, esta vez, sin pareja. Observo la casa antes de comenzar la reunión: es modesta y bien cuidada. En un rincón, sobre una mesita, un chanchito hecho con un limón y cuatro palos de fósforos tiene un cigarrillo en la boca. La ayudista dice que es para la suerte. Nos deja solos y en la reunión se repasa la acción, la primera en la que participaré.

Ahora sí que sí. Es de noche y voy caminando solo, desarmado, a mi punto de partida. Calle Andes, una docena de cuadras más al poniente de la Comisaría local. Vamos a recuperar una camioneta que usaremos más tarde en la acción principal. Un comerciante cierra su local puntualmente a las nueve de la noche. Baja la cortina y pone en marcha la camioneta, dejándola que se caliente

mientras termina de bajar la cortina metálica y poner los candados. Se ve una acción fácil.

Víctor Zuñiga y Watussi le quitarán las llaves, la Flaca y Arcadia cubrirán el perímetro armadas. Yo estaré como observador adelantado cubriendo la calle principal para dar aviso si llega la represión.

Veo a cada uno de ellos en sus puestos de partida y Arcadia da la señal de inicio. Las cosas comienzan a salir según lo planeado: el hombre sale, baja las cortinas, pone en marcha la camioneta y regresa a poner los candados, sosteniendo un paquete en sus manos. Los resistentes se desplazan y en una fracción de segundo Víctor y Watussi están sobre el comerciante. Inesperadamente, el hombre fornido, de casi 60 años, derriba a Watussi y toma del cuello a Víctor bramando como toro furioso.

La gente corre al lugar y la acción está a punto de fracasar. La Flaca saca su revolver 32 con cañón largo y los curiosos retroceden. Arcadia refuerza la posición pero ni Watussi ni Víctor logran su objetivo. Sin pensarlo entro a la acción, saliéndome de lo planificado. Golpeo al hombre en ambas piernas por detrás y se desploma cayendo arrodillado. Lo tomo del pelo y con un codazo en la cara pongo fin a su resistencia. El hombre grita preguntando que es lo que queremos y Víctor Zuñiga responde que queremos las llaves de la camioneta. Las tira con furia al suelo y se queda quieto, respirando fuertemente. Montamos la camioneta y salimos a toda velocidad del lugar. Víctor se queja de los golpes que le ha dado el corajudo hombre. Watussi no para de reír. Llegamos a la casa de acuartelamiento y en las noticias de la noche encontramos la explicación: el periodista informa que sin duda alguna la acción fue realizada por extremistas que necesitaban sólo el vehículo. Bajo las luces de los flash y la televisión el dueño de la camioneta cuenta que llevaba varios millones de pesos que depositaría en el banco, dinero que no había interesado a los asaltantes. Ahora somos nosotros los de la cara fúnebre pensando en ese dinero que podría haber ayudado a la solución de los problemas de infraestructura que manteníamos. Más tarde llega Ramón, refuerzo para la acción.

Pero no hay tiempo para lamentarse. Al alba salimos de la casa a la verdadera operación. La camioneta ha sido transformada: luce otra patente, se le ha sacado la lona de la parte trasera, se le han pintado franjas de color y puesto calcomanías. Vamos rumbo a una acción de propaganda armada y el punto de partida me es muy familiar: a tres cuadras del Liceo 10. Me río recordando lo ingenuo que éramos en la Brigada Secundaria cuando salíamos a expropiar maquinas de escribir, picadoras de estenciles y mimeógrafos.

Cuando aún no aclara del todo, tomamos posición. Un camión repartidor de leche se acerca lentamente, se detiene frente a un negocio que aún no abre sus puertas, y en ese instante Watussi y Arcadia se deslizan sobre el costado izquierdo de la maquina y encañonan al conductor, reduciéndolo. Víctor Zuñiga toma el control del vehículo. La Flaca hace contención mientras subo a la parte posterior del vehículo y reduzco a dos muchachos que trabajan como repartidores. El chofer es trasladado a la parte trasera bajo mi control. El vehículo se pone en marcha lentamente y la Flaca aborda la camioneta recuperada la noche anterior que es conducida por Ramón.

Avanzamos por calles poco transitadas rumbo a la Población La Victoria. Ya es de día claro cuando entramos por calle Los Comandos (jugarreta en la planificación de la operación) y nos internamos por los angostos pasajes. En la parte trasera explico al chofer y a los peonetas la acción y para mi sorpresa, los muchachos sólo tienen una petición: - ¿Podemos comer algunos flanes?

Y explican que ellos nunca han probado los productos que tienen que repartir.

Mientras ellos devoran un flan tras otro, llegamos al punto donde culminará la acción. El chofer, los peonetas son bajados y se les deja en libertad. Watussi ha subido al techo del camión e instala dos banderas: una bandera chilena con una gran letra erre y otra de colores rojo y negro. Arcadia con un megáfono llama a los pobladores.

¡Contra el hambre y la Opresión la Resistencia está en acción! - escucho la voz de Arcadia que continúa: - Compañeros pobladores, vengan a retirar leches, quesillos, flanes, vengan compañeras para que tengan alimentos para sus hijos.

Tímidamente comienza a juntarse la gente. Llegan con temor, miran, nos observan con desconfianza, mientras nosotros comenzamos a tirar cajas de leche al suelo, a dejar bandejas con quesillos en la acera. Llegan al lugar los integrantes del comité de resistencia del lugar que son liderados por una mujer que conocemos. Sonríe y su cara blanca y ancha se llena de luz. De repente un muchacho de la población se sube al camión y luego otro y otro más, lanzando productos al exterior. El chofer del camión se ríe y los peonetas siguen comiendo. Ahora es una multitud de personas que corren, un hormigueo de gente que llevan productos y gritan a sus vecinos. Nuestra misión está cumplida y montamos la camioneta alejándonos del lugar. En el camino vamos cambiando nuestras ropas, guardando pelucas, tomando las identidades que representamos en cada una de nuestras casas de seguridad.

Cuando llegamos a la nuestra con Arcadia, nuestra amiga de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos se deja ver por un momento. Sonríe y comenta que algo está pasando en la Victoria y esa sonrisa parece un arco iris. Semioculta, con el pulgar señalando hacia arriba, a la distancia parece decirnos "lo sé todo". Entramos a nuestra casa felices y casi sin darnos cuenta, tomados de la mano.

Pasó lo que tenía que pasar. Esa noche, después de hacer el amor, rompimos la compartimentación y le conté mi historia y ella la suya. Venía del norte. Había entrado a estudiar periodismo cuando se produjo el golpe y a su casa había llegado una noche la DINA y el Guatón Romo en persona buscando a su hermano. La habían humillado, vejado, al igual que a sus padres. Aldo, el "Negro Felipe" había estado desaparecido pero finalmente fue reconocido y permaneció unos años en la Penitenciaría de Santiago. Su hermano no apareció más. Así fue como Arcadia Patricia Flores Pérez dejó la Universidad y se trasladó a Santiago para buscar a su hermano detenido desaparecido. Se integró a trabajar con otros familiares al alero del Arzobispado de Santiago, visitando las cárceles, los campo de concentración para buscar información, pistas, detalles que permitieran reconstruir los pasos de su hermano. Ingresó al MIR y se integró al trabajo de lucha por los Derechos Humanos que abarcaba también a los presos políticos, a la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos que comenzaba a formarse, y luego se fue involucrando en la lucha de los cesantes, en la construcción de ollas comunes, de talleres de trabajo y bolsas de cesantes en el mundo poblacional. La represión golpeaba duro y en el seno del MIR muchos militantes dejaban la lucha o pedían salir fuera del país.

Su pareja, su amor, había optado también por salir del país y se sentía herida, abandonada, roto un pacto de lucha y amor. En plena discusión interna del MIR, había adoptado las posiciones más radicales y no había dudado en dejar su vida legal para incorporarse a la Fuerza Central y a la naciente lucha armada.

Formal hasta la médula de los huesos, Arcadia informó al Mando de nuestra naciente relación. En la Unidad no hubo mayores comentarios y el trabajo se mantuvo sin variación alguna. Seguimos realizando acciones de propaganda armada, apoyando algunos rayados de propaganda haciendo la cobertura.

7. DESTACAMENTO MILICIANO JOSÉ BORDAZ

Sorpresivamente, Arcadia me informa que ha conversado con el Mando y que finalmente seré trasladado a las Milicias de la Resistencia Popular. No logro contener mi alegría. Es lo que anhelaba desde mi ingreso a Chile. Es mi convencimiento de que, a pesar de que no está mal el desarrollo de Fuerza Central, es imprescindible lograr un amplio desarrollo de la fuerza social revolucionaria, expresada en el periodo como Milicias. Arcadia lo sabe y se da cuenta que yo optaré sin duda por irme a la milicia y que ella quedará en Fuerza Central.

Está desolada y decidida a defender la relación. Habla con Watussi y la unidad, habla con José y finalmente regresa para contarme que ambos seremos trasladados a la estructura que agrupa a combatientes no clandestinos de los frentes sociales y que está en proceso de reestructuración luego de su acción de recuperación de la bandera nacional. Nos despedimos de la unidad sabiendo que nos reencontraríamos en futuras acciones y partimos a nuestra destinación.

Sector Avenida Matta con Vicuña Mackenna. Un flaco que reconozco de inmediato sale a nuestro encuentro. Nos conduce a una casa de la cercanía. El no me ha reconocido pero yo sí a él. Alumno del Liceo 10 en los años 60, lo ubico perfectamente como ex miembro de las Juventudes Comunistas, fanático de los Beatles y del Tango. Su nombre es de los que no se olvidan: Raúl Castro Montanares. Pero ahora es "Jacinto". Llega José, nuestro Jefe Militar y comienza la reunión formal. Me presenta al resto de la jefatura de las Milicias y nueva sorpresa: desde un rincón, con ojos húmedos de emoción, el Bigote me saluda. Los recuerdos me asaltan de inmediato: Maipú, Cerdón Cerrillos, el trabajo de pobladores, la milicia del tiempo de la Unidad Popular que se tomó el Mercado de la plaza bajo el mando de José Modesto Amigo Latorre, el "Malo" y que desarrolló el poder popular local logrando que los productores agrícolas vendieran sus productos de manera directa saltándose la cadena de comerciantes, **la detención tras el fallido intento de resistencia el día catorce de septiembre en el Fundo La Unión**, las torturas en la Comisaría de Maipú, el horror vivido en el Estadio Nacional, su salida trabajada cuidadosamente.

Nos abrazamos largamente. Bigote tiene a su cargo un grupo de Maipú. Luego el resto de compañeros nos son presentados: Beño, un muchacho jovial, jefe del Destacamento Miliciano José Bordaz que es el nombre de la estructura miliciana que conformamos; Miguel jefe de un grupo de milicianos de la Zona Sur, Jacinto responsable de un grupo en la Zona Norte.

José nos presenta e informa que llegamos a reforzar el plano operativo militar. Nuestra misión será llevar al grupo a un nivel permanente y sostenido de acciones en la fase de propaganda armada de la resistencia a la dictadura militar. Juntos trabajamos durante horas recibiendo información del estado de cada grupo, de sus militantes, situaciones personales y represivas, trabajo político y redes, capacidad militar, infraestructura, problemas represivos.

El panorama es desalentador: hay tres armas cortas con escaso parque, todas las casas de reuniones están quemadas o vinculadas a gente reconocidamente de izquierda, los militantes tienen escasa o nula instrucción y experiencia combativa. Lo bueno: están vinculados a frentes sociales, tienen redes amplias de gente que los apoya y mantienen una constante discusión política.

Las semanas posteriores son intensas. Junto a Arcadia vamos a visitar y operar junto a los grupos milicianos. En Puente Alto nos juntamos con cinco resistentes y desarrollamos una campaña de posturas de bombas falsas con tarros de leche y sistema de relojería con pilas a la vista. Se ponen los artefactos en oficinas estatales, municipales y de servicios básicos con profusión de panfletos llamando a resistir. La acción sirve para calibrar a los milicianos y tres de los cinco abandonan rápidamente la instancia al darse cuenta que ya no se trata de hablar sino de pasar a acciones concretas.

En la Victoria el panorama es complejo: los milicianos son muy jóvenes, no respetan mucho las normas de seguridad y solo tres de entre diez pueden continuar. En Maipú la situación es similar. El "Punta", campesino miembro del MIR desde la unidad popular es descolgado y solo se mantiene en el grupo al "Chacra" hermano de Juan Olivares del Comité Central, que está dando señales de haber ingresado al país a través de su hermano. Bigote queda atendiendo transitoriamente al grupo, aunque deberá orientarse al desarrollo de información operativa con un grupo nuevo de milicianos. Jacinto tiene un trabajo más sólido en Renca con cuatro milicianos fogueados. Comenzamos a repetir la experiencia de posturas de bombas falsas con todos los grupos y logramos configurar un total de doce milicianos con condiciones de seguir en la estructura. Se destacan entre ellos Bernardo como pieza fuerte en la zona norte, Inanimado en tareas de información, Coné como apoyo técnico por su rápido aprendizaje en espoletas y circuitos, Luz a cargo de milicianos de la población La Victoria y Lautaro un ex boina negra a quien conecto y que aporta información, infraestructura y armamento menor.

Establecemos un calendario de reuniones para formación política para los diversos grupos y de funcionamiento de la nueva dirección. El trabajo adquiere dinámica: Junto a Beño y Arcadia comenzamos a trabajar el periódico "El Miliciano", Bigote avanza en la construcción de una unidad especializada en información y logra una casa de reunión permanente para la dirección miliciana, Jacinto junto a su grupo explora sistemas y formas de cortes de luz parciales mediante voladura de condensadores de subestaciones subterráneas al mismo tiempo que su grupo se capacita en manejar explosivos. Lautaro es un excelente apoyo y se desarrollan acciones de recuperación de algunos armas cortas recuperándolas de guardias azules, funcionarios de Chilectra y del Metro que son blancos fáciles, con lo que la estructura comienza ya a tener armamento y experiencia.

Paralelo a esto recibo la orden de incorporarme a la dirección del Regional Político de Santiago. Omar es mi contacto y me integro a las reuniones periódicas donde el Viejo, Joaquín, JC y otros, revisan el desarrollo de la Resistencia en el plano sindical, poblacional, la estructura de agitación y propaganda. Me voy conformando un cuadro general de una resistencia que recién está saliendo de las fases más negras de acoso represivo y tomando pequeñas iniciativas.

Pésimas noticias. Me encuentro de casualidad en la calle con Juan Olivares. Está desconectado del Partido y se ha desconectado de su hermano. Me cuenta que estaba construyendo un *tatoo* en su casa de vivienda y que se le desplomó la excavación, que estuvo horas enterrado en el túnel y que no quiere seguir en la clandestinidad. Buscará trabajo para legalizarse. Informo de ello tanto al regional político como al militar. Solo un par de semanas después, aparece muerto en un falso enfrentamiento, La prensa informa que pretendía asaltar el cuartel Borgoñés, principal recinto de la CNI, en una citroneta. El Chacra está mal y vamos con Arcadia a verlo a una casa compartimentada en la que se ha refugiado. Su decisión es seguir en la milicia, con más razones aún para combatir.

Realizamos algunas posturas de bombas explosivas reales en algunos bancos. Se trata de foguear ahora a los grupos milicianos en acciones reales que son planificadas por ellos mismos cuidadosamente y bajo nuestra supervisión. El cerco noticioso comienza a romperse porque la dictadura no puede ocultar estas acciones. Compramos una pequeña maquina de escribir portátil y en ella junto a Arcadia comenzamos a emitir los informes como Mando Zonal Santiago de la Resistencia. Los periodistas obtienen primero la información y ya conocen los logotipos que usamos y la voz de Arcadia que informa vía teléfonos públicos la existencia de estos comunicados.

Estábamos contentos y satisfechos por los rápidos logros alcanzados con la estructura miliciana cuando sin decir agua va, el Mando nos convoca a todo el equipo de dirección miliciana a una acción principal: el triple asalto a bancos de la calle Santa Elena, en Santiago.

De alguna manera hago notar mi discrepancia partiendo de la base que la fuerza miliciana es incipiente, que estamos recién en una fase de instrucción y adiestramiento, que estamos desarrollando la estrategia vietnamita de ir de lo pequeño a lo grande y de lo simple a lo complejo. El mando informa que está desarrollando una iniciativa estratégica y que se requiere de financiamiento, que ya no hay recursos para sostener la acción del partido y que no hay otra alternativa que repetir el último asalto bancario realizado. Acato sin mayor discusión la orden.

Nos acuartelamos con parte de Fuerza Central en una casa de La Reina aportada por el grupo de combate del negro Ramón. Para mí es el reencuentro con Yamil, con Pinina y otros compañeros que había conocido en Cuba y en mi paso por la Fuerza Central. José y Yamil conducen la operación que resultaba en sus inicios exitosa. Sin embargo, en un banco se produce el primer problema grave: un guardia inicialmente desarmado porta otro revolver con el que, en una rápida acción, logra impactar a Watussi dejándolo gravemente herido. El grupo responde acribillando al guardia y cuando se retiran del lugar, se encuentran con una patrullera e intenso fuego enemigo a la salida del banco. Sin embargo lograr replegarse y llegar al punto donde están los autos. En el Banco del Estado, Beño en contención ha logrado detener a un vehículo blindado y los tres grupos comienzan a retirarse. Dos grupos logran salir en sus vehículos sin problemas, pero el vehículo del grupo en que participo, choca con un camión y perdimos el transporte. La situación es dramática, por más de media hora somos hostigados por diversos grupos represivos, rompiendo una y otra vez los cercos. En uno de los cercos, Miguel y Ramón se desgajan del grupo. El primero es detenido y días después lo será el segundo, iniciándose un golpe represivo que en su profundidad afectará a la totalidad de un grupo de combate de Fuerza Central. En paralelo, otro compañero, Jaime, que se había desgajado del grupo es acribillado junto a una familia que viajaba en su auto y que el combatiente había abordado. El resto del grupo, logramos salir del cerco a duras penas. En la refriega, y ante el cansancio y fatiga de José, nuestro Jefe, tomé la conducción del grupo, y en conocimiento de la zona en que operábamos, logre sacar al grupo sin mayores tropiezos.

Esta acción traerá muchas consecuencias: no solo la muerte de Jaime, la caída de Miguel, la detención posterior de Juan, el ayudista que facilitaba su casa en La Reina, sino que además la caída posterior de Ramón en los meses siguientes, seguida de la detención de Rodolfo Rodríguez, Miriam Ortega y sus dos hermanos. De manera secundaria, la herida de Watussi no logrará ser curada y meses después, cuando está a punto de salir del país, en momentos en que está recibiendo su documentación para viajar a Cuba, y ante la detección fortuita del punto de contacto por parte de la represión, Watussi se enfrentará combatiendo hasta su muerte, para permitir el repliegue de los compañeros con quienes se estaba viendo.

Otro de los coletazos de esta acción es que resulta herido Víctor Zúñiga (Mariano) y al perder contacto con los equipos de salud, tuvimos que llevarlo, para atenderlo, a nuestra casa de seguridad donde vivíamos con Arcadia.

Días después de reconectarnos con el mando, y por el hecho de conocer nuestra vivienda Mariano, debimos abandonar la casa de calle Huérfanos trasladándonos a un par de piezas que arrendamos en Calle Unión Latinoamericana.

Luego de la operación de los bancos, bautizada como "Nunca Más" Beño deja la dirección de las milicias y es trasladado a Fuerza Central, por lo que asumo la jefatura y reorganizo el equipo de dirección que queda con Arcadia a cargo de todos los temas de organización, Jacinto como Jefe Operativo y Bigote como responsable de informaciones, con cuatro grupos milicianos: La Victoria, Maipú, Renca y uno transversal de los más foguedos.

Por esos días, se constituyó una nueva instancia de coordinación entre las estructuras técnico militares de Santiago. Yamil (con quien tantas veces habíamos discutido en Cuba) pasa a ser mi jefe directo y Pinina nuestro enlace, instancia en que participa Fuerza Central bajo el mando de "Yeti" (Jaime Riquelme, a quien conocía desde la época del Cordón Cerrillos como dirigente sindical de la Federación del Metal), Informaciones, Logística y Milicias.

Es esta instancia quien conoce el planteamiento táctico que desarrollo después del triple de Santa Elena:

Los grupos milicianos realizaran acciones ligadas a los frentes de masa sociales, los grupos milicianos combatirán con los principios de ir de lo simple a lo complejo, atacaran con pequeñas fuerzas en muchos lugares, no combatirá directamente sino que centrarán su acción en la propaganda armada y el sabotaje, cuidando las fuerzas propias en una estrategia de desarrollo de largo plazo.

En este marco se me autoriza para lanzar una campaña que en el equipo miliciano bautizamos "Cien Flores" en la idea de no lanzar acciones dispersas sino lograr desatar en un día el máximo de acciones milicianas de distinto tipo. Fijamos los diferentes objetivos y logramos operar poniendo en una sola noche diversas bombas de ruido y explosivas atacando principalmente financieras, bancos, locales gubernamentales.

En nuestra nueva vivienda había logrado desarrollar un pequeño taller, desarrollando una versión chilena de la bomba o petaca incendiaria cubana. Con unos gramos de polvo de aluminio mezclados en igual proporción con oxido de hierro obteníamos una potente mezcla incendiaria. Con un reloj de pulsera, pilas y un iniciador hechizo, pude desarrollar una bomba incendiaria en miniatura, no más grande que una cajetilla de cigarrillos.

Las posibilidades eran enormes: cualquier miliciano podía transportar estos artefactos, con la única preocupación que al armarla teníamos máximo once horas para su detonación. Acordamos una campaña en que golpearíamos muchos objetivos y nos pusimos manos a la obra. Pinina nos aportó las sustancias requeridas, Arcadia compro un centenar de relojes que Coné revisaba y preparaba prolijamente. Jacinto y Bigote chequeaban los objetivos levantando la información necesaria: El Mercurio, Tribunales de Justicia, centros de diversión de los poderosos tales como el Regines, Drive in Las Brujas, Disco Hollywood, Camino Real lugar donde la Televisión Nacional de la Dictadura realizaba sus programas de farándula, instalaciones estatales y otras.

La operatoria era simple: definidos y chequeados los objetivos, cada grupo supervisado por Jacinto y Arcadia definían los cursos de acción a seguir. Coordinados por horarios, me tocaba armar todos los artefactos, los entregaba Arcadia en puntos de contactos a los Jefes de Unidades, al termino de lo cual informaba a la prensa de los comunicados y se alertaba a las instalaciones que se iba a tacar para no dañar a las personas.

Las dos primeras campañas resultaron espectaculares y permitieron probar, fogear a nuevos compañeros que estaban ingresando vía reclutamiento directo o algunos trasladados desde las estructuras de masas, como el caso de la tres mujeres que se integran y al menos diez pobladores y trabajadores que comienzan a ser reclutados.

A nivel de masas y por las noticias que me comentaba JC, se venía instalando difusamente la existencia de una milicia popular que desafiaba a la dictadura y que comenzaba a acompañar las luchas que comenzaban a desatarse como la de los trabajadores de Panal, cesantes y estudiantes. El camino parecía correcto y nos sentimos satisfechos.

Pero el azahar puso una cuota de incertidumbre. Preparando la tercera campaña de sabotaje incendiario, durante la fabricación de las petacas incendiaria, una de ellas me detona quemándome gravemente ambas manos y la cara. Un descuido mío, una burbuja de aire en la mezcla, y la simple presión por cerrar la jabonera en que iba enmascarada, provocan su explosión. Son quemaduras graves y pierdo el conocimiento reiteradas veces debido al extremo dolor. Arcadia está realizando las coordinaciones y estoy solo en una pieza semi incendiada. Trato de calmarme: se que debo lograr atención medica al más breve plazo para impedir una infección, se que no puedo salir a la calle en esas condiciones, se que no tengo el tiempo para esperar a Arcadia.

Tomo la decisión de buscar ayuda en una vecina que tiene una tremenda cicatriz de quemadura, con quien amablemente nos hemos estado saludando desde nuestra llegada a la casa.

Enciendo la cocinilla, la inflamo a propósito, la tiro al pasillo y golpeo la puerta de la vecina pidiendo ayuda. Ella mira mis quemaduras, ve la cocinilla inflamada y me acompaña a nuestra pieza. Es el momento de la decisión: me arriesgo el ciento por ciento y le explico que soy parte de la resistencia. Ella está asombrada. Mira el armamento, las bombas fabricadas que están listas. Vacila solo algunos segundos. Después me enteraré que odia a la represión porque su familia también ha sido alcanzada. Decide ayudarme. Observa mis heridas, me lleva al baño donde restriega con una escobilla mis heridas lavando con mucho agua y me dice que debe salir a comprar remedios especializados.

Se que puede delatarme en esa salida, se que puede regresar con la represión, pero no tengo otra opción: le entrego dinero para que compre lo necesario para curarme.

No me he equivocado. La mujer regresa al poco tiempo con un sinfín de elementos: botellas, gasas, tijeras, pomadas e inyecciones. Ahora limpia cuidadosamente mis manos y en el proceso me vuelvo a desmayar. Trabaja rápido, concentrada. Ha comprado una enorme lupa y va extrayendo los granos de oxido y polvo de aluminio que no han combustionado. Luego me inyecta para prevenir infecciones, me llena ambas manos con crema regeneradora y luego aplica unos parches alemanes que había usado en su propio tratamiento. Ahora si que todo duele ¡Mierda! Mis manos desarrollan un calor espantoso y siento que una prensa ejerce una presión cada vez más intensa sobre las palmas y las yemas de mis dedos.

Cuando termina, la mujer limpia el lugar, prepara comida y espera la llegada de una asombrada Arcadia que abre sus ojos enormes y al conocer lo ocurrido la abraza agradecida. Pero la faena no está concluida. Arcadia no quiere dejarme solo y las restantes bombas explosivas e incendiarias están armadas.

Hay que desarmarlas y mis manos no sirven. Ambas mujeres me miran y deciden que ellas lo harán. Lo que sigue es singular. Ambas sudando, van tomando cada una de los artefactos, sacando las espoletas, desmontando los sistemas una por una. Cuando todo ha terminado, nos tiramos en el suelo largo rato mirándonos en silencio. ¿Puedo fumar ahora? - pregunta la mujer de la cicatriz.

Durante los días siguientes permanecí tendido en la cama y recuperándome de las quemaduras. Arcadia tomó la dirección de las milicias planificando un conjunto de acciones con Jacinto y Bigotes, las mismas que acompañaran el primer apagón nacional que la Resistencia Popular ejecuta volando varias torres de alta tensión.

Cuando este se produce Bigotes y el Chacra Olivares ingresan a los patios de la industria Renault incendiando carros por casi dos millones de dólares y señalando **al pueblo de Maipú y Cerrillos** que la resistencia está presente en la zona. Jacinto y los milicianos de Renca atacan diversas automotoras, mientras que los de la Victoria atacan instituciones gubernamentales y bancos de Gran Avenida y el Llano Subercaseaux.

Días de reflexión obligatoria. Mis manos regeneran su piel con rapidez, mientras mi mente trabaja buscando la mejor forma de proyectar la lucha de Resistencia y de las Milicias en la coyuntura política nacional. Es claro que la dictadura está cuestionando el trabajo represivo de Odalier Mena, Jefe del CNI, quien ha declarado un par de meses atrás, que el "enemigo interior está derrotado y no tiene capacidad alguna". Esta claro que el Gobierno Militar busca perpetuarse después del discurso de Chacarillas y que no tiene ninguna intención de apertura política. Está claro que algunos sectores sociales están reanimándose, sobretodo los cesantes, pobladores y estudiantes. Claramente se advierte que estamos solos, aunque la infortunada declaración de Luis Corvalan en el exterior adjudicándose el apagón dan pistas que el PC tiene fuerzas que supone están actuando. Arcadia me comenta que desde los grupos milicianos está surgiendo una demanda clara de incorporación de diversas personas, incluso compañeros del regional político que quieren trasladarse de estructura. Es claro que estamos en una fase de crecimiento, que estamos a la ofensiva, que estamos golpeando a la dictadura y ganando simpatías en las bases populares. ¿Cuáles deben ser los pasos siguientes?

Luego de un mes y medio de retiro forzado, salgo a un punto con Pinina para entregar los borradores del "Miliciano" que registra las campañas que hemos estado realizando y se centra en convocar a la lucha contra el hambre y la opresión. En esos días, Arcadia logra conectar al compañero Lientur que, con un grupo de milicianos, de manera autónoma, venían desarrollando acciones de recuperación.

La Resistencia cuenta ahora si con fuerzas milicianas populares y con una línea política militar de masas.

8. GIRO TACTICO.

Por aquellos días llegó Simón. Nos habíamos conocido en La Habana. Para la Dirección Miliciana llegaba un refuerzo magnifico y en paralelo crecíamos con gente nueva. Jacinto integró a René y trajo al Chigua y el Chigua al Anibal, y la Pinina nos trajo a su amiga y su amiga a la estudiante de enfermería, y el Coné metió a una pareja, y la Luz tomó al Dago y cuatro más, y el Bernardo amarró al Profe y al abuelo, y el Pandereta salió de no se donde, y yo integré al Mopare y Lautaro a tres más de La Legua y luego amarré al Flecha Veloz para informaciones y el Flecha trajo al guatón y el Regional se abrió para que comenzáramos a visitar los comités de resistencia estudiantiles y de allí surgieron un par de reclutas y algunas acciones alumbradas por las informaciones que venían de la masa misma y que el Bigote, o el Guatón confirmaban.

Comenzamos a darles de su propia medicina a varios sapos de la CNI que hostigaban en las Universidades. Eran nuestras raquílicas milicias metiéndole perdigonazos en el trasero al sapo que cazamos en Las Rejas o al Jefe de los Guardias Azules del Pedagógico en la Villa Olímpica. Los estudiantes se enteraban y eso encendía los ánimos, y luego atacamos a varios locales del SERVIU y comenzamos a quemar los Departamentos Pilotos del Barrio Alto en el marco de la campaña en apoyo a las demandas de los Pobladores sin casa y aún así, con la represión centrándonos ahora también a nosotros como estructura en su mira, seguíamos creciendo y el Bigote incorporó a la Colorida y amarró una casa permanente para la dirección y luego la Arcadia amarró a tres artistas con dos casas más, y salió otra casa en Independencia y dos más en Maipú. Y desde Francia y Canadá, por los contactos directos que había dejado nos llegaban recursos financieros que nos permitían no depender del partido, de aliviar la pesada carga de mantener decenas de cuadros clandestinos sin retaguardia.

Con todo, se fue conformando una decena de combatientes probados, audaces, que elevaban cada día su rigurosidad y capacidad combativa.

Nos tomamos Radio Portales, en pleno centro de Santiago, en una compleja acción que diseñó el Simón, a dos cuadras de un cuartel del CNI y logramos transmitir durante 13 minutos las proclamas de la Resistencia, burlándolos al final porque las bombas que dejamos eran simples tarros de leche, sin un tiro, usando el engaño que dejaba en ridículo a los agentes represivos que se creían Rambos chilenos. Pero vino el giro táctico.

Recuerdo casi el minuto exacto del giro táctico. Fue en la casa "del veinte" que todavía usábamos. Yamil comenzó a cuestionar el carácter de las acciones que realizábamos, de que estábamos muy abiertos, con muchos flancos, que era necesario redefinir el accionar. Entonces el mando nos señaló misiones que yo no quise acatar. Una de ellas era volar una bomba de bencina en el barrio alto. La otra, volar los gaseoductos de camino a Melipilla.

Lo discutimos en la dirección durante largo rato. Ni Arcadia, ni Simón, ni Bigotes, ni menos Jacinto estaban de acuerdo. Nos negamos y Yamil no dijo nada. Solo un par de semanas después nos enteramos por las noticias del intento realizado por una unidad de Fuerza Central.

Días después llegó la orden de traslado de Jacinto, Coné, Chigua y Pandereta a Fuerza Central, y a reglón seguido la convocatoria al Simón de participar en el cuádruple asalto a Bancos de Macul que terminó en una nueva infernal balacera con muertos y heridos.

Evidentemente estábamos entrando en una etapa distinta, gatillada en la discusión interna por la situación de Neltume y la enorme falta de recursos financieros. Por intermedio de Pinina hacía ver mis preocupaciones a Yamil de que estábamos en ritmos diferentes, que los trabajadores y pobladores recién estaban teniendo confianza en la lucha de resistencia y que el nivel de acciones mayores, sobretodo con resultados de aniquilamiento de fuerzas vivas del enemigo, eran contraproducentes y por otro lado, la dinámica de escalamiento en las acciones sin tener una base material suficientemente fuerte. Era la opinión de Simón, la mía, la de Jacinto.

Contrariamente a lo que opinábamos, el Mando señaló la necesidad de pasar a etapas superiores, de dejar a las unidades del regional político el desarrollo de masa armada, de planificar y ejecutar acciones anti- represivas.

Ciertamente lo conversamos en el mando miliciano y sabíamos que no podíamos negarnos. Las milicias eran estructuras jerarquizadas, dependientes del Mando Central, no autónomas. No podíamos nosotros abrir en esa etapa un conflicto mayor con el Mando, sabiendo las dificultades de Neltume, sabiendo como yo sabía, por participar en ambas instancias, de la discusión y difícil relación del sector político- militar con el Regional a cargo del trabajo abierto, de masas y semi clandestino.

El giro táctico se impuso, sobretodo cuando Fuerza Central entró en una etapa crítica en que las operaciones planeadas e iniciadas en su ejecución comenzaron a fallar y los recursos financieros ya eran inexistentes. En ese marco surgió el ajusticiamiento del sargento Tapia Barraza, quien había sido miembro de la DINA, hecho por el cual fui juzgado por Consejo de Guerra luego de mi detención. Y la acción sobre Ingrid Olderock, conocida adiestradora de perros con los que torturaba a las compañeras en la época de la DINA, quien sobrevivió al atentado.

Fui convocado en los meses siguientes a dos reuniones decisivas: en el Regional Santiago se discutía el lanzamiento de una toma de terrenos y el avance en el trabajo sindical, reunión en la que alcé mi voz demandando una mayor participación del regional en la lucha armada porque no existían aportes ni en recursos, ni en reclutamiento ni en información ni en medios de combate.

Prácticamente la vieja disociación de tareas políticas y militares estaba presente y vivíamos y actuábamos con políticas y centralidades diferentes.

Salir de una reunión y entrar a la coordinación militar y su dinámica era simplemente ratificar la existencia de dos partidos y dos líneas que no lograban articularse. En esta otra instancia se estaba en pleno proceso de reorganización para consolidar una fase más ofensiva en el plano militar y en la resolución del angustiante tema de la escasez de recursos financieros.

Salí de la segunda reunión para enterarme que los milicianos más destacados estaban acuartelados para operar junto a Fuerza Central en el asalto al Banco El Faro de Apoquindo y ante el fallo de un combatiente, simplemente me sumé a última hora, sin haber hecho reconocimiento, sin haber participado en la planificación y manejando de ésta solo los aspectos medulares.

Fue una acción mayor, con más de una treintena de combatientes participando y usando armas de guerra. Una unidad miliciana al mando de Yamil atacó con cohetes la comisaría para fijar a carabineros al terreno e impedir que llegaran al banco asaltado, mientras otra unidad miliciana atacaba con fusilería y cohetes al cuartel de investigaciones más próximo con igual objetivo.

Dos acciones de golpe de mano realizadas por fuerzas milicianas que resultaron exitosas y sin problemas.

En el banco la primera fase del asalto se resolvió sin problemas: la irrupción, control de guardias y público, recuperación del dinero de las cajas. Pero el objetivo verdadero, la bóveda no se cumplió: la información era incorrecta. Tampoco la planificación de la contención externa funcionó.

Beño quedó muy alejado de grupo central, expuesto al fuego de guardias y carabineros que aparecen por un lugar donde no se les esperaba, sumado a que los vehículos de repliegue estaban a más de media cuadra de la entrada del banco. Fui el primero en salir, acompañado por Arcadia y cuando llegamos a los vehículos sentimos la refriega, contemplando dolorosamente como llegaba el resto de compañeros mientras el arma de Beño seguía sonando, cubriendo nuestra retirada y delante de nosotros comenzaba a concentrarse vehículos y espectadores que ya nos habían identificado. Cuando llegó el grueso de los compañeros, salimos del lugar sabiendo que Beño no había logrado replegarse y sólo al llegar a la casa de seguridad tuvimos la confirmación que Charles Ramírez, el primer jefe y fundador del destacamento miliciano José Bordaz, había muerto en combate, protegiendo nuestra retirada.

Después de esta acción, conmocionados por la muerte de nuestro primer jefe miliciano, la discusión al interior de la Dirección Miliciana se intensificó y endureció. Sorpresivamente Arcadia comenzó a presionar por participar directamente en acciones ligadas al movimiento de masas, lo que dado su papel en el campo de las tareas de organización, era altamente riesgoso. Simón condujo en ese breve periodo diversas acciones de sabotaje y una de financiamiento, mientras Arcadia y un grupo miliciano atacaba la Escuela Nacional Sindical de la Dictadura, quemándola.

Después del asalto al Banco Estado sucursal El Faro de Apoquindo, cuatro compañeros dejan la estructura miliciana y pasan a ser parte de Fuerza Central y se requiere una reorganización de la estructura miliciana. Arcadia, Bigote y Simón siguen en la dirección, pero la salida del grupo más comprometido nos representa problemas de estructuración. Nuevos rostros se incorporan, no los suficientes para expandir el accionar miliciano.

Bernardo, uno de los pilares del trabajo de la zona norte ha entrado en crisis y no quiere seguir, el grupo de la Victoria se mantiene estancado en su desarrollo y debemos dejarlo porque son poco

rigurosos y tienden a perder la clandestinidad. Otros se consolidan, la Rucia, Coné, Lautaro. Vemos como la represión se acerca y merodea por nuestras redes pero tenemos aún el control del espacio y el terreno donde nos movemos. Simón manifiesta sus dudas y le comento mis temores: para ambos está claro que no esta funcionando bien la Fuerza Central y que las acciones planificadas por ellos no están resultando exitosas. La muerte de Watussi en un punto de contacto me conmueve. Mi primer jefe de la Fuerza Central ha caído justo en momentos que se preparaba para salir del país a recuperarse de una herida en la cadera. Detectado en un punto de contacto, decidió resistir cubriendo a sus compañeros que logran salir de un encuentro fortuito con la represión. Días después nos llega la noticia que la Flaca está encerrada en su casa de seguridad, con depresión y enferma. Conversamos con Arcadia y solicitamos al mando poder atenderla como ex compañeros de unidad. Recibimos luz verde y Arcadia la visita un par de veces y logra que salga a un punto en Quinta Normal. La veo. Está mal. Muy mal anímica y físicamente. Ha bajado muchos kilos. Conversamos largo y terminó el punto en la convicción de que ella se recuperará junto a nosotros. Una serie de nuevas acciones menores se desarrollan por parte de la milicia para foguear los nuevos combatientes manteniendo la campaña de sabotaje. Comienzo a moverme hacia viejos conocidos, visitando casas en Maipú, Cerrillos, San Miguel buscando mejorar infraestructura. Arcadia logra conseguir un par de casas nuevas para funcionamiento de la dirección.

Pareciera que podemos transitar por la fase coyuntural del desarrollo de la estructura con dificultad, pero podemos avanzar, a pesar que otros golpes represivos se desencadenan contra la organización y accidentes como el de un grupo de compañeros de la estructura de Agitación y propaganda al cual se le detona una especie de bengala en una micro y es muerto por la represión.

Personalmente tengo la sensación de estar caminando por el filo de la navaja, que las exigencias del mando en el plano estratégico general no van acorde al desarrollo de las fuerza. Tengo la sensación que peligrosamente estamos en una fase donde hay mucho voluntarismo y no logramos consolidar un piso más sólido para continuar elevando el accionar de la resistencia.

A fines de Julio del año 81, se retomó el contacto con Yamil y fui convocado a una extensa reunión del coordinador militar en que se evaluó el estado de las fuerzas, infraestructura, situaciones de seguridad. Es una reunión compleja donde se analiza el estado de las fuerzas y las situaciones de cada estructura. Pasamos revista a información, logística, talleres, fuerza central, milicias. Estructuramos cuadros comparativos y de análisis de los problemas por cada unidad y se me encarga redactar el informe final. En paralelo se define desarrollar una fuerte campaña anti represiva para el aniversario del MIR, en el mes de agosto, acciones que en su gran mayoría correspondían a emboscadas a fuerzas del CNI y de Tropas Especiales de Carabineros.

Compartimentamos las diversas operaciones, comencé a trabajar en informe síntesis de la reunión y en el tiempo que me quedaba comencé a trabajar con la Rucia una acción particularmente novedosa donde otra acción atraería a fuerzas represivas que emboscaríamos con ataques de explosivos detonados a distancia. Durante varios días estuvimos en las calles cronometrando tiempos de desplazamiento en el objetivo, visitando la zona operativa, buscando los puntos de entrada a la acción y de repliegue y realizando ensayos en secos mediante un procedimiento sencillo: un vehículo entraba en una zona definida a velocidades variables y yo trataba de encender una luz por telecomando en el momento en que el vehículo pasaba frente a la supuesta carga explosiva. Estuvimos ejercitando bastante hasta lograr capacidad de calcular las velocidades y manejar bien el telecomando. Además detectamos la necesidad de contar con un vehículo para el repliegue. El día quince de agosto, recibí el vehículo que usaríamos cargado con explosivos y con los sensores puestos, buscamos un estacionamiento con la Rucia y lo dejamos en custodia para retirarlo el día siguiente. Coordinamos la

hora en que nos juntaríamos, alrededor de las diez de la mañana del día siguiente y yo me fui a la casa de un ayudista en Puente Alto para conseguir un vehículo de apoyo. El compañero que iba a visitar tenía un vehículo de reparto de productos lácteos que calzaba justo en la operación, tanto para retirarnos como por el enmascararla. Sin saberlo, fui a una casa que ya estaba tomada y controlada por la represión.

Entré a la casa y no note nada raro. La esposa de mi amigo me recibió con toda normalidad, y me informó que los niños y un primo ya mayor, estaban en una pieza del fondo del lugar. Adalberto había salido recién a entregar productos al Cajón del Maipú y regresaría muy tarde al anochecer. No había nada especial en lo que me ella contaba y ni siquiera me llamó la atención cuando mencionó la visita de su primo, dado que no era la primera vez que estando en una casa de seguridad llegaban familiares y amigos y había que montar diferentes comedias para justificar la estadía en esos lugares. Sin querer importunar más de la cuenta, dejé algún dinero convenido de antemano con Adalberto para comprar unos bolsones y me retiré del lugar, dejándole en recado que volvería a la ocho de la mañana siguiente, a buscarlo para una "mudanza" que había que realizar.

Yo había conocido a Adalberto durante mi primera prisión. Campesino y conductor de camiones, durante la Unidad Popular había participado del movimiento de camioneros que apoyaba a salvador Allende, el MOPARE, siendo ese el sobrenombre que arrastro durante sus días de prisión. Un año y medio antes, mientras caminaba por Gran Avenida buscando los productos para fabricar el prototipo de bomba incendiaria de bolsillo, nos habíamos encontrado por casualidad. Nos detuvimos a conversar en una típica charla de saber como estaba, de los conocidos, cuando repentinamente el recordó que yo había salido expulsado del país. Con sus ojos llenos de asombro, sin contenerse, me preguntó directamente si yo estaba conectado con la gente que estaba luchando y a renglón seguido me soltó toda su rabia y dolor contra la dictadura. Había estado en el Cerro Chena, había visto como los cuerpos de compañeros asesinados eran cubiertos con cal, entre ellos, algunos amigos. Sus ojos lanzaban llamaradas de ira mezclados con lagrimas que derramaba sin siquiera molestarse a limpiarlas. Así fue como se había incorporado como apoyo, prestando su casa para reuniones y su vehículo para traslados.

Adalberto había apoyado algunas acciones y traslados menores. En su casa se había protegido Simón después de una acción y guardaba para nosotros un uniforme de carabinero y dos armas deterioradas que algún día repararíamos.

Lo que yo no podía saber ese día, era que Adalberto ya estaba detenido, que su mujer estaba colaborando y que tras la visita, tenía chequeo encima.

Visité al atardecer la casa de Inanimado y pasé a buscar a Arcadía a la casa de la nueva ayudista, sin encontrarla, regresando a mi casa de seguridad sin saber que ya la suerte estaba echada.

9. LA RATONERA Y EL COMBATE DE ARCADIA

El día 16 de agosto, a las 7.30 de la mañana tenía punto de contacto con Yamil cerca de San Diego con Avenida Matta. Era un punto de verificación de la situación de los equipos y curso de las acciones que se realizarían a partir de las 11 de la mañana.

En nuestro caso, con la Rucia habíamos dejado todo dispuesto el día 14, de manera tal que nos encontraríamos mucho más tarde para dar inicio a nuestra parte. Tras la señal de que todo estaba bien, ella instalaría un vehículo cargado de explosivos en un lugar y luego se retiraba de ahí dejando el resto de la acción a mi cargo. Mi tarea era accionar la carga con el tele comando a distancia,

cuando los vehículos del CNI llegaron al lugar atraídos por una acción de diversionismo realizado por otra unidad. Corría el peligro de quedar cercado y por ello necesitaba un vehículo para el repliegue, aun cuando podía replegarme también sin necesidad de él, corriendo algunos riesgos. Desde el punto de vista operativo, esta acción no tenía grandes grados de dificultad. A las 6.30 de la mañana dejé mi casa de seguridad. Iba desarmado. Arcadia estaba participando en otra acción y me habían solicitado mi arma para otro grupo que por la envergadura de las acciones en curso requerían de mayor poder de fuego, lo que no era mi caso.

Llegué al punto de contacto con Yamil a la hora señalada y para mi sorpresa no apareció. En ningún momento pensé que Yamil no me conectaba porque yo estaba siendo chequeado o porque había problemas. De haber tenido celulares u otros medios de comunicación móviles, quizás los hechos se hubiesen desarrollado de otra forma. Por error, exceso de confianza y sub valoración de la represión, simplemente pensé que dada la cantidad de acciones y la coordinación que él realizaba, no había alcanzado a llegar y nos quedaba el punto alternativo de las 10.00 de la mañana. Esperé unos minutos y al ver que no llegaba, camine hacia Vicuña Mackenna y tomé un microbús hacia Puente Alto a buscar mi transporte para la operación. Creo haber llegado cerca de las 8.30 a la plaza y cerca de las 8.45 a 9.00 a la casa de Adalberto.

Revisé el sector y no encontré nada anormal acercándome a la casa con toda tranquilidad. La puerta estaba entornada y las cortinas puestas de acuerdo a las señales convenidas. Un hijo menor de Adalberto me vio a distancia y entró a la casa. En la actualidad, el hombre que es hoy ese niño, cuenta a su tío Luis Saldivia Vega que en esos momentos él no sabía quienes eran los buenos y quienes eran los malos y que le apena enormemente, el no haber hecho algún gesto de advertencia. En visitas anteriores había pasado algo similar y el niño simplemente corría a avisar a su padre que yo llegaba. Así que entré absolutamente confiado, yendo a dar a boca de jarro con el grupo represivo que me estaba esperando.

La sorpresa me paralizó una fracción de segundos y a los agentes también. Sentí las carreras a mi espalda y sabiéndome desarmado alcancé a tomar un florero de cristal de la mesa, golpee al primero que encontré y traté de quitarle su arma para intentar escapar. Lo dejé medio aturcido y en una mirada panorámica de la pieza alcancé a divisar una subametralladora en un costado. Desde atrás, al frente y desde la pieza del costado surgieron otros agentes. Me trencé en una lucha cuerpo a cuerpo, desesperada, arrastrando el grupo a medio metro donde estaba el arma. Ellos no querían dispararme y comenzaron a golpearme sistemáticamente la cabeza con las cachas de sus pistolas. Sentía la sangre correr por mi cara en los sucesivos esfuerzos por zafarme y me daba cuenta que iba perdiendo fuerzas, hasta que finalmente sentí un golpe mayor y perdí la conciencia. Chorreando sangre a borbotones por cuatro heridas en mi cabeza, enrollado en una alfombra, fui lanzado a una camioneta y trasladado velozmente a Santiago. En el camino, con sirenas ululando, sentía que estaban sentado sobre mí un par o quizás más de agentes. Trataba de ordenar las ideas, porque sabía que a lo sumo en una o dos horas más comenzarían las diversas acciones preparadas en diversos puntos de Santiago y evidentemente me asesinarían en represalia.

Traté de hacerme el cuadro: me tienen detenido y saben de Adalberto, pero Adalberto no conduce a ningún compañero y no sabe nada del funcionamiento ni de la organización, por lo que el golpe represivo se extenderá solo si yo me quiebro. Me preparé entonces para lo que vendría. Pero ¿Quiénes son los que me han detenido? ¿Son de la CNI? ¿Carabineros? ¿FFAA? Viajamos alrededor de veinte o veinticinco minutos que para mi eran una eternidad. Al llegar a Santiago, me ingresaron al Cuartel Central de Investigaciones por la puerta principal. ¡Sorpresa! No son del CNI, ni Carabineros, ni FFAA. Son de Investigaciones. Los mismos que han

dado recientemente un golpe represivo a una unidad de combate de Valparaíso deteniendo a un compañero de dicha zona. Pienso entonces, que ese puede ser el hilo conductor que los ha conducido hasta Adalberto: el conocimiento que tenía un grupo muy reducido de compañeros de la existencia de una casa de seguridad en esa población de Puente Alto dado que habían venido a apoyar una operación que se desechó finalmente. ¿Será todo lo que tienen?- me pregunto. No puedo pensar más, me toman entre cuatro, de pies y manos y entran corriendo llevándome por un pasillo del primer piso, me meten a una pieza llena de camarotes (después sabré que es el dormitorio de la Brigada Investigadora de Asaltos), me ponen una venda en los ojos, me patean, me ponen cabeza abajo sujetándome por los pies y me aplican abundante líquido por mi nariz buscando ahogarme, que pierda el control, como parte del ablandamiento previo.

Una voz pregunta nombre y entre mi ahogo doy la chapa que uso, Juan Carlos Pobrete, un amigo de la infancia cuya dirección también puedo entregar porque es de una familia de la población donde viví parte de mi infancia. Se ríen. Me levantan y me dejan parado, sin tocarme.

Una voz dice que saben que me llamo Guillermo y, agrega: - "Ustedes se metieron con Investigaciones...nosotros no somos como los "otros", nosotros somos profesionales...la cagaron al meterse con nosotros." insiste la voz. Se produce un corto silencio y otra voz dice: "que revisen las heridas y prepárenlo". Alguien me toma del hombro y me lleva a un baño. Me piden que me saque la ropa y la revisan cuidadosamente. Alguien trabaja en mis heridas en la cabeza limpiándola y poniéndome puntos. Luego me inyectan un sedante. Me visto nuevamente y ahora me esposan, llevándome a una sala amplia de piso de madera. Me sientan y frente a mi, un hombre joven, de pelo claro, me saca la venda y me dice que él trabajará conmigo. No se si lo hacen para que yo sepa o si cometen un error pero logro escuchar claramente a Adalberto gritando en algún lugar. Me toma las huellas dactilares. El hombre no muestra apuro ni se ve adrenalinico.

-¿Para qué metiste al baile a ese buen hombre?- pregunta mientras termina de tomarme las huellas y agrega como para calentar motores: Te estuvimos esperando varios días, tenemos el uniforme de los pacos y los dos revólveres inservibles. ¿Así que de las milicias? .Porqué no nos ahorramos tiempo ¿Quiénes te detuvieron para el 73?

Mi cabeza va a mil por hora. No saben. No saben quien soy yo. Solo tienen lo que Adalberto o la mujer por lo tanto saben de mí, que estuve preso, mi nombre, que soy parte de las milicias. ..

- Ya pues hombre, conversemos, si al final igual no más vamos a saber todo. ¿Quién es el flaco que llevó el uniforme a la casa del viejo? ¿Qué ibas a trasladar hoy? ¿Explosivos? ¿Armamento?

No respondo y el "bueno" se ríe, canta en voz alta y luego de un par de minutos sale de la pieza.

Entonces entran los "malos". Comienzan los golpes, ahora me tienden en una especie de mesón y vuelven a introducir líquido por la nariz mientras preguntan por el flaco rubio que estuvo en la casa, por su nombre, que cosa debía trasladar, donde debía buscarla, a donde la iba a llevar, donde vivo, quien es mi contacto. No puedo respirar ni tampoco contestarles.

Es un ablandamiento a lo bruto, pareciera que no tienen una pauta o pareciera que no quieren dejarme que piense. No sé cuanto duran los golpes, luego me arrastran a la pieza de los camarotes y me cuelgan esposándome solo de una mano, mientras pegan y gritan que traigan "la maquina". No se cuanto dura esto, quizás media hora o más.

De repente se hace un silencio espeso y siento numerosos pasos y la actitud de los detectives cambia. Alguien importante ha llegado. Imagino que es de alto grado porque le informan de mi detención, de Adalberto y que existen "procedimientos" que se están realizando. Siento el ingreso de

otra persona. Son pasos de un hombre pesado. A través de la venda veo los bordes de abrigos grises. Entonces una voz dice:

- Es el Diego, el Alma Negra, fue de la tropa del GAP, lo tuvo la FACH el 73. Estaba en el curso del Comité Central en Punto Cero. Puede ser de Fuerza Central, de milicias o del Regional.

El que habla me conoce desde mucho tiempo porque en Chile son pocos los que conocían en Chile, en esos momentos, mi sobrenombre y mi trayectoria. Pero tampoco sabe mucho más el que está hablando. Se alejan un poco de mi lado y murmuran. Entran nuevas personas agitadas, quizás corriendo. Algo pasa pero no logró saber. Me imagino que las operaciones acordadas ya se están realizando por parte de las milicias y eso provoca el revuelo. Alguien lo confirma: un bus está siendo incendiado en Vicuña Mackena con Diez de Julio y hay disparos en ráfagas.

El que manda lo toma con tranquilidad:

- Están en movimiento y eso es mejor para nosotros. ¿Esta claro lo que tienen que hacer? - pregunta y alguien del grupo responde que están en terreno.

El de la voz autoritaria se acerca a mí. Huelo su loción, es lavanda. Me doy clara cuenta que está dramatizando o preparando algo:

- Así que ahora estás en las milicias guevoncito. así que tu eres uno de los que no fue capaz de defender al Chicho en la Moneda ¿Ah? ¿Te faltaron huevos? Dejaron sólo al pobre viejo. así son ustedes, cobardes, asesinos despiadados que atacan por la espalda. Capaz que seas uno de los que mató a mi coronel Roger Vergara, o de los asesinos del Sargento Tapia Barraza. O uno de los poco hombres que le disparó a una mujer. ¿No tienes vergüenza de tener agonizando a la Ingrid Olderock?

El hombre no se acelera, ni grita, ni nada parecido. Es frío y maneja la situación como rutina.

No logro saber que ordena después. Lo siento salir y me dejan en manos de los "malos" quienes me golpean durante largo rato gritando preguntas, concentrándose en las costillas y en el hombro izquierdo sistemáticamente. De repente, todo cambia. Siento que entran varios enojados, gritando, molestos, amenazándome:

- ¡Ahora si que te cocistes conchatumadre!

- ¡Hay dos colegas heridos! - grita a viva voz uno.

- ¡No estaba asegurado el operativo, no estaba asegurado! - grita otro

Todos hablan, se gritan, recriminan. Ahora si que me llegó la hora - pienso- comenzaron las acciones planificadas.

Siento que salen todos, que van a algún lugar y solo queda uno que del cual no distingo su voz, insultándome, golpeándome casi sin ganas. ¿Dos minutos o diez? Ya no logro calcular el tiempo. El que golpea se aburre y me deja solo durante algunos minutos.

Entonces vuelve a aparecer el "bueno": me toma del brazo, me conduce a una silla, me esposa a ella, me saca la venda y me mira largamente. El es joven, un poco gordo, pelo castaño, rizado,

- Bueno, quizás ahora podamos hablar más en confianza Guillermo - dice casi jovialmente. Así que tú eras el Alma Negra. los colegas de otros servicios te tienen muchas ganas.

¿Para que se metieron con nosotros? No somos lo mismo. con nosotros ustedes se cortan el pelo, no tienen ninguna oportunidad. Pensábamos que eras más alto, más grandote. ¿Por qué no estabas armado? ¿Te descuidaste?

Sigo con mi cabeza a mil. ¿Por qué no me torturan? ¿Por qué tan calmados? ¿Se están realizando o no las acciones? ¿Dónde fueron heridos?

- Mira, ya llegó tu ficha y los colegas están visitando la casa de tus padres en la Villa Frei, las de tus hermanos, y otras más. ¿Así que te tuvieron los de la FACH el 73? ¿Para que volviste?.podías haberte quedado en Canadá tranquilamente.en todo caso quiero que tomes con calma lo que te voy a decir.

Mi cabeza sigue a mil. ¿Por qué tan conversador? ¿Por qué tanta deferencia? Lo miro y siento que el detective está incomodo, que no quiere decir lo que dirá:

- Ya te teníamos desde ayer. Nos llevaste a algunas casas. ..Hoy día tuvimos que ir y hacerlo rápido, tu eres profesional y sabes que teníamos que hacerlo porque el hilo se podía cortar. Tuvimos mala suerte y tú también. Fuimos a tu casa. No sabíamos que vivías con la Negra. No la habíamos visto. Ella se fue en collera. Dura la Negra. Nos pilló de sorpresa y dejó herido a dos colegas. Murió peleando. ¿Por qué chucha no supimos que vivías con ella?

No puedo pensar. Es demasiado, es horrible lo que dice, inaceptable.

- Mentira. Yo no vivo con nadie. Estoy parando donde un amigo.

El detective me mira con pena. Sabe que no lo esperaba, sabe que me estoy derrumbando.

Y ahora estoy en tinieblas. No se cuantos días me han seguido, no se si es verdad lo que dicen, no se si han llegado a la casa y si han llegado, entonces tienen todo. Entonces comprendo: por eso no me han torturado. Han llegado a mi casa y a todo lo que en ella guardábamos, han matado a Arcadia y tienen el informe que preparaba para el Mando, los archivos, documentos.

El detective sabe que debe profundizar mi derrota y grita que traigan cosas de mi casa para que yo las vea. Entra otro detective sonriendo y mirándome con arrogancia. Muestra algunos casettes, libros y deja caer la frase que ya estaba esperando:

- Ahora nos vamos a encargar de que todos sepan que entregaste a tu propia mujer - y se retira en medio de las carcajadas de los restantes detectives que escuchan en la otra pieza.

Humillado. Atontado. Descolocado absolutamente. Siento que corren lágrimas por mis mejillas y aprieto los dientes.

El "bueno" pone en mi propia casetera una canción de Santiago del Nuevo Extremo. Está profundizando mi desaliento, mi desmoralización. Su técnica es distinta, sutil, no requiere violencia. Entonces llega el que estaba a cargo en la ratonera. Es moreno, bajo, fornido, de bigote recortado y crespo. Tiene en sus manos el portafolio donde están los stenciles de los "Milicianos" y el acta-informe de síntesis de la última reunión de la coordinación militar junto a muchos otros documentos. Lo hojea, lee en voz alta diversos párrafos. Encoge sus hombros abriendo sus brazos en un gesto definitorio.

- Nada que hacer pues cabro, aquí esta todo y clarito.- No hay alegría ni satisfacción en su cara. Distante, quizás profesional. Ya no habrá más golpes ni mofas de sus colegas.

Luego me vendan nuevamente y son varios los que ingresan a la sala arrastrando bultos que supongo son maletas, maletines, libros, documentos, ropa, la maquina de escribir y los boletines impresos del "El Miliciano" Tienen un universo completo de información y todo tipo de pruebas.

No tengo alternativa. No puedo negar lo que ellos tienen como prueba directa. Entonces decido que asumiré las acciones y ratificaré mi responsabilidad en las acciones, que no tengo más alternativa que defender la legitimidad de la resistencia y de la lucha armada en lo que venga por delante.

En las horas posteriores vienen largos periodo de declaraciones e interrogatorios sobre lo que van encontrando. Se van relevando los detectives y van escribiendo en una maquina mis respuestas en una declaración extra judicial.

El trato cambia. Frío, impersonal, distante, a veces respetuoso dependiendo del agente que me interroga, aún cuando hay dos o tres que no dejan pasar la oportunidad para apretar las esposas, colgarme o pegarme sin buscar ninguna información, simplemente por el placer o por rencor como lo confiesa uno que había estado en un equipo del cual escapamos tras un enfrentamiento en el triple asalto de calle Santa Elena.

Pero aún quedan algunas cartas por jugar. Al anochecer llega detenido Inanimado. Han allanado su casa y su hermana se ha entregado como culpable señalando que tenía una relación amorosa y que no sabía de mis actividades. Inanimado es retenido porque trabaja en una embajada y suponen que él proveía información. Luego llega detenida la dueña de la casa que había visitado en busca de Arcadia. Escucho sus declaraciones y luego la sacan de la pieza grande y ya no se más de ella. Luego escucho los interrogatorios de Inanimado, y se comporta extraordinariamente: niega participación en la resistencia y señala a un personaje ficticio como asiduo a la casa junto conmigo. Once o doce de la noche. Nos sacan la venda y nos dejan esposados, colgando de los camarotes pero semi sentados en una banca. Se hace un silencio largo y tanteamos conversar. No hay nadie en la cercanía. Entonces Inanimado me cuenta que había escuchado en la radio del allanando a una casa en Quinta Normal durante la mañana y que había una persona muerta. Me confirma que ya en las milicias sabían que era mi casa pero que no sabían bien si yo estaba vivo o muerto. Que los jefes de unidades ya estaban tomando precauciones y se habían suspendido acciones, reuniones y se había ordenado dejar las casas que yo conocía.

Cecilia Radrigan, la Flaca, combatiente de la Fuerza Central en esa época, íntima amiga de Arcadia, me cuenta años después, que ese día ambas se juntaron a temprana hora, después que Arcadia había entregado las armas a los compañeros que realizarían las acciones definidas. Estuvieron un rato juntas y Arcadia se marchó cerca de las diez de la mañana, según le dijo, porque debía estar lista por las acciones en curso.

Según la dueña de la casa que arrendábamos, Arcadia llegó cerca de las diez y media o más, entró a la pieza y salió luego a la feria, regresando después con bolsas llenas de verduras. La dueña cuenta que desde temprana hora se veía mucho movimiento de vehículos transitando por la calle generalmente tranquila y de poco movimiento. Cuenta que Arcadia fue al patio del fondo de la casa y allí estuvo unos minutos para luego regresar hacia la parte principal cuando sintió que entraban los detectives. La dueña de la casa de Santa Petronila 644, Quinta Normal, señala que Arcadia los contuvo a balazos a la entrada del pasillo, los hizo retroceder hasta la calle hiriendo algunos y luego entró a la pieza. Entonces los agentes lanzaron una granada o algo incendiario antes de arremeter. Cayó acribillada en el pasillo

mientras comenzaba a incendiarse la pieza que habitábamos.

Según deduzco - porque ya habíamos vivido una situación similar en un allanamiento rastrillo en la zona- Arcadia debió haber percibido algo extraño en el barrio a su regreso, por lo que decidió salir a explorar la zona, enmascarando su salida como ida a comprar a la feria. Debe haberse percatado que estaban chequeando la casa o preparando el allanamiento y regresó a quemar documentación o a buscar su arma. Me imagino que intentó quemar documentos en el fondo del patio donde había un fogón - acción que ya habíamos usado la vez anterior, y es en ese momento que entran los detectives, desatándose el enfrentamiento que la dueña de casa relata. Años después, visitando la casa, pude ver los orificios de bala en el pasillo interno, en la pieza y en las ventanas

Al amanecer, el detective que juega al amable, entra al dormitorio y me informa que la señora detenida ha sido puesta en libertad porque no habían cargos contra ella.

Es el turno ahora de los duros, de los golpeadores que vienen a buscar los contactos hacia arriba y hacia el resto de la organización miliciana. Nada han logrado saber por Adalberto, ni de la compañera ayudista ni por Inanimado. Ahora si que no hay más hilo porque no he visitado en los días precedentes ninguna otra casa. Quizás tienen identificada a la Rucia, porque estábamos trabajando juntos en cronometrar el tiempo para hacer detonar la carga coincidiendo con un vehículo en movimiento, pero la resistencia de Arcadia ha puesto a todos en alerta y saben que, por regla de la organización, no deben visitar ninguna casa por mi conocida. Los puntos hacia arriba y hacia abajo son de fácil manejo: doy puntos cualesquiera y ellos saben que no les sirven porque ya la noticia del enfrentamiento de Arcadia es de conocimiento público.

Los días posteriores son de simple manejo administrativo para ellos. Son largas horas de declaraciones respecto a las acciones realizadas. Prácticamente en los informes escritos y en los milicianos tienen todo el material para configurar la declaración extra judicial. Sólo un par de ellos siguen hostigándome, colgándome, apretando las esposas.

El "bueno" se relaja en un interrogatorio y cuenta que aparecí por la casa ratonera el último día que ellos esperaban. Según su versión - que puede ser una versión construida ex profeso - llegaron a detener a Adalberto porque su hijo menor había encontrado el uniforme y las armas descompuestas que estaban ocultas, se había disfrazado con ellas para ir a pasearse a la Plaza de Puente Alto donde había sido detenido.

La situación llega a límites kafkianos: un día repentinamente suspenden las declaraciones y sin decir agua va, me instalan junto a Inanimado frente a un televisor con orden de no mirar hacia atrás. Luego la pieza se llena de gente y comienza la transmisión de un partido de fútbol internacional. Detrás de nosotros, los detectives comen, toman y lanzan tallas. De repente aparece frente a mis ojos solo una mano y una bandeja con un trago y un pedazo de pizza.

El que obsequia comenta: ahora todos somos chilenos hinchando por nuestra selección.

Pasa un par de días y llega el turno de la CNI y de Carabineros para interrogarme. Ellos también tienen causas que investigar. Dos días prestados a cada institución, con un detective presente en cada oportunidad recordándome en cada momento que no debían sacar nada nuevo de mi parte o lo pasaría mal al llegar al cuartel.

Inesperadamente, cuando me interroga la CNI, un agente me saca la venda y me enfrenta cara a cara:

- ¿Te acordái de mí conchetumadre? ¿Te acordái del Banco Santa Elena? ¡Dejaron para la cagá a

cuatro compañeros míos! ¡Maricón! ¿Por qué no pelean como machos? ¡Viven escondidos los huevones! ¿Te acordái de mi o no chuchetumadre?

Claro que lo recuerdo. Es vecino de la casa de mi madre, conocido desde mi adolescencia.

¡Rechuchatumadre! - Insisté - ¡Tu pobre vieja y tu hermana están medio loca porque saben que te tenemos, maricón culiado!

Es la forma especial que tiene de avisarme que mi familia sabe que estoy detenido y donde estoy. Semanas después, ya en libre platica, mi madre me cuenta que él en persona le había avisado el mismo día de mi detención, lo que había significado poner recurso de amparo y movilizar de inmediato a la solidaridad internacional y principalmente a los representantes diplomáticos de Canadá y de Francia. Un par de años después, este agente del CNI se suicidó.

Luego de 17 días de estadía en la Brigada de Asaltos, periodo en el cual me inyectaron varias veces algún tipo de sustancia, llego el momento de entregarme a Tribunales y Fiscalías Militares y presentarme a la prensa. Es el turno del periodista Pablo Honorato para una nota exclusiva. En una oficina está su equipo que comienza a filmarme sin preguntar nada. De repente el periodista me insulta porque no bajo el rostro frente a las cámaras y porque estoy saliendo altivo y arrogante. Escupo su cara y él me devuelve una patada. Aun cuando estoy esposado, devuelvo la patada y lo puteo. No bajo mi rostro y así enfrento más tarde a la totalidad de reporteros y prensa.

10. OTRA VEZ LA CARCEL

Lo que viene nuevamente es vértigo. Me trasladan a la Cárcel Pública y me incomunican.

Al anochecer el Jefe de Guardia Interna de Gendarmería intenta propasarse. Quiere sacarme de la celda de aislamiento para que los rasos me peguen. Lo enfrento con agresividad y cortante le digo que ya he estado preso anteriormente y que no me intimida.

- Hice dos vueltas hace un par de años así que no te compro - le digo arrogante.

Se miran, ven mi decisión y se alejan sin molestarme en adelante.

Conozco la vida carcelaria y al atardecer pido a gritos "correo" a los presos comunes y me llegan noticias frescas desde el grupo de presos políticos que allí cumplen condena. Luego conversamos a gritos con Adalberto e Inanimado, alojados en las celdas contiguas, cotejando lo dicho extra judicialmente y preparando las declaraciones ante Fiscalía Militar que son en definitiva, las únicas validas.

Discutimos a gritos con Adalberto y finalmente accede: declarará que todo el tiempo lo he estado presionando y chantajeando para que colabore.

Luego llega la calma y el silencio profundo del penal, rasgado de vez en cuando por algún grito que llega desde las galerías.

Es el momento del llanto en soledad, sabiendo que nadie observa ni escucha. Se que tienen todos los elementos para condenarme a muerte, para fusilarme. Pienso en la lucha, su continuidad. A pesar de todo, tengo algunas opciones aún. Una miliciana es funcionaria de Gendarmería, tengo un par de amigos cercanos a la resistencia que son gendarmes. El golpe represivo no ha logrado

profundidad y a lo sumo Bigote puede estar identificado, quizás la Rucia quien debe darlo por descontado. Pero la pena y el dolor se imponen y lloro a mares, sobretodo cuando escuche en una radio lejana a Mercedes Soza cantando *tantas veces me mataron / tantas veces me morí / sin embargo estoy aquí/ resucitando/ gracias doy a la verdad y a la mano con puñal/ porque me mato tan mal y seguí cantando...*"

El nuevo día trae bríos renovados. Me llaman a Sala de Abogados y conozco a Fernando Zegers Ramírez quien me defenderá. Joven, calmado, comprometido, es parte del Comité de Derechos del Pueblo (CODEPU) y de una u otra manera está ligado a compañeros que militan en los frentes abiertos del MIR. Tenía el vago recuerdo de una discusión en el Comité Regional Santiago respecto al CODEPU, organización de Defensa de Derechos Humanos en la que estaban comprometidos amigos, colaboradores y algunos militantes del MIR que junto a compañeros de otras organizaciones políticas y personalidades. Fernando acude a nuestra primera visita con un ayudante o procurador quien logra entrar una grabadora y sacar algunas declaraciones que más tarde circularon por Radio Chilena y Radio Cooperativa. Con el Abogado coincidimos rápidamente: no hay mucho que hacer en el tema legal, puesto que todo el material que ellos tienen les permite sostener diversas causas en mi contra, lo que queda por tanto es impedir la pena de muerte, aprovechar la situación para proyectar la resistencia y si se da la pena de muerte proyectar una defensa política que permita reivindicar la lucha contra la dictadura.

Me deja papel y una tripa de lápiz con lo que comienzo a esbozar, durante la incomunicación, mi defensa política.

Los días posteriores son de ajetreo y declaraciones en Fiscalías y Tribunales. Son más de cincuenta cargos por las acciones milicianas. En los Tribunales de Justicia la reacción de la mayoría de jueces y actuarios me sorprenden. Están incrédulos respecto a las acciones de la Resistencia y la mayoría de ellos creen que las acciones son realizadas por la CNI para justificar la mantención de la represión. No creen posible que el MIR esta actuando. Luego, tras las declaraciones formales se interesan por saber más, que objetivos busca el MIR, que posibilidades hay de cambios políticos, Pero están los jueces duros, como el juez que ordena mantenerme esposado de las dos manos a la silla y que me golpea reiteradas veces porque uso las palabras dictadura, represión, dueños del poder, resistencia.

En las Fiscalías Militares la situación es distinta: debo comparecer ante tres fiscales distintos aunque el Fiscal Manns lleva la mayoría de los procesos más complejos.

Es un abogado que establece una relación fluida, sin presión, sin apremios. Tiene las declaraciones extrajudiciales, los antecedentes y se remite a reiterar la declaración extrajudicial llenando las lagunas o dudas que se presentan. Distinto es el Fiscal Bagueti que lleva otras causas. Se empeña en discutir, en demostrar que el proyecto de la Dictadura Militar es lo que conviene a Chile y a sus sectores más pobres. Destila rencor contra los capitalistas que no han entendido el sentido re fundacional del proyecto nacionalista. Es un conversador que recuerda haber conocido y que respetaba mucho a Miguel Enríquez y particularmente al Coño Molina quien es buscado por esos días intensamente.

Pero ese tiempo es también la etapa del hostigamiento de un grupo de Gendarmes que trabaja vinculado a la CNI y que no pierden oportunidad de golpear, apretar esposas, poner cadenas cortas e incomunicar arbitrariamente. Es en una de esas salidas a tribunal, veo a Vinka parada al lado del furgón que me traslada. No sabía que ella estaba en Chile. La llamo y hablamos por la rejilla de la

ventana, pidiéndole que se vaya del país, que no se exponga ni exponga a nuestro hijo Manuel. Me mira con grandes ojos llenos de lágrimas y mueve afirmativamente la cabeza. Sale del país rumbo a un Canadá y cinco años después regresará a visitarme en la Penitenciaría con mi hijo de la mano.

Termina la incomunicación y me trasladan a la Galería Dos de la Cárcel Pública. La galería esta en un costado lateral del penal, sin conexión con el resto de la población encarcelada. Físicamente es un rectángulo que contiene una cancha de baby futbol y celdas en dos de los costados, con un lavadero y un baño común abierto a la entrada del recinto. Es galería de aislamiento, donde viven solo dos presos políticos, una decena de presos comunes que están separados de la población común por su propia seguridad y la mayoría de habitantes son ex uniformados detenidos por delitos comunes: hay ex miembros de la CNI, FACH, Carabineros y del Ejército. Ahumada y Yáñez son miembros del MIR y milicianos, detenidos a raíz de acciones de propaganda del grupo miliciano Michimalonco. Es un encuentro muy formal: ellos me reconocen como Jefe Miliciano, se presentan ante mí cuadrándose marcialmente. Me sorprende un poco y establezco de inmediato una relación horizontal, de compañeros y sin protocolo alguno. No me es difícil adaptarme al régimen de vida carcelario

de los presos políticos que es similar al de años anteriores: se comparte todo alimento en una "carreta" haciendo turnos para cocinar, se trabaja en artesanía para tener recursos económicos, hay funcionamiento de unidades políticas y tiempo para hacer deporte y recreación. El régimen interno también es el mismo: desencierro de las celdas a las 7.30 de la mañana, cuenta a las 8.00, ronda del Alcaide en la mañana recibiendo las solicitudes y reclamos, ronda del enfermero, cuenta a las 17.30 y encierro en las celdas a las 18.00, salvo que exista permiso para ver algún partido de fútbol o evento por televisión.

Mis compañeros me advierten que existen en la galería presos que operan como informantes del CNI y un grupo especial de presos que salen en la noche a robar coludidos con un par de funcionarios de gendarmería. El ambiente es complejo y debo andar con pies de plomo.

Tengo derecho a mi primera visita. En el pasillo rumbo al patio que esta reforzado por guardias, veo acercarse a mi madre. Se me llenan los ojos de lágrimas.

Al abrazarnos, sin siquiera saludarme, ella me ordena: "Nada de llanto, ni una sola lagrima delante de los verdugos de la dictadura.", pero no puedo hacerle caso.

Al atardecer de ese día logro comunicarme con la Dirección de Milicias mediante la compañera miliciana que es funcionaria del penal. Ella me advierte que hay un equipo del CNI funcionando al interior del penal, me cuenta han tomado las medidas de seguridad, que Bigote esta congelado y buscando su salida del país y que aparentemente no hay mas hilo represivo. Le doy un informe detallado de la información y de los documentos que han caído en manos de la represión, junto con un relato de las circunstancias de mi caída, algunas hipótesis del origen del golpe represivo, advierto sobre el personaje que colabora con Investigaciones y una evaluación de lo que he visto de la represión. Verbalmente expongo la necesidad de trabajar a corto plazo un plan de fuga o rescate y que al menos la organización se pronuncie respecto a la viabilidad de sacarme fuera del lugar y del país.

Al otro día de manera formal me reúno con Patricio Reyes, preso político que el MIR que funciona al interior del penal ha asignado para que me atienda políticamente. La organización de presos está ávida de saber el estado de la resistencia y de la organización. Le planteo en general las circunstancias de mi detención y la necesidad de preparar una defensa política. Concuero conmigo lo que será en términos generales y me informa que en caso de Consejo de Guerra y de aplicación de Pena de Muerte, está siendo preparada una huelga de hambre nacional de los presos que están dispersos a lo

largo de Chile en diferentes penales, medida de represalia y control tomada por gendarmería.

Los días pasan rápido: no hay tiempo que perder trabajando con los compañeros que llevan largo tiempo presos, discutimos la táctica que ellos desarrollan, me interiorizo de la problemática de la organización abierta del MIR, recibo visitas de periodistas y compañeros de los frentes abiertos que llegan a entrevistarme o a mostrar su solidaridad.

En Septiembre las cosas se aceleran y el abogado me confirma que me someterán a Consejo de Guerra. Conversamos como será enfrentado éste y se complica cuando le señalo que, dado que se trata de un Consejo de Guerra, que tiene reglamentos específicos, uno de los cuales señala que la persona juzgada tiene derecho a usar uniforme si lo tuviere, yo voy a usar un uniforme y presentarme como miliciano. Discutimos un poco y le expongo que yo no pierdo nada: el Jefe de la Plaza de Santiago ha confirmado por la prensa que solicitarán la Pena de Muerte.

Solo un par de días después, de manera inesperada, el cura Rafael Marotto, reconocido militante del MIR, vocero público de la organización y miembro del CODEPU solicita una visita especial para verme. Es compañero, es militante ejemplar, es miembro de la dirección del MIR. La reunión es en la sala de abogados y requiere cobertura para impedir que otros escuchen. El cura ha logrado pasar una minúscula grabadora que recoge declaraciones mías que en la noche saldrán por algunas radios. Apagado el aparato, me pide que en caso de que se me condene a muerte, lo señale a él como el sacerdote que me acompañará en los últimos momentos. La solicitud me conmociona y me lleva al escenario real de ejecución por fusilamiento. Pienso en tantos compañeros asesinados y muertos, en los detenidos desaparecidos, torturados y masacrados en las sombras, en la oscuridad. Siento que si me fusilan y eso ocurre de manera pública y representando el que hacer de la Resistencia, eso será para mi un gran honor. Le confirmo que así será, que el me acompañará en los últimos momentos. Luego me pide un informe verbal detallado de las circunstancias de mi detención, de los interrogatorios, de lo que conocen los aparatos represivos, de la génesis de mi caída. Le explico que ya lo he mandado por los contactos que aún mantengo con las milicias, y él señala que esa información no ha llegado al Regional Político y que posiblemente se mantiene en el área militar. Verbalmente reitero y doy respuesta a todo lo que me solicita.

Luego, llegan los días de la tensa espera y el golpe de manos de último momento de la represión para dejar claramente establecido que ellos controlan la situación.

A inicios de Octubre, después del encierro, en la celda en que vivo estalla una violenta riña entre dos presos. En la celda viven también dos ex CNI, un ex miembro del Ejército, un ex Carabinero y un reo común, Yo ocupo el camarote más alto de la celda y no me involucro en la pelea. El griterío y la bulla son descomunales y sospechoso. Llega la guardia nocturna y entra a la celda para detener la riña. Inesperadamente los reos que peleaban entre ellos, me acusan de que los he atacado con un cuchillo. Es montaje es claro. Me río, bajo de la litera y salgo caminando tranquilo hacia las celdas de castigo. Es evidente que me aíslan con esa burda maniobra porque el Consejo de Guerra está cercano.

Al día siguiente llega a la Galería de Castigados el compañero Yañez: se ha hecho castigar para estar cerca y protegerme. "Canero" viejo, llega al castigo ocultando hilos para armar los correos que nos permitirán mantenernos en contacto, muchos cigarrillos y fósforos ocultos en su colchoneta y hasta algunas golosinas. Queda en la celda de aislamiento contigua. La celda en que debo cumplir el castigo de 15 días, es habitada también por Armando Ruy León, "El Mexicano", preso común de amplio prontuario y fama al interior de la Cárcel.

En la Galería Dos, el compañero Ahumada junto a Patricio Reyes, coordinan la salida de mi defensa política al exterior para su difusión y preparan el uniforme de miliciano que ingresará de manera clandestina al penal y que vestiré el día del Consejo de Guerra.

11. CONSEJO DE GUERRA

Al amanecer del día 8 de Octubre (¿Quién puede olvidar la fecha que remite a la gesta del Ché?) de 1981, la guardia interna me saca de la celda de castigo y me llevan a la Galería Dos para que me asee y me vista para el Consejo de Guerra. Luego de la ducha paso a la celda de Ahumada y me visto con pantalones azules, camisa y chaquetilla de color azul, de corte militar y sobre ella un enorme chaquetón que disimulaba mi ropa. El Suboficial que va a cargo del grupo de Gendarme conversa conmigo y me pide colaboración y tranquilidad. Da garantías de buen trato y yo convengo con él que no me resistiré y acataré sus órdenes. Me introdujeron en una camioneta especial, escoltada por varios vehículos de Gendarmería, enfilamos a la Unidad Militar donde se realizaría el Consejo: La Escuela de Suboficiales.

Al llegar nos recibe la guardia y se produce el primer conflicto: Como me han dado grado de oficial enemigo, el Consejo está compuesto por Oficiales y no es correcto que Gendarmería disponga personal de inferior graduación para mi custodia, ya que debo permanecer en el Casino de Oficiales donde no puede entrar personal uniformado de menor graduación.

El Suboficial a cargo se lo toma con calma y llama a la Unidad e informa de la situación que es entre curiosa y jocosa.

Tras media hora de espera, llega un grupo de oficiales de Gendarmería, con lo que puedo ingresar finalmente al Casino, tomar desayuno y luego ingresar con mi abogado a la sala donde se desarrollará el Consejo de Guerra.

Me saco el chaquetón antes de entrar y los gendarmes se dan cuenta de mi jugarreta. Se produce un nuevo altercado: los Oficiales de Gendarmería quieren que me ponga el chaquetón. Simplemente no me detengo y entro a la sala.

El lugar es amplio y está llena de gente. Diviso a mi familia, periodistas, algunos religiosos y a personas ligadas a instituciones defensoras de Derechos Humanos. En el estrado, cinco Generales estudian el expediente y al costado derecho del estrado, una mesa para el Fiscal Manns y al costado izquierdo una mesa para mi abogado. Frente al Consejo, una silla que ocupo, mientras a mis espaldas se ubican los Oficiales de Gendarmería.

El General declara abierto el Consejo de Guerra y da paso al Fiscal para que formule la acusación. Es una larga exposición llena de tecnicismos en que expone la existencia de un grupo armado que ha realizado diversas acciones y se centra en la acción realizada por un grupo miliciano sobre el Suboficial de Ejército Tapia Barraza, señalándome como coautor de homicidio, responsable intelectual, dado mi condición de jefe de la estructura miliciana. Mientras el Mayor Manns lee, recorro con mi vista la sala y voy reconociendo diversos rostros. Una periodista, ocultando el gesto a los demás, me desea suerte con el pulgar arriba. Otras personas que no identifiqué, medio oculta, empuñan su mano izquierda y hacen el ademán de levantarla. Pero yo no me quiero distraer ni dar una señal visual equivocada. Quiero estar sereno, digno, pero no abatido ni resignado.

Luego mi abogado realiza su alegato invocando una serie de elementos jurídicos. Terminado esto, sin agregar ningún otro procedimiento, el Consejo de Guerra define sesionar a puerta cerrada.

Afuera, en el centro de Santiago, en poblaciones y centros de estudios, en los lugares de trabajo, se difunde la defensa política que había escrito:

Señores Oficiales miembros del Consejo de Guerra:

Comparezco ante Uds. para responder de la muerte de un funcionario de la C.N.I. y al mismo tiempo responder por más de 31 delitos que han configurado en mí contra los servicios de seguridad e investigaciones. Sin embargo, comparezco al mismo tiempo frente al Pueblo entero para que juzgue a un militante del MIR, ex jefe de las Milicias Populares de la Resistencia y su actividad de más de un año y medio en la Resistencia Armada.

Me declaro culpable de haber nacido en una familia proletaria y haber conocido desde la infancia el hambre y la miseria, de haber luchado mucho para educarme y de haber comprendido desde muy joven que la sociedad chilena se funda en el dominio y la explotación de muchos por parte de unos pocos, apoyados en un cuerpo represivo, a saber las FFAA.

Reconozco que desde muy joven milite en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, y que durante los años 1970- 1973 me dediqué por entero al desarrollo del Poder Popular en el cordón industrial Maipú-Cerrillos. Reconozco que en Septiembre de 1973 al igual que muchos chilenos, resistí con las armas el golpe militar que las FFAA dieron para derrocar al Presidente Allende, para recomponer el sistema capitalista de dominación, para hacer retroceder al pueblo, arrebatándole por la fuerza los derechos y conquistas alcanzadas y para aniquilar a los partidos de izquierda y particularmente a los revolucionarios.

Reconozco que, luego de dos años, de encarcelamiento y ser expulsado del país, me integré en el exterior al amplio movimiento de solidaridad con el pueblo de Chile y que trabajé organizando a los exiliados, denunciando las violaciones a los Derechos Humanos, formando oficinas publicas de información sobre los Presos Políticos y sobre los Presos Políticos Desaparecidos y que participé activamente informando a los demócratas del mundo entero sobre la lucha de Resistencia en Chile. Asumo responsablemente que no acepté el vivir exiliado obligatoriamente y que decidí libremente regresar al país para reincorporarme a la lucha por la libertad.

Confieso que al llegar a Chile mi decisión de luchar se fortaleció frente a las injusticias que cotidianamente vive el pueblo Chileno. La gran contradicción entre cientos de obreros cesantes, de obreros del PEM que ganan sueldos miserables, de salarios de hambre mientras que un puñado de monopolistas se enriquecen, me indignó, de igual manera me enfureció el ver miles de pobladores sin casa, viviendo marginados de todo derecho, en tanto que crecían los grande parques, los caracoles, los Bowling Centers, Multicines, Hipermercado, etc., privilegios aberrantes de una minoría.

Claro que Chile había cambiado estos años; miles de jóvenes marginados del trabajo y la educación y arrojados a la delincuencia, al vicio, a la cesantía, sin tener una sola opción para el futuro; me encontré con dos Chiles distintos y vi claramente al Chile mayoritario carente de derechos, reprimido brutalmente y todo esto hoy fundamentado en leyes y Constituciones impuestas a través de farsas o simplemente por las armas, y no fue novedad ver la misma represión que asesino a más de 5.000 Chilenos, que hizo desaparecer a 2.500 Presos Políticos, que arrastró a las cárceles a uno de cada veinte chilenos, que arrojó al exilio a más de 1 millón de chilenos.

La represión que encontré fue peor: reprimiendo a los que luchan por techo, encarcelando a dirigentes por el sólo hecho de formular peticiones, expulsando fuera del país a connotados defensores de los Derechos Humanos, la llamada Justicia Chilena repartiendo relegaciones, expulsiones y cárcel para obreros, estudiantes, campesinos y para todo aquel que levante su voz para reclamar sus derechos,

más aún, persiguiendo y hostigando aún en las cárceles a los Presos Políticos. Y también vi al igual que todos los chilenos, la "justicia" de los aparatos represivos asesinando a jóvenes como Jara, Arratía, Olivares, Horta Jopia, Palominos y Riveros, en tanto que se institucionalizaba la represión a los obreros con el Plan Laboral, a los estudiantes con la nueva Ley General de Universidades, etc.

No vale la pena extenderse en esta ocasión en explicar la situación actual de miseria y represión en que viven los chilenos, basta decir que hoy vivimos bajo un régimen de hambre y opresión respaldados por las FFAA, en beneficio de un puñado de monopolistas y oficiales de las propias FFAA.

Y cuando existe hambre y opresión en una nación, surge inevitable y de manera absolutamente legítima la rebelión. Porque la rebelión es un derecho consagrado por la humanidad en su lucha histórica contra los opresores, y la rebelión siempre fue condenada por los opresores.

Porque justa y legítima fue la rebelión encabezada por O'Higgins, Carrera y Rodríguez contra el yugo español y ellos fueron los "extremistas" de su tiempo. Porque cada conquista alcanzada por los trabajadores chilenos ha sido a costa de rebeliones, paros y huelgas, cárceles y masacres.

Señores oficiales del Consejo de Guerra, es evidente que en Chile hoy en día hay unos pocos grupos monopólicos dueños del poder y la riqueza y que la gran mayoría vive con sus derechos postergados y sumidos en la miseria y esta situación fue creada y mantenida por el poder de las armas de las FFAA chilenas.

Es por ello que desde el pueblo mismo ha surgido la Resistencia Popular y que no es otra cosa que la organización clandestina de los oprimidos para hacer efectivo el derecho a la rebelión, de los que luchan por sus justas aspiraciones y saben que ellas se alcanzarán sólo derrocando a la dictadura.

Confieso que, siendo yo militante del MIR, a mi regreso me integré a la Resistencia Popular y recibí la tarea privilegiada de aportar en un frente concretos: la lucha armada, y para mi propio orgullo, mi partido me destinó a la vanguardia del pueblo, a las Milicias de la Resistencia. Porque para la Resistencia está claro que la dictadura se sostiene apoyada sólo en el poder de las armas de las FFAA y es por ello que luchamos por desarrollar una fuerza popular que sea social, política y militar, porque sabemos que sólo construyendo en ejército de la Resistencia superior a las FFAA lograremos derrocar a la dictadura. Es por ello que elegimos el desarrollar la guerra revolucionaria, porque ello nos permite luchar en todos los frentes, legal y clandestino, con la propaganda y las armas, porque mediante la guerra revolucionaria vamos desarrollando en pequeños combates nuestras fuerzas para ir alcanzando el desarrollo de muchas fuerzas, uniendo al pueblo, organizándolo para que luche hoy por sus derechos, pero que se capacite al mismo tiempo para los combates decisivos.

Me declaro culpable de ser un miliciano y de estar absolutamente convencidos que solo la guerra del pueblo nos hará libres. A ello me dediqué durante el escaso tiempo que permanecí libre en Chile desarrollando las milicias populares que no son otra cosa que grupos de obreros, estudiantes, campesinos, jóvenes y adultos, hombres y mujeres que toman las armas para hacer efectivo el Derecho a la Rebelión.

En unas pocas palabras: Frente a la guerra de agresión que los monopolios y las FFAA desataron contra el pueblo chileno, la Resistencia y sus Milicias desarrollan la guerra popular. Porque está claro que en Chile está en desarrollo en sus primeras fases la guerra popular, a pesar de que la propaganda oficial presente a Chile como un "oasis de orden, paz y tranquilidad"; más de 150 acciones armadas de las Milicias en Santiago y todo el país durante 1980, lo señalan y lo confirman los asaltos a cuarteles en Santiago, y la heroica guerrilla en Neltume, germen del Ejército de la

Resistencia.

El desarrollo de este Consejo de Guerra es la prueba más palpable de ello, de que en Chile hay dos fuerzas beligerantes: la que Uds. señores oficiales representan en este Consejo de Guerra y la que este prisionero representa, y los propios cargos o delitos prueban esta guerra que se inicia. Sin embargo, la Constitución de este Consejo de Guerra es ilegítima; la legislación internacionalmente reconocida sobre conflictos armados, los tratados y acuerdos reconocidos y por lo tanto obligatorios para el Estado Chileno, establecen, claramente los objetivos y atribuciones de un consejo de guerra, el cual no puede juzgar acerca del derecho de una fuerza beligerante a "hacer la guerra" como tampoco acerca del derecho de un pueblo a organizar e iniciar su Rebelión contra una dominación tiránica.

Sólo puede llamarse a un tribunal de esta naturaleza para sancionar los atropellos cometidos por los combatientes contra los usos y costumbres de la guerra, lo que se conoce como crímenes de guerra, los cuales están claramente tipificados por el Derecho Internacional sobre conflictos armados, uno de los más claros y graves de estos delitos es la tortura de prisioneros, que hoy se aplica en forma masiva y prácticamente institucionalizada por los servicios policiales y de seguridad del régimen militar.

Este Consejo de Guerra contra un miembro de la Resistencia organizada del pueblo chileno contra la tiranía que lo oprime, no pasará de ser una mascarada sin valor moral ni jurídico alguno, si junto con la aceptación implícita que el conlleva de la existencia en Chile de una situación de conflicto armado, no aceptan también las consecuencias de esta situación, entre las cuales puedo mencionar como mínimo las siguientes:

La extensión de esta legislación de guerra a ambas fuerzas, lo que significa enjuiciar a los criminales de guerra ocultos entre las propias FFAA al servicio de la dictadura, a los autores, cómplices y encubridores de los miles de casos de tortura, asesinatos, desapariciones, tanto a combatientes dirigentes del pueblo, como a civiles inocentes o ajenos a las operaciones armadas tengan el grado o función que tengan, y estén o no en servicio activo, puesto que como lo señalan la legislación internacional, el crimen de guerra es un crimen contra la humanidad, que, por lo tanto, no tiene plazo de prescripción.

El reconocimiento de las decenas de combatientes encarcelados y ocultos entre la población penal común, su reubicación en campos especiales protegidos por los acuerdos internacionales al respecto.

Designación de un organismo Internacional que de garantías de imparcialidad y eficacia como mediador entre las fuerzas beligerantes, que controle y avale el respeto por ambas partes de las normas internacionales al respecto, para lo cual propongo acudir al Comité Internacional de Cruz Roja con sede en Ginebra.

Por lo que respecta a mis responsabilidades puedo señalar lo siguiente:

Se me acusa de más de 30 acciones de sabotaje incendiarios y reconozca que estas acciones fueron realizadas por la Resistencia Popular en la Campaña "Si no hay casas para los pobres no habrá casas ni centros de diversión para los ricos". En esta campaña compartí la admiración del pueblo por los audaces milicianos que redujeron a cenizas lugares en donde jamás un trabajador puso sus pies, locales tales como; "Camino Real" restaurante símbolo de los patrones, "Drivering Las Brujas", "Bowling-Center", "Serviu", "Escuela Nacional Sindical" Oficinas de Codelco, etc.

Se me acusa de haber participado en la toma de radio Portales y reconozco con orgullo que fue mi voz y la de mi compañera Arcadia Flores Pérez "Marcela" o "Victoria" asesinada por la Brigada Investigadora de Asaltos el día 16 de Agosto de 1981, las que la Resistencia escogió para difundir un mensaje al pueblo; dicho mensaje fue entregado a través de una acción armada el 29 de Abril ante la imposibilidad de hacerlo por los medios, ya que aquí en Chile no hay libertad de expresión, menos de prensa o difusión.

Se me acusa de haber participado en la .distribución de alimentos que las milicias realizaron en la Población "La Victoria" en 1980 y reconozco que frente al hambre y la miseria de los pobladores es legítimo expropiar y distribuir los alimentos de las grandes empresas que trafican con las necesidades más elementales.

Se me acusa de haber participado en expropiaciones a bancos y reconozco que la Resistencia realiza estas acciones para desarrollar con más fuerzas las Milicias y la lucha en general. Solo me cabe señalar las diferencias que hace la "justicia" chilena tan blanda para los que roban con guante blanco en los escándalos del IVA, caso CRAV, financieras brujas, Tattersal, auto incendios, las AFP o los casos más dramáticos de la CNI en la ciudad de Calama.

La acusación principal, motivo de este Consejo de Guerra es el ajusticiamiento de parte de la Resistencia de un agente de la CNI y del atentado contra una funcionaria del Servicio de Inteligencia. Independientemente que, como señalo mi abogado, solo me correspondió retransmitir una orden de un grupo de milicianos, quiero señalar que hemos llegado a esta situación producto de los métodos que la propia Dictadura viene aplicando, desde 1973 en adelante con resultado de muerte de miles de chilenos que han sido asesinados, desaparecidos, fusilados, torturados y vejados por los Servicios de Seguridad. La opinión pública ha conocido cientos de denuncias no sólo de la Resistencia sino de diversos Organismos presentadas a los tribunales, en foros Internacionales Comisiones de Juristas, ONU, y nunca las FFAA o los tribunales hicieron algo, más aún cuando se comprobó la participación de Carabineros en los asesinatos de Lonquen, estos fueron indultados. La Resistencia Popular y sus Milicias son una fuerza beligerantes que respeta el marco y las Leyes que rigen los conflictos armados pero frente a la tortura y el asesinato impune de resistentes, como los casos señalados de Jara, Arratia, Olivares, Horta Jopia, Riveros y los miles de asesinatos y desaparecidos ha decidido hacer efectiva la justicia popular contra todos aquellos responsables de torturas, masacres, asesinatos, desaparecimientos y este es el caso de Tapia Barraza y de la Mayor Ingrid Olderock.

Señores Oficiales, como integrante de las Milicias Populares, como oficial capturado por la fuerza enemiga, sé que este Consejo de Guerra no me juzga imparcialmente. Cualquiera pena que se me imponga, la rechazo porque solo acepto el juicio del pueblo, de la Resistencia, y de mi partido.

En todo caso obligado por las circunstancias de ser un prisionero de Guerra tendré la fuerza moral para seguir adelante, porque como todo miembro del MIR y de la Resistencia nos empuja la fuerza de Salvador Allende, de Miguel Enríquez y de miles de combatientes caídos y de los que hoy luchan y particularmente por la generosa entrega y el ejemplo de "Marcela Victoria", quien era Arcadia Flores Pérez que sola enfrentó arma en mano a un numeroso enemigo.

Lamento que con mi captura ustedes hayan obtenido tres armas y documentación de las Milicias y cualquiera sanción que el Partido, la Resistencia, o el pueblo me aplique por este hecho será mucho más doloroso para mi que cien condenas de ustedes.

El pueblo Chileno hoy ya ejerce la rebelión, porque sabe que sólo la lucha nos hará libres, los Resistentes luchamos por la Democracia por derrocar a la dictadura, por convocar a una Asamblea

Constituyente bajo un Gobierno Provisional que genere una Democracia basada en el poder popular resguardado por auténtica FFAA populares.

Tal como han sido todos los Consejos de Guerra realizados desde 1973 este no es diferente. Hoy no se juzga a Guillermo Rodríguez Morales, aquí hoy las FFAA de los grupos monopólicos juzgan a un combatiente del pueblo, juzgan en definitiva a la Resistencia.

Siempre los opresores condenaron la Libertad y la Rebelión, siempre han sido y serán derrotados.

Luego de algunas horas de espera, soy convocado para escuchar el veredicto. La sala se llena de gente, me exigen que me ponga de pie y el Presidente del Consejo de Guerra informa que se me condena a Presidio Perpetuo.

Es el momento que ha escogido mi hermano Bernardo, el menor, quien comienza a gritar desde el fondo de la sala algo que no escucho. El se mueve rápido, avanza hacia delante por entre las sillas y comienza a lanzar condecoraciones que había logrado como soldado.

Es un caos de gritos, empujones, uniformados tratando de contener a mi familia y a otras personas que protestan.

Los Generales se retiran saliendo por una puerta lateral, mientras me rodean los Gendarmes y me defienden de civiles - miembros del CNI - , que tratan de golpearme. El suboficial de Gendarmería me esposa a su mano y saca su arma de servicios mostrándola a los agentes y a empujones me saca del recinto.

Yo no he dicho una palabra porque de verdad estoy sorprendido. No entiendo porqué no me condena a muerte si lo venían preparando con antelación. Los hechos que ocurren un mes y medio después, me entregarán la respuesta.

12. ENVENENAMIENTO.

Después del Consejo de Guerra, llegó cierta normalidad. Inanimado fue puesto en libertad porque no pudieron probar ninguna conexión. Adalberto iniciaba la batalla legal que casi un año después le permitiría lograr su libertad, apoyándose en lo acordado: el estaba presionado y había facilitado su casa y su vehículo bajo amenazas. Para mi era el comienzo de largos años en prisión.

Habiendo estado ya encarcelado, yo sabía que la clave para mantenerse bien, es organizar el tiempo en prisión, dejando espacios para trabajar, estudiar, hacer deportes y por supuesto, para la actividad política. Seguía siendo llamado por diversos tribunales para declarar en los procesos que se habían incoado en mi contra.

Un caso especial fue la magistrado Canales, que aceptó tomarme declaración respecto al castigo injusto al que me había sometido Gendarmería en los días previos al Consejo de Guerra, y que recibí de mi parte la información de la red de gendarmes y reos que estaba trabajando para el CNI.

Esto último se produjo casi de manera fortuita. Ahumada y Yañez estaban a punto de salir del país expulsados, cuando este último encontró un escondrijo lleno de papeles, copias de informes que alguien enviaba dando cuenta de la actividad de los presos políticos, informaba de las visitas y de los abogados que nos atendían. Luego que mis compañeros fueran puestos en libertad me dediqué a observar quien acudía al escondrijo. Finalmente logré identificarlo: se trataba de Marshall, un ex oficial de las FFAA, participante de un conato sedicioso contra Allende, convertido a la sazón en delincuente

habitual. El era el informante que había perdido sus papeles.

Se estableció la denuncia pública, la jueza Canales abrió un expediente, que recogió una nueva denuncia de mi parte. No recuerdo cuando fue exactamente, pero a mi visita concurrió una mujer joven, hermosa, que me cuenta que es hermana de un detenido desaparecido. Trae de regalo una torta. No le creo mucho su historia y como es evidentemente sospechosa la situación y la torta va a parar a Codepu, institución que la manda a analizar con resultados ilógicos: se trata de una torta común cuya cobertura contiene insecticida. Quizás fue una forma de aviso de alguien, de lo que ocurriría días después.

Aproximadamente a inicios de Noviembre llegaron a la galería dos hermanos detenidos por supuesta vinculación con el MIR. Ricardo y Elizardo Aguilera Morales quienes se sumaron a la "carreta" que manteníamos con Adalberto

Hacia el día 11 de noviembre, me correspondió cocinar. Era un turno con mucho para comer: durante la mañana habíamos tenido visita, y además de las frutas, golosinas, ensaladas y frutas en conserva, recibimos los alimentos llevados por mi madre. Ella había comprado un gran trozo de carne, del cual separó una porción para enviármela por el sistema de "biombo". Esto consistía en entregar por una ventana especial los alimentos a un gendarme, quien los revisaba y luego entregaba al Gendarme a cargo de cada calle y galerías, para llegar finalmente al destinatario.

Recibí la carne y cociné una cazuela acompañada por frutas cocidas preparada por la madre de los hermanos Aguilera.

Durante la tarde, luego de terminar el turno de cocina y regalar la comida que no usaríamos a un reo común, fui a jugar fútbol a la cancha y a conversar con Patricio Reyes, mi enlace con los restantes presos políticos.

En el entretiempp me senté a un costado de la cancha conversando con Patricio y éste comenzó a poner caras raras y me pedía, a cada momento, que le repitiera lo que yo decía porque estaba hablando muy enredado. Seguimos conversando, encendí un cigarrillo y súbitamente comencé a darme cuenta que estaba viendo las cosas de manera distorsionada. Le pedí a Patricio hacer una pausa, me tendí unos momentos y cuando me enderecé y traté de hablarle me di cuenta que mi lengua estaba rara, que no podía articular bien. Patricio me acompañó de regreso a las celdas y encontramos a Adalberto vomitando y con agudos dolores. Reyes fue a ver a Elizardo y Ricardo encontrándolos en similar estado. ¡Habían envenenado la comida! ¡Se hacía urgente lograr atención médica!

Patricio regresó al interior del Penal dando la voz de alarma, mientras nosotros nos hacíamos lavados estomacales con lo que teníamos a mano: detergente y mucha agua. Los reos comunes comenzaron a golpear las puertas en señal de llamada a la guardia interna.

No llegó nadie durante la tarde ni la noche, a pesar de que todos los días la guardia interna pasaba la cuenta de la tarde y nos encerraba celda por celda.

Los presos comunes gritaban, encendían fogatas, golpeaban las latas de las puertas y nadie aparecía.

Comenzó una noche siniestra: a poco de que oscureciera comenzaron a atacarme dolores y puntadas estomacales que me dejaban sin aliento. Comencé a tomar bidones de agua con detergente para provocar más vómitos y de cierta manera "lavar" los intestinos, operación que

repetía con mis compañeros. Los dolores eran atroces. A pesar de todo, yo sentía que estaba un poco más entero que mis compañeros y podía caminar, pensar a ratos. Pero a medida que avanzaban las horas, los desmayos y pérdidas de conocimiento se sucedían. El recuerdo de los hechos se hace borroso, las secuencias también.

Siento que convulsiono, que mi estomago manda mi cuerpo y mi mente. Duermo uno o dos minutos y despierto sacudido por espasmos, por vómitos. El estomago se contrae con tal violencia que me deja sin respiración y caigo tendido, rendido tras cada convulsión pero no puedo mantenerme despierto. Se repite una y mil veces las dolorosas contracciones. Siento que los presos comunes siguen gritando, golpeando las latas y que deambulan por una calle que tiene todas sus celdas abiertas. El último espasmo es descomunal y me hace caer del camarote sacudido por arcadas y movimientos del cuerpo que no logro contener. Luego no se si pierdo el sentido o me duermo.

Despierto. La luz del sol me hiere los ojos. Es mediodía y algunos reos me van arrastrando hacia la enfermería. A medio camino, frente a la entrada de las visitas, un hombre detiene la caravana: el doctor Almeyda, de Codepu que nos revisa a la pasada y grita discutiendo con alguien, indignado. Me doy cuenta que el Alcaide del penal está con él, pero no puedo saber más porque pierdo la conciencia nuevamente.

Ahora estoy en la enfermería del penal. Un auxiliar para medico me desnuda y me pone una especie de bata o camisa del penal. Luego toma los signos vitales, me conecta un suero y se va. Al mirar las camas ocupadas, recién caigo en cuenta que somos seis los envenenados, que hay dos reos comunes entre nosotros. Logro hablar con Ricardo Aguilera con voz jadeante y entrecortada: es claro, estamos envenenados, han pasado casi 20 horas del envenenamiento y no hemos recibido ningún tratamiento específico. Estamos intentando hilar la conversación entre dos que a duras penas se expresan, cuando ante nuestros ojos, uno de los reos comunes comienza a hacer contorciones increíbles abriendo los ojos de manera desmesurada para que finalmente se eleve desde su tórax un bulto, una pelota y quede inmóvil, en silencio final.

Ricardo me dice que todo está muy claro, que nos envenenaron, que nos niegan la atención medica y que vamos a morir.

Quizás por el mismo envenenamiento, por el cansancio, por la noche agotadora que hemos pasado entre vómitos, piruetas y contorciones, reaccionamos a la muerte de nuestro compañero de prisión con calma, tranquilidad. No se si lo dije o lo pensé en el momento, pero desde ese instante había que guardar el máximo de energía y calma para aguantar el auxilio esperado.

Cae la tarde y recién ingresan a la enfermería gendarmes y practicantes. Ahora ellos corren y gritan que llegó una ambulancia, que deben llevarse a Adalberto y al reo común. Trato de concentrarme y guardar las fuerzas porque para mí es obvio que es un intento de asesinarme directamente. Está claro que envenenaron la carne que había traído mi madre, está claro que no quisieron prestarnos atención a tiempo, está claro que si el doctor Almeyda se ha hecho presente en el penal es porque ya la noticia se ha extendido por todo Chile y que de alguna manera familiares y defensores de los derechos humanos están luchando para que se nos preste atención médica.

Nueva irrupción del grupo corriendo y gritando. Ahora se llevan a los hermanos Aguilera y quedo solo en la enfermería mirando el cadáver del muchacho que había recibido la olla de comida.

Cae la tarde cuando vienen por mí. Rechazo la camilla y salgo caminando hasta el patio de carga. Detrás de mí, gendarmes portan el cadáver del fallecido y al llegar a la ambulancia me engrillan

atándome al muerto. Voy tranquilo. No reclamo por lo que han hecho. Me imagino que luego declararán que se murió en el camino, salvando la responsabilidad del Alcaide que claramente está coludito en la operación, sino ¿Cómo se explica que envenenaron la carne? ¿Cómo se explica que no nos pasaron la cuenta y no nos encerraron en la noche anterior?

Pensaba que me llevarían a un centro médico. Craso error. La ambulancia entra a la Penitenciaría de Santiago, quizás en un nuevo intento por retrasar la atención médica.

Me conducen al segundo piso de una construcción que recién identifico como el Hospital penal y un doctor sale a mi encuentro. De corbata, muy bien vestido y formal, huele a colonia. Tiene entre 50 y 60 años, usa gafas, se ve seriamente preocupado. Me toma los signos vitales y sin vacilar me pregunta si yo soy el jefe mirista recientemente condenado por el Consejo de Guerra. Respondo que si y para mi sorpresa se presenta formalmente diciendo que es el Doctor Meric, que ha sido acusado injustamente de ser colaborador de la DINA, que ésta es su ocasión de demostrar que no es así y que él cree que hemos sido envenenados con botulina. ¿Qué es la botulina? ¿Vamos a morir?- pregunto sin tomar en cuenta su relato.

Explica en detalle que la botulina es una bacteria que se produce en ambientes sin oxígeno, que en el pasado, cuando no existían los procesos industriales para la conservación de alimentos era común ver estos casos, pero que hace diez años no hay casos similares en Chile. Luego explica que se requerimos un antídoto y tratamiento en centros asistenciales que tengan UTI o UCI porque la toxina ataca al sistema nervioso y vamos a quedar paralizados sin capacidad de respirar y posiblemente con ataques al corazón.

Con dificultades, porque ahora me hierve la sangre de indignación articulo las preguntas:

-¿Y ustedes tienen ese antídoto? ¿Ustedes tienen una UCI o una UTI?

Responde que no, que están haciendo lo posible para que seamos trasladados a diversas postas porque necesitamos respiradores y no se sabe de la existencia de stock del antídoto.

Está claro que siguen ganando tiempo, que se escudan en las formalidades de la institución.

Camino hacia la sala donde están el resto de mis compañeros. Adalberto está inmóvil y no responde a estímulos, aunque respira bien. Ricardo y Elizardo están calmados, tendidos en sus camas, despiertos. No veo al preso común. ¿Por esto es que no me condenaron a muerte? ¿No querían asumir de manera pública y explícita el fusilamiento de un resistente y recurrieron a este método asesinando de paso a cinco personas más?

El año 2004, veintitrés años después de estos acontecimientos, en la oficina del Juez Madrid que investiga la muerte del Presidente Eduardo Frei Moltalva, encuentro respuestas.

Existió una Brigada del Ejército especializada en la guerra bacteriológica. El juez ha logrado individualizar a quien compró las cepas de la toxina botulínica en Estados Unidos, ha logrado identificar quien transportó este producto en avión comercial violando todas las reglas internacionales de tráfico aéreo, ha logrado identificar quien recibió el producto.

Aún quedan, a esta fecha, identificar claramente los objetivos, aun cuando la hipótesis más probable es que trataron de "matar dos pájaros de un tiro": probar la efectividad de la bacteria botulínica a los compradores de la sustancia que estaban vendiendo, a los Ejércitos de Irán o Irak que preparaban

en ese tiempo sus arsenales, y a los que ya habían acordado vender aviones y bombas de racimo, negocio turbio que terminó con varios oficiales chilenos muertos; y por otro lado, golpear a la resistencia popular, matándome de esa forma, ahorrando el precio político del costo de haberlo hecho en el Consejo de Guerra

La intención de matarme directamente, se mantiene hasta los últimos minutos: al anochecer comienzan a salir una a una las ambulancias que llevan a mis compañeros a diferentes Hospitales y Postas de Santiago, dejándome, nuevamente para el final.

Lo que la CNI o el equipo que montó la operación no podían saber, ni se imaginó nunca era la existencia de la funcionaria de gendarmería que era miliciana y la existencia de un chofer a cercano a la resistencia popular contra la dictadura.

La primera logra llegar al penal y pasarme la información de que los presos políticos de todos los penales están en huelga de hambre, que hay mucha preocupación internacional, que mi familia le ha informado que el Gobierno de Francia y de Canadá están preocupados y ejerciendo presión en el caso, que mi propia madre y un grupo de familiares ha iniciado una huelga de hambre en una iglesia. Esta noticia me da fuerzas y aliento, me da esperanza. No estoy, no estamos solos. Podemos y debemos luchar todavía, ahora por nuestras vidas. En la despedida de la compañera y resistente, siento que su abrazo me transmite la energía que necesito.

Luego es el turno del chofer que conduce el vehículo que me traslada al Hospital San Juan de Dios. Me conoce hace más de diez años. Guarda silencio cuando me ve y me hace un gesto de que me tranquilice. Luego monta en el vehículo y me percató que estamos viajando solos, que no hay un para médico, ni enfermero ni ningún otro funcionario que nos acompañe.

Entonces el me cuenta mientras vamos viajando que es extraño que no me hayan puesto escolta, para decirme en seguida que algo raro ocurre, que está siendo embotellado por vehículos de la represión.

No puedo decir nada. No me salen las palabras. El va hablando en voz alta y comenta que ha logrado escabullirse del embotellamiento. Luego siento un frenazo y un golpe a nuestro vehículo y me cuenta que están tratando de sacarlo del camino. Acelera a fondo con la sirena ululando y comienza una carrera de locos que termina con un nuevo frenazo.

No se como ingreso, no tengo ningún recuerdo de ello pero de repente caigo en que estoy en el Hospital San Juan de Dios, en una sala y rodeado de gendarmes con armas a la vista y vestidos con ropas de hospital.

Los doctores discuten con ellos y los uniformados se niegan a salir porque aducen que estoy en riesgo porque hay grupos que me quieren matar y otros grupos me quieren rescatar.

Me doy cuenta que ahora estoy muy débil, que no logro enfocar la vista y tengo muchas dificultades para respirar.

El doctor me habla, me dice que viene la crisis, que veré todo de negro y que debo abrir la boca porque me van a intubar. No se lo que es intubar pero ya nada me importa. Voy a morir, a juntarme con mis compañeros que partieron antes, voy a juntarme con Arcadia, con Beño, con Jaime, con Watussi, con Renato, con Santos Romeo, con chico Tito y chico Lucho, con el Piolín y el Caluga. Solo tengo que cerrar los ojos y dejarme ir. Es cómodo, es fácil. No duele.

No siento nada, está todo en calma. Súbitamente suena una alarma y todos corren. Estoy muy tranquilo

y me doy cuenta que están sobre mi, que palanquean mis dientes para pasarme un tubo. Pero me hundo en una placida tranquilidad.

Ahora recupero la conciencia por periodos cortos. Siento que la garganta me quema, que la maquina que me hace respirar va muy rápido. Entonces veo a un Capitán de Gendarmería que mueve botones en la maquina y se ríe, sin darse cuenta que lo estoy mirando. Vuelvo a hundirme en el sopor.

Otra momento de conciencia: el mismo Capitán discute con un gendarme que se pone frente a la maquina, otra vez el velo negro cae y me hundo.

No se cuanto tiempo ha pasado y despierto completamente mojado pero mi mente esta clara. Puedo mover una mano con toda facilidad y mi visión está clara. Me siento en la cama y caigo en cuenta que estoy lleno de tubos, mangueras y cables. Recuerdo en un instante todo: estoy preso, fui envenenado, estoy en el hospital San Juan de Dios. Miro el entorno, las ventanas, las paredes y recién caigo en que no hay guardias, ni gendarmes ni doctores. Es una oportunidad única me digo. Ahora debo fugarme. Y comienzo a sacarme las mangueras, el tubo que tengo en la boca, las agujas que tengo en brazos y mano. Bajo de la camilla para alcanzar la ventana y buscar una salida. Puedo escaparme, porque conozco el barrio Estación Central, porque nací en este hospital y estudie mis primeros años a dos cuadras de distancia. Porque estoy decidido y puedo lograrlo. Pero mi cuerpo no responde. No puedo caminar, peor aún, no puedo respirar y me ahogo y caigo al suelo. Escucho la maquina que está haciendo sonar una alarma y siento carreras de todo tipo y me voy hundiendo nuevamente en la oscuridad profunda.

Despierto y estoy absolutamente inmovilizado, mis manos atadas, mis pies también. El calor me consume, la sed, una sed horrible. Siento mis labios resecaos, partidos y me doy cuenta que no puedo ver por un ojo y que el otro desenfoca, no traduce las imágenes bien. Ahora se que estoy en agonía, que finalmente lo lograron, que me estoy muriendo.

Vuelvo a despertar y veo al gendarme que discutía con el Capitán. Está con una bata de enfermero sentado al lado de mi cabecera con una sub ametralladora en el regazo. Lloro. Lloro mientras toma mi mano y la acaricia. Me habla y no sabe que lo estoy escuchando:

- No te mueras hermanito - dice - no te mueras como murió mi hermano asesinado por los mismos perros del CNI que te envenenaron.

Me parece extraño, raro, muy raro. ¿Estoy delirando? ¿Estoy sufriendo alucinaciones?

Luego no es el gendarme al que veo, es a Carlos mi hermano mayor que está poniendo las piezas de ajedrez en un tablero y comienza a explicarme la Defensa India.

Ahora si entiendo, estoy delirando pero hay una parte de mi que logra decirme lo que está pasando y que me cuenta que estoy delirando. Pero luego todo es confuso hasta que alguien pone una luz en mis ojos y pregunta una y otra vez si soy alérgico a los caballos, si alguna vez he montado. Quiero responder pero no se como hacerlo, no puedo moverme y quiero dormir, quiero dormir para siempre, irme luego, que todo termine. El o los de la luz en mis ojos insisten zamarreándome: ¡Si no eres alérgico a los caballos parpadea dos veces! Parpadeo dos veces y caigo nuevamente en el pozo.

Ahora siento que ponen algo en mi frente, es una jalea o una crema. Abro mis ojos (el ojo) y veo la cara de un sacerdote. Tiene unos colgantes con filigrana morada. Son hermosos. Pero no creo en Dios y entiendo que me están dando la extremaunción. No quiero ser inconsecuente en mi muerte y parpadeo,

parpadeo, parpadeo para que me quiten las cremas, para que me dejen irme tranquilo. Me doy cuenta que no tengo tubos en la boca y que alguien moja mis labios y acomoda algo en mi cuello. Ahora siento placidez y ganas de dormir.

Nuevamente despierto, zarandeado por movimientos. Sé que me están trasladando hacia alguna parte. Siento carreras, el ruido de la camilla al desplazarse, el vértigo en un ascensor, el sol que calienta mi cara y mis parpados, el sonido de puertas de vehículos y sirenas de ambulancia. Todo se apaga.

Entre las tinieblas escucho hablar en francés y abro los ojos. Una señora de edad indefinida y de cara angulada está mirándome y dice:

- Soy la Cónsul de Francia, Ivon Legrand - y agrega - Tu mamá y tu familia están afuera, te mandan saludos ¿Puedes hablar?

Me sorprende yo mismo al escuchar un hilo de mi propia voz diciendo algo que ni yo mismo entiendo él por qué lo digo:

- Todo empezó en La Comuna de París.

La Cónsul se sorprende y pregunta si necesito algo.

- Cuiden a mi hijo Manuel - le pido y ya no puedo mantener los ojos abiertos y caigo en un remolino que me succiona, creo definitivamente.

No se cuanto tiempo ha pasado. Despierto y me siento bien. Puedo mover mis manos y mi cuerpo. Por el ojo que esta bien, veo un pedazo de un cerro y una punta del manto de la Virgen del Carmen. Me parece extraño. ¿Dónde estoy? ¿Es el Cerro Santa Lucia o el San Cristóbal? No puede ser el San Cristóbal por que la Virgen es más grande y esta es chiquita. Me enderezo en la cama y una linda enfermera, un ángel, me saluda.

Se asoman otras enfermeras y me hacen señales con sus manos saludándome. Aparece un doctor, me examina con cuidado y pregunta:

- ¿Te duele algo? ¿Tienes dificultades para respirar?

Muevo mis piernas, mis brazos, contraigo el estomago, respiro hondo, muevo la cabeza en círculos antes de responder:

Me siento bien - le digo - pero tengo sed y un hambre horrible.

El doctor se ríe y comenta en voz alta para todos:

- Volvió este hombre. Ahora si que estamos bien. Denle unos dos centímetros de agua, que venga la nutricionista y la traumatóloga - y se va a ver otros enfermos que, recién me doy cuenta, están graves y agonizando en las camas adyacentes.

Pido un papel y me siento a escribir en la cama un poema. Siento un altavoz y es alguien que pregunta por mi salud desde Montreal, Canadá. Sonrío y estoy alegre, un poco confundido porque no se donde me encuentro.

El ángel me cuenta que estoy en la UTI de la Universidad Católica, que he estado en coma muchos días, que lograron que reaccionara con un antídoto contra la botulina preparado con suero de caballo, que me han operado un ojo, que he bajado mucho de peso y que en adelante tengo varias semanas para recuperarme y volver a la normalidad.

Son muchas las noticias y no proceso muy bien. Quiero dormir. Dejo el poema en la cama y me relajo.

Despierto con voces de mando en la sala. Discuten médicos, enfermeras y gendarmes. Ganan estos últimos y me suben a una camilla esposando mis manos y poniendo grilletes a mis pies.

Vuelvo de sopetón a la realidad y quiero gritar. Hubiese preferido morirme antes de volver al penal. Lloro de rabia y pena. El ángel se acerca y me inyecta algo diciéndome que es para el camino, para que descanse. Me amurro y sin darme cuenta me duermo.

Cuando despierto me doy cuenta que estoy en una cama del Hospital de la Penitenciaria.

La sala está vacía y veo el parpadeo de la luz de un televisor en una pieza contigua. Me siento en la cama y veo frente a mi ventana el gran muro que rodea la cárcel. Y un guardia con su arma en ristre mirándome desde su torreta.

Miro hacia la sala contigua desde mi nueva posición y veo a una enfermera que está viniendo hacia mí y al abrir la puerta permite que la música de los villancicos lleguen a mis oídos.

- Feliz Navidad - me dice la enfermera con un ramo de flores en la mano.

Yo solo pienso: ".aquí vamos de nuevo...sobrevivimos al envenenamiento. Ahora a sobrevivir para aportar lo que sea posible al derrocamiento de la dictadura".

Y en vez de villancicos juro que escuche muy clara y nítidamente la voz pastosa del Che:

Ahora, esta masa anónima, esta América de color, sombría, taciturna, que canta en todo el Continente con una misma tristeza y desengaño, ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir. Porque ahora, por los campos y las montañas de América, por las faldas de sus sierras, por sus llanuras y sus selvas, entre la soledad o en el tráfico de las ciudades o en las costas de los grandes océanos y ríos, se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar sus derechos casi quinientos años burlados por unos y por otros. Ahora sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia. Ya se les ve por los caminos un día y otro, a pie, en marchas sin término de cientos de kilómetros, para llegar hasta los «olimpós» gobernantes a recabar sus derechos. Ya se les ve, armados de piedras, de palos, de machetes, de un lado y otro, cada día, ocupando las tierras, fincando sus garfios

en la tierra que les pertenece y defendiéndola con su vida; se les ve, llevando sus cartelones, sus banderas sus consignas; haciéndolas correr en el viento por entre las montañas o a lo largo de los llanos. Y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase. Porque esa ola la forman los más mayoritarios en todos los aspectos, los que acumulan con su trabajo las riquezas, crean los valores, hacen andar las ruedas de la historia y que ahora despiertan del largo sueño embrutecedor a que los sometieron.

Porque esta gran humanidad ha dicho: «¡Basta!» y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. Ahora, en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia.”

CERRO NAVIA, AGOSTO DE 2008